



EL JARDÍN QUE DIBUJAMOS

LIDIA FERNÁNDEZ GALIANA



LIDIA FERNÁNDEZ GALIANA

EL JARDÍN QUE DIBUJAMOS

EL JARDÍN QUE DIBUJAMOS

© 2024, Lidia Fernández Galiana

© Diseño y maquetación: Diana Fernández Tascón

© Ilustraciones: Teresa Zapata Morillo

Impreso por Amazon Bajo Demanda

Mayo 2024

Los derechos de este libro quedan reservados a su autora. Puede dirigirse a ella para solicitar autorización si desea utilizar alguna parte de este contenido.

Debes saber que esta novela fue escrita en directo en mi canal de Twitch, Entre Tulipanes. Ha sido para mí una experiencia enriquecedora poder contar con la colaboración y participación de las personas del chat que elegían el destino de los personajes. Empecé a escribirla en septiembre de 2022 y terminé en febrero de 2024.

SINOPSIS

Cuatro amigas inseparables deciden romper con la rutina y viajan a la encantadora ciudad francesa de Sète en busca de nuevas experiencias. Lo que comienza como una simple escapada se transforma en una aventura inolvidable llena de sorpresas.

Min-ho se reencuentra con Assane, el chico que dejó atrás en su adolescencia, despertando viejas emociones y dilemas no resueltos. Amelia, acostumbrada a una vida sin compromisos, se enfrenta a sus miedos y cuestiona su relación con el atractivo Diego, descubriendo sentimientos más profundos de lo que jamás imaginó.

Mientras tanto, Mara y Emma, amigas inseparables desde la adolescencia, enfrentan una encrucijada que pondrá a prueba su lealtad y confianza. ¿Será su mutuo afecto suficiente para dar un paso más allá de la amistad?

Una historia de amor, amistad y autodescubrimiento en un viaje que cambiará sus vidas para siempre.

Esta novela está dedicada, como no podría ser de otra manera,
a aquellas personas que estuvieron en cada uno de los directos,
aportando ideas, apoyando el libro y animándome.
En los agradecimientos podréis leer todos sus nombres.
A esas personas les debo este libro.

EL JARDÍN QUE DIBUJAMOS

CAPÍTULO 1

Girasoles al atardecer

El girasol es el símbolo del Sol y simboliza el amor y la admiración. Pero también la felicidad, la vitalidad, el positivismo y la energía. El movimiento que realizan los girasoles de este a oeste en busca del sol, es conocido como helitropismo, o el baile de los girasoles.

Se dice de Sète que es la «casi isla» de Francia. Por eso nuestras cuatro protagonistas han decidido elegir este destino como lugar de vacaciones, porque todas, por una razón u otra, tienen sus vidas al borde del «casi», y a veces un viaje, lo cambia todo.

De hecho, el sol está *casi* a punto de ponerse en estos momentos, mientras ellas permanecen sentadas, con los pies enterrados en la arena, en silencio y sin parpadear para no perderse el primer atardecer de sus vacaciones.

—¿No os parece que cuando queda poco para el anochecer el sol coge carrerilla y acelera? ¡En apenas unos segundos se esfuma! —Emma no es una de esas personas que pueda estar callada mucho tiempo. Y aunque todas sus amigas acaban de poner los ojos en blanco, a nadie le sorprende que sea ella quien haya roto el escrupuloso silencio meditativo en el que todas se encontraban.

Emma no es nerviosa, sus átomos lo son, cada maldita célula de su cuerpo lo es. No puede estar mucho tiempo quieta y su lengua va casi más rápido que su mente, por lo que suele meterse en aprietos más a menudo que cualquiera de las personas que la rodean. Pero, es precisamente ese carácter hiperactivo, vivaz y alegre el que siempre las lleva a todas a vivir nuevas cosas juntas, nuevas aventuras. Como este espontáneo viaje al sur de Francia.

Su naricilla respingona se mueve de un lado a otro mientras comienzan a llegarle olores de un puesto ambulante al lado del paseo. Ella trata de no sentirse ofendida porque ninguna de sus amigas haya respondido a su pregunta, pero ahora tiene ganas de formular una nueva. Se muere de hambre, ¿no es hora de ir cenando?

—Creo que deberíamos irnos ya, Emma tiene hambre. — No hay nadie en el mundo que conozca mejor a Emma que Mara.

Ambas se conocieron hace siete años, cuando Mara estaba estudiando maquillaje y peluquería en Madrid para teatro, cine y televisión. Emma estudiaba interpretación en la misma escuela de cine que ella, y las dos coincidieron en unas prácticas de rodaje. Por aquel entonces eran apenas unas crías de dieciocho y diecinueve años, pero Mara recuerda aquel encuentro como si fuera ayer.

Le habían asignado maquillar y peinar a tres de los actores y actrices de las prácticas y la primera en llegar fue Emma. A Mara le llamó la atención su bonito color de pelo de un pelirrojo electrificante, pero ese pensamiento se eclipsó en cuanto Emma se volteó para mirarla y la atravesó con esa enorme y potente mirada azul que la dejó temblando en el sitio. Sí, ese sería el primer vuelco al corazón de muchos que ella le provocaría. Un amor no correspondido que arrastraba hasta la actualidad.

Sea como fuere, desde aquel entonces, ellas se convirtieron en uña y carne. Tanto, que cuando Mara decidió mudarse a Granada tres años atrás, Emma no dudó en seguirla. Por eso Mara la conoce tan bien y por eso sabe que, si no consiguen alimento para la «bestia», Emma se pondrá tan pesada que no habrá nadie que logre soportarla. Como las demás también lo saben, todo el mundo asiente y comienza a recoger.

—En realidad, odio el mar. —Suelta Mara mientras recogen.

—Por el pelo, ¿no? —Responde Min-ho doblando su toalla.

Mara le lanza una mirada asesina, pensando seriamente si merece la pena contestar a sabiendas de que Min-ho lo hace para fastidiar.

—Sólo lo digo porque ahora pareces un caniche mojado al que le ha dado una corriente eléctrica. —Prosigue Min-ho sonriendo con picardía.

—Vale, sujetadle, voy a pegarle.

En menos de un segundo, Mara se lanza tras Min-ho y ambos empiezan a correr alrededor de las demás mientras ellas se ríen.

Cuando Mara llegó a España, tenía apenas tres años. Pero algo que recuerda muy bien es la sensación de no encajar, las burlas y comentarios de sus compañeros de clase. Ser afroamericana en EE.UU no es moco de pavo, pero tampoco es que sea fácil en España. Y Min-ho que es coreano y llegó al país hace cinco años, también conoce bien lo que es no encajar y que se metan con tu físico, tus rasgos o tu pelo. Por eso es el único que de verdad la comprende y que se puede permitir ese tipo de bromas. Razón por la que Mara aún no le ha matado, aunque a veces ganas no le falten.

Tras varios minutos Mara le alcanza y ambos ruedan por la arena.

—¡Socorro! —Min-ho se debate entre morir de la risa o darle un beso para hacerla aún más de rabiar.

—No te doy un puñetazo en la cara porque con ese rostro podrías ser el próximo idol de Corea, pero te puedo hacer comer un poco de arena. —Le dice Mara, ahora ella también entre risas.

—No sé por qué insistes en meterte con alguien que es más fuerte que tú. —Interviene Amelia, la última de nuestras cuatro protagonistas, y quizá la más sensata de todas, dirigiéndose al enclenque de Min-ho.

Mara suelta por fin a su amigo y le ayuda a levantarse mientras este se sacude la arena de su torso desnudo ahora un poco rojo por el sol.

—Venga, quítate la arena y ponte esto —le dice Amelia acercándole la crema para después del sol—. Porque Mara parecerá un caniche, pero tú pareces un cangrejo.

—Los coreanos no estamos hechos para el sol, —responde Min-ho con fingida indignación, pero aceptando la crema. —Además, con el agua del mar me parece que mi maravilloso mechón rosa va a desaparecer en cuanto me bañe otra vez.

—No creo que se trate tanto de no estar hechos para el sol si no de que no te has puesto crema desde que hemos llegado, capullo. No te has echado ni una vez desde que plantamos las toallas. —Replica Emma, mientras le vuelven a rugir las tripas. —Y preocúpate más del resto de tu pelo que de ese mechón rosa, porque no sé si ha sido muy buena idea que te tiñas de rubio en pleno verano.

—Primero de todo, —responde Min-ho mientras se esparce la crema por el torso y pone cara de dolor—, hemos llegado a las seis de la tarde. Todo el mundo sabe que a esa hora el sol ya no pica. Segundo, si no entendéis de estilo y no sabéis apreciar lo bien que me queda este pelo, no tengo nada más que decir.

Y con las mismas, Min-ho coge su bolsa de la playa y su toalla y comienza a caminar hacia el paseo.

—Se tiñe el pelo de un color cada dos semanas, ¿de qué va? —Responde Mara mientras Emma se ríe y sale tras él.

Amelia termina de recoger el resto de cosas con Mara, y ambas se miran con complicidad antes de seguir a las demás.

—Me encanta que hayamos venido, en realidad. Hace dos días ni siquiera teníamos planeadas las vacaciones, pero Emma siempre se las apaña para sacarnos a todas de Granada —dice Amelia sonriendo, mientras se coge del brazo de Mara, bastante más alta que ella, y casi caminando a saltitos a su lado para poder seguirla el ritmo con sus pequeñas piernas.

Las cuatro amigas habían cuadrado, como cada año, una semana libre de vacaciones en sus respectivos trabajos para poder pasarla juntas. Sin embargo, no habían tenido tiempo de decir nada y casi habían decido hacer planes en su propia ciudad hasta que Emma llegó con una oferta que había encontrado en internet y todas acabaron en Francia dos días después.

—Vamos a darnos prisa o Emma se va comer a Min-ho antes de que lleguemos. —Se ríe Mara acelerando aún más el paso y provocando que Amelia casi vuele tras ella.

Al llegar al paseo, descubren que Emma ya está pidiendo comida en un puesto ambulante mientras Min-ho les hace gestos para que se acerquen.

—¡No comáis demasiado que tenemos cena en el hostel! —Les advierte Mara sabiendo que nadie le hará caso.

—¿Qué has pedido, Emma? —Pregunta Amelia descubriendo que tiene más hambre de lo que pensaba.

—¡Un *croque-monsieur*! ¡Está buenísimo! —Dice mientras le da otro bocado relamiéndose.

—¿Lo tuyo es igual? —Pregunta Mara a Min-ho.

—No, querida. Lo mío se llama *croque-madame* —responde este—. Que viene a ser el mismo sándwich, pero con huevo. Ósea, perfecto para mí, porque no hay nadie más *madame* que yo ni nadie a quien le gusten más los huevos.

Todas se ríen ante el comentario con doble sentido de Min-ho mientras Mara y Amelia piden también su comida.

—Hace cinco horas que dejamos la habitación del hostel para visitar este pueblo e ir a la playa y estoy indignado porque aún no hemos comentado nada —dice Min-ho mordisqueando el final de su sándwich mientras todas se encaminan hacia el final del paseo.

—A mí el hostel me ha encantado. Es una casita muy mona, en la web las habitaciones parecían limpias y grandes. Estoy deseando ver las nuestras. Además, si no recuerdo mal hay una que tiene vistas muy bonitas del monte St. Clair —responde Amelia.

—¿A quién le importa eso? —replica Min-ho—. Yo no hablo del hostel, sino del gerente que nos lo ha enseñado. ¿De dónde ha salido ese maromo? ¡Argentino, además! Es que ha abierto la boca y se me ha olvidado hasta como me llamaba.

Emma se ríe a carcajadas, mientras Amelia se sonroja y Mara pone los ojos en blanco.

—Reconozco que el tipo no está mal, por un momento casi me olvido de que me gustan las chicas —responde Emma entre risas, mientras empieza el segundo sándwich que se ha comprado.

Ella y Min-ho siguen haciendo comentarios sobre el gerente del hostel durante un rato, hasta que Mara interrumpe.

—No sé, a mí no me ha dado buena espina. Si tengo que opinar de él como hombre, apostarí a que es un seductor mujeriego.

—O sea, que piensas que está bueno —dice Min-ho, provocando que Emma se ría de nuevo.

—Mara jamás te dirá que alguien está bueno. No la he visto fijarse nunca en nadie, esas cosas las lleva en secreto. — responde Emma.

Mara, temiendo que se adivinen sus verdaderos sentimientos, se sonroja, agacha la cabeza y no responde.

Las cuatro caminan en silencio durante unos instantes, cada vez más cerca del pequeño camino que lleva al hostel.

—¿Cómo se llamaba nuestro galán? ¿Alguien se acuerda? —pregunta Min-ho.

—Ni la más remota idea —responde Emma.

—Diego. —Ahora es Amelia quien habla. Su respuesta provoca que todas frenen en seco—. ¿Qué? —Pregunta Amelia, sonrojándose ante la actitud de sus amigas—. ¿Qué? ¿Qué pasa?

—Te has quedado con su nombre, eso significa peligro. — explica Min-ho apuntándole con el dedo.

—Qué tontería, ¿por qué dices eso? —replica Amelia retomando la marcha, mientras sus amigas la siguen de nuevo.

—No te hagas la tonta, —responde Emma. —Si un hombre no te interesa, ni siquiera te acuerdas de él. Has dicho «Diego» y has puesto cara de «me lo voy a tirar».

Ahora es Mara quien estalla en carcajadas, porque sabe que Emma tiene razón. Min-ho, sin embargo, se indigna.

—¡No es justo! ¡Yo le vi primero! Tú te has tirado a media España, deja algo para las demás. Esa barbita de tres días, esos ojos verdes... ¡Ese cuerpo hercúleo! ¡Está hecho para sostenerme a mí en sus brazos!

—No seas idiota, Min-ho. Sólo me acuerdo de su nombre. Nada más. Estáis todas locas —dice Amelia riendo mientras acelera la marcha.

Al cabo de un rato comienzan a ver la pequeña casa que sirve de hostel al final del camino. Se trata de una bonita casa rural de tres plantas, con el techo de gruesa madera y rodeada de un gran jardín donde también hay una piscina. La verja de entrada es de un bonito verde oxidado y está llena de enredaderas. La verdad es que todo se correspondía con las fotos que habían visto en internet y el lugar era bastante acogedor.

Agotadas del viaje, pues habían llegado a Sète ese mismo día y se habían ido directas a visitar y comer en el pueblo para luego ir a la playa, todas están pensando en tomar una buena ducha y en relajarse, aunque ninguna ha dejado de pensar en Diego, por una razón u otra.

En cuanto entran a la recepción, listas para recuperar sus maletas de la consigna y recibir las llaves de las habitaciones, lo primero que llama su atención es que no hay nadie. Todas esperaban encontrarse con el susodicho, y la decepción se hace palpable.

—A lo mejor nos está esperando en la piscina —dice Min-ho, divertido.

—O a lo mejor te lo han envuelto para regalo y lo tienes en tu cuarto —responde Emma de nuevo entre risas.

—¡Nada me gustaría más que eso! —Min-ho empieza a dar vueltas fingiendo que baila con alguien—. ¿Os imagináis? Esa sería la historia de amor que merezco. Un argentino buenorro que me espera envuelto en un lazo para sacarme a bailar.

Pero Min-ho, en su precipitada mímica de la situación no se ha percatado de que alguien ha entrado en la recepción. Cosa que sus amigas sí han visto. Las cuales están haciendo esfuerzos indecibles por aguantar la risa. En su última pirueta, Min-ho tropieza con algo y se tambalea antes de caer.

Por suerte para él, unos brazos fuertes le sostienen antes de estamparse contra el suelo. Es entonces cuando se da cuenta de que ha tropezado con un pie. Un pie que claramente pertenece a alguien. Gira la cabeza, aún en brazos de esa persona desconocida, para descubrir quién es.

Su corazón se detiene, saltándose un latido, cuando sus ojos se cruzan con los ojos color miel del hombre que le sostiene. Min-ho no cree en el amor a primera vista, pero parece que su estómago protesta ante esa idea, pues los nervios que le invaden le impiden respirar con normalidad. El hombre que le sujeta entre sus brazos lo mira con severidad. Lo cual, a ojos de Min-ho le hace parecer aún más atractivo. Suena a locura, pero hay algo en él que le resulta familiar.

El chico debe tener su misma edad, o al menos entre veinticinco y treinta. Tiene la piel de un brillante color ébano, el pelo rapado y un pendiente de aro en la oreja. Su mandíbula marcada resalta sus pómulos y Min-ho tiene la recurrente idea de que no le importaría para nada besar esos labios tan carnosos. Perdido en esos pensamientos, no se percata de que el hombre le mira con una ceja alzada y que parece bastante molesto.

—Temo decepcionarle, señor. Pero mi compañero no le espera desnudo en la habitación. Se ha marchado a buscar algo de queso para la cena de bienvenida porque nos hemos quedado sin él.

Min-ho no sabe si morirse de la vergüenza porque le hayan escuchado hablar así del gerente del hostel, si arder de ira ante la idea de que le hayan llamado señor, o morirse del gusto ante lo sexy y grave que es la voz de este nuevo hombre misterioso que ha hablado en un perfecto español, pero con un acento francés para morirse.

Al final opta por hacer lo que hace siempre con los desconocidos con los que no tiene confianza: sonrojarse como un tomate y agachar la cabeza.

El hombre lo ayuda a incorporarse y Min-ho se aleja rápidamente colocándose de manera estratégica detrás de Mara, donde se siente más protegido.

—Hola —interviene Amelia—, disculpa, ¿trabajas aquí?

—*Oui*, —responde de forma muy seca el desconocido mientras pasa al otro lado del recibidor—. ¿Emma? —pregunta el chico mientras teclea en el ordenador.

—¡Yo! —grita Emma levantando la mano y poniéndose delante de Amelia—. Soy yo, la reserva está a mi nombre.

El chico, que es bastante más alto que cualquiera de ellas, va vestido con unos vaqueros rotos y una camiseta de lo que parece algún grupo de rock que ninguna identifica. Nadie hubiera dicho que trabajaba en el hostel. El chico, muy serio y sin levantar la cabeza del ordenador, sigue tecleando unos segundos más. Tiempo suficiente para que todas se miren entre sí alzando los hombros sin comprender.

—*Très bien* —dice el joven al cabo de un rato—. Dos habitaciones dobles. Os llevo, seguidme.

Las cuatro se ponen rectas, respondiendo a la autoridad de su voz y proceden a seguirle. Pero, antes de que atravesase la puerta, Emma, incapaz de contener su curiosidad, alza la voz preguntando:

—Perdona, ¿cómo te llamas?

El desconocido se gira y las mira a todas durante un segundo sopesando si responder. Entonces clava su mirada en Min-ho, que sigue sonrosado, y responde:

—Assane.

CAPÍTULO 2

Galán de noche

También conocida como dama de noche, su momento estelar es cuando anochece. Solo tiene vida bajo el manto oscuro de la noche cuando se abren sus pequeñas flores blancas y desprenden su aroma intenso y agradable. El nivel de protección que la dama de noche ofrece a las personas es impresionante.

Min-ho no puede creerlo. Al escuchar ese nombre y con los ojos de aquel «desconocido» mirándole tan directamente, entiende de golpe porque le ha resultado tan familiar y comienza a recorrer su mente profundizando en los recuerdos del pasado.

Han transcurrido diez años desde la última vez que lo vio y no le ha reconocido hasta que él ha dicho su nombre. Algo en su interior se estremece. Los nervios le impiden hablar y para cuando logra calmarse, Assane ya ha desaparecido por el pasillo seguido de sus amigas. Min-ho hace varias respiraciones profundas antes de seguirlos. No puede creer que el destino pueda ser tan retorcido y no deja de pensar que esta situación es bastante agri dulce. Una parte de él se alegra de volver a verle después de tantos años y de saber que está bien, y otra parte (muy grande) tiene un miedo terrible a todo lo que pueda suponer este encuentro del destino. Sale detrás de las demás temblando como un flan y con la mente en otro lugar, casi sin saber ni como andar.

Tal y como Amelia había descrito, las habitaciones se corresponden con las fotos de la web, es más, superan sus expectativas. Ambas están en el segundo y último piso de la casa, y hay una de ellas que tiene vistas al monte St-Clair y otra, vistas a la piscina. Mara y Emma escogen sin dudar la que tiene vistas a la piscina, y Min-ho, sino hubiera estado distraído y nervioso hubiera peleado por esa habitación para asegurarse las buenas vistas de los posibles hombres en bañador tomando el sol. Pero en ese instante tiene la mente en otro sitio y mantiene una lucha encarnizada consigo mismo para no mirar a Assane. Por tanto, Amelia y él se quedan por descarte con la habitación más alejada y más tranquila que da al monte St-Clair.

Justo cuando Assane termina de enseñar ambas habitaciones y les hace entrega oficial de las llaves, cruza la mirada con Min-ho antes de desaparecer por el pasillo, provocando que el joven se quede clavado en el sitio, incapaz de moverse. Es todo tan surrealista que ni siquiera puede creer que sea real. Debe hacer algo, debe actuar. Está claro que se seguirán viendo durante esa semana, pues Assane trabaja allí. Pero este encuentro, después de tantos años, no puede quedar de esta manera, ¿no? Quizá Assane sienta la misma confusión, porque le ha mirado varias veces, aunque no haya dado signos de haberle reconocido.

¡Debe hacer algo!

Cuando por fin consigue reaccionar, sale corriendo detrás de él dejando a sus amigas plantadas y con cara de no entender nada. Logra interceptarlo en mitad de las escaleras y le atrapa por el brazo, algo más fuerte de lo que le hubiera gustado, para lograr que se detenga.

La mirada asesina que Assane le lanza obliga a Min-ho a soltar su brazo con temor y a murmurar un tímido «lo siento». Pero Min-ho no puede obviar la leve corriente de electricidad que le ha traspasado la piel al tocar el brazo de Assane después de tantísimo tiempo... Aún no puede creer que sea él.

Con los nervios, Min-ho no se ha dado cuenta de que lleva demasiado tiempo en silencio y de que Assane le observa con una pregunta pintada en la cara.

—¿Ocurre algo con las habitaciones? —pregunta al ver que Min-ho sigue sin hablar. Pero este, que se ha sonrojado hasta lo indecible, permanece todavía silencio.

Assane, que no es una persona muy paciente, pone los ojos en blanco y se da la vuelta para continuar bajando las escaleras. Eso hace reaccionar a Min-ho que vuelve a agarrarle, aunque esta vez con mucha más delicadeza. Assane se gira de nuevo para mirarle, ahora con el ceño fruncido, y sin pasar por alto que el joven que le retiene no ha quitado la mano.

—Espera, —susurra Min-ho. Le hubiera gustado tener más valor y hablar más alto, pero eso era todo lo que podía ofrecer. Con algo más de arrojo, levanta la mirada, posando sus ojos directamente en los de Assane, y rezando porque este encuentre en ellos sus recuerdos del pasado —. ¿No me reconoces?

La cara de Assane se transforma en un gesto indescifrable. Min-ho jamás adivinaría qué se le está pasando por la cabeza.

—¿Debería? —responde con frialdad.

Aquella palabra lanzada en forma de pregunta impacta en el corazón de Min-ho como una flecha envenenada, lastimándole mucho más de lo que le hubiera gustado reconocer. De nuevo, sin palabras, el silencio se hace imperante. Assane sigue sin mostrar ningún tipo de sentimiento en su rostro, así que, Min-ho perdiendo el poco valor que tiene, acaba aflojando su agarre y soltando el brazo de Assane.

—Si me disculpas, tengo que seguir trabajando.

Assane se da la vuelta sin más miramientos y desaparece escaleras abajo. Min-ho no sabe ni por dónde empezar a recomponerse. Encontrarse con él de nuevo le ha removido demasiadas cosas por dentro, un pasado del que no deseaba recordar nada, salvo los momentos que había vivido con él. ¿Acaso era posible que de verdad no le recordara? ¿Había significado todo aquello más para él que para el propio Assane?

Le duele tanto el corazón que tarda mucho en darse cuenta de que sigue parado en medio de las escaleras, hasta que una pareja que pasa le hace reaccionar y apartarse. Es ahí cuando parece volver al mundo real y entonces echa a correr de vuelta con sus amigas. Las necesita más que nunca o va a desmoronarse.

Cuando llega frente a una de las habitaciones, escucha a sus tres amigas reírse. Antes de irrumpir en el cuarto, se para en el pasillo para tomar aire y serenarse. No quiere que le vean así.

—En serio, ¿se puede ser más sexy? —Emma dice esas palabras mientras salta encima de una de las camas y Mara tira de ella para que deje de brincar.

—¿Es que no te cansas nunca? —La regaña, pero Emma la ignora.

—Amelia, venga, mójate. A ti sí que te gustan los hombres. Es sexy hasta decir basta, ¿verdad? Y encima tiene una voz tan grave... Ya no me interesa conocer al famoso Diego. —

Emma se vuelve a reír.

—Por como hablas, cualquiera diría que es a ti a la que le gustan los hombres —responde Amelia divertida.

—Sólo doy mi opinión objetiva, —replica Emma, empujando a Mara sobre la cama para sentarse entre sus piernas, utilizando a su amiga como si fuera un sofá. Mara, por supuesto, no protesta.

—Confieso que no me esperaba que hablara español y que el acento francés le da un puntazo. Pero sigo prefiriendo a Diego —explica Amelia, cogiendo su maleta para marcharse a la otra habitación.

—Se va a tirar a Diego, te lo digo. —Le dice Emma a Mara dándole un codazo y buscando su complicidad.

Sin poder soportarlo más, Min-ho entra en la habitación. Por una vez, las locuras de sus amigas no le vienen bien. No quiere escucharlas hablar de Assane, no hasta que al menos saque toda la frustración que lleva dentro. El pobre irrumpe en la estancia más alterado de lo que le hubiera gustado, casi chocando con Amelia.

—Anda mira, el desaparecido —dice está en cuanto le ve. —¿Tanto te ha gustado que has tenido que salir corriendo detrás de él? —Pero Amelia pierde las ganas de bromear en cuanto se da cuenta de lo pálido que está su amigo.

Mara y Emma, que también se han percatado de que Min-ho está temblando, se miran con preocupación. Nadie reacciona hasta que él aparta a Amelia, para poder cerrar la puerta de la habitación.

—Tengo que contaros algo —dice Min-ho recobrando un poco la compostura.

Emma y Mara se separan y se ponen en pie junto a él. Amelia le coge del brazo, y pregunta preocupada:

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

Como Min-ho no responde inmediatamente, Emma le obliga a sentarse en una de las camas, y Mara, como si estuviera sincronizada con ella, le ofrece una botella de agua que Min-ho acepta agradecido. Las tres amigas le observan beber en silencio, pero con los nervios a flor de piel, muertas de la intriga y de la preocupación a partes iguales.

Min-ho toma aire antes de volver a hablar.

—Sabéis que siempre os hablo de mi vida en Corea como un infierno, por todo el acoso que sufrí en el colegio y en el instituto, ¿verdad? —Las tres asienten con firmeza, sin osar interrumpirle—. Vale, bien. Pues el hombre que acaba de atendernos fue lo único bueno de todo aquel infierno. Fue... Fue el primer chico al que besé. —Min-ho ha vuelto a ponerse pálido.

—¿Por eso has salido corriendo detrás de él? —pregunta Emma, sin poder retener su curiosidad.

—¿Por qué tengo la sensación de que lo vuestro no ha sido un reencuentro bonito? —Inquieta Amelia, perspicaz.

—Porque no lo ha sido en absoluto —se lamenta Min-ho. Y entonces, contra todo pronóstico, rompe a llorar.

Las tres amigas se miran y acto seguido le arropan entre sus brazos.

CAPÍTULO 3

Esbozando margaritas

Las margaritas son flores que representan la belleza y la inocencia. De hecho, el nombre «Margarita» proviene del griego clásico y significa «perla» o «hermosa perla». Las margaritas blancas con el centro amarillo representan la inocencia, pureza y nuevos comienzos.

Corea del Sur, Seúl, 10 años antes.

Ser un adolescente homosexual en Corea del Sur allá por el 2012, no era quizá la mejor de las papeletas para hacer amigos en el instituto. Por eso Min-ho no había tenido una infancia fácil, ni tampoco una buena etapa escolar. No es como si él fuera contando aquello a los cuatro vientos, pero había ciertas cosas en su manera de ser y de actuar que siempre habían arrancado burlas por parte de sus compañeros. Ser diferente era condenatorio y la vida, en ese aspecto no le había tratado bien.

Cuando cambió de instituto para cursar el último año antes de intentar entrar en alguna universidad, pensó que quizá tendría suerte. Iba a cambiar de ambiente, y tenía la esperanza de que aquel último año de estudios fuese más llevadero. Nada más lejos de la realidad.

Su rutina en las clases no era tan terrible como lo que ocurría antes y después del instituto. Había un grupo de tres jóvenes que se había obsesionado con él desde que diera comienzo el curso. Le esperaban cerca del instituto por las mañanas y también al salir. Le robaban el dinero y la comida que llevase encima. A veces le pegaban y a veces no, dependiendo de qué humor tuvieran aquel día. Pero siempre, de forma sistemática, se burlaban de él y le insultaban.

Min-ho logró encajar aquella terrible rutina de la mejor manera posible. Por aquel entonces, ya casi a punto de acabar los estudios, soñaba con marcharse lejos de allí. A veces se imaginaba incluso saliendo del país, yéndose a vivir a un lugar nuevo. La perspectiva de aquel futuro ficticio le daba las fuerzas suficientes para aguantar cada golpe y cada insulto. Porque Min-ho, a pesar de que la vida pretendiese lo contrario, siempre había sido un chico lleno de energía, alegría y esperanza. Tenía una buena familia que le amaba y unas hermanas que le hacían feliz, le entendían y le querían. Así que, cada día que salía de casa, se lo tomaba como una prueba más a superar. Se decía a sí mismo que cada día que lograra sobrevivir, estaría más cerca de marcharse de allí. Por eso trataba de sobreponerse a los abusos de sus compañeros intentando abstraerse en esos sueños que le daban el valor de seguir.

El dibujo también se convirtió en una vía de escape. A través de él podía evadirse y dar tregua a su mente, a veces demasiado maltratada para albergar buenos pensamientos. Era en aquellos momentos, instantes que guardaba sólo para él, donde podía ser él mismo y sacar en forma de arte aquello que le aplastaba el corazón. Comenzó a obsesionarse con dibujar flores, tanto que llegó a alcanzar un realismo tan preciso que si alguien hubiera tenido la oportunidad de admirar

sus dibujos probablemente se hubiera quedado sin palabras, impregnándose de los sentimientos que transmitía a través de ellos.

Una mañana (después de haber pasado la noche en vela terminando uno de sus preciados dibujos) mientras iba de camino al instituto, tan radiante y feliz con el resultado que había logrado, estuvo lo suficientemente distraído como para que su mente se olvidase por un momento de aquellos con los que se iba a encontrar, como cada mañana, al girar la esquina. Por eso se sintió como un tonto cuando se sobresaltó al verlos, como si no llevaran haciendo lo mismo todo el curso.

—Vaya, mirad si la princesita Min parece contenta hoy. —Dong-yul, el más alto y grande de los tres, siempre era la voz cantante. Mientras Minjae y Sun Nam, que parecían gemelos, aunque venían de familias distintas, siempre estaban en su retaguardia limitándose a reír sus «gracias» y a sujetar a Min-ho cuando Dong-yul lo pedía—. Me parece que vamos a tener que borrarle esa estúpida sonrisa de la cara.

Justo en el momento en el que Dong-yul hizo su acostumbrado gesto con la cabeza, que era el indicativo para que sus dos amigos se pusieran en marcha, Min-ho empezó a prepararse mentalmente, una vez más, para soportar lo que sabía que se le venía encima. Ni siquiera intentó correr, no servía de nada, siempre lo atrapaban. Él era mucho más menudo que ellos, y aunque era ágil, nunca había estado muy en forma. Y ya había aprendido la lección de no hacerlos enfadar, porque el resultado era siempre peor. Así que, soltó el aire que estaba conteniendo en sus pulmones, y casi podría haber dicho con orgullo, que apenas tembló cuando Minjae y Sun Nam le agarraron cada uno de un brazo. Cerró los ojos con fuerza, contuvo el aliento, y en el preciso instante en el que pensó que recibiría el primer golpe, un sonido sordo se antepuso a lo demás. El golpe no llegó y Min-ho abrió los ojos desconcertado y curioso a partes iguales.

Una mano que no sabía de dónde había salido, estaba sujetando el puño de Dong-yul a apenas unos centímetros de su cara. Y no era una mano cualquiera. Todos se habían dado cuenta. El chico que había aparecido era extranjero. Por supuesto que había extranjeros en Seúl, aunque no tantos como parecía. Y, sobre todo, Min-ho nunca había visto a uno de ellos tan cerca. Su piel oscura como la noche, resaltaba en exceso contra la piel blanca de Dong-yul. Este se encogió de miedo en una mueca de terror que Min-ho jamás pensó que vería en él. Y, en el fondo, entendía por qué.

Aquel extranjero de tez oscura, tenía una mirada tan feroz y amenazante que era imposible no sentir algo de temor al verlo. Sin embargo, el miedo de Min-ho se transformó rápidamente en admiración, pues aquel joven le había salvado y había logrado que aquellos tres idiotas salieran huyendo. Sabía que aquello era temporal, que al día siguiente le pegarían el doble de fuerte sólo para compensar lo de aquel día. Pero Min-ho se sentía demasiado feliz para pensar en ello.

No había sido necesario que el joven hablara. Tan sólo su presencia y su mirada habían bastado para que salieran huyendo. A Min-ho también le imponía mucho aquel joven, pero la curiosidad era aún mayor. Así que aprovechó que él seguía mirando en dirección hacia donde huían los tres matones, para observarlo detenidamente. Era mucho más alto que él y desde luego, mucho más fuerte. Llevaba un abrigo negro entreabierto y se podía intuir un uniforme universitario y eso le dio a entender que también era mayor. Tenía el pelo rapado y llevaba un

pendiente de aro en la oreja. Aquel detalle rebelde, prendió algo en sus entrañas. Un pequeño fuego que creció en cuanto se perdió en los detalles de su rostro. Tenía la mandíbula cuadrada, apretada debido al cabreo y su nariz era redonda y respingona. Pero lo que de verdad llamó la atención de Min-ho fueron sus labios, carnosos y gruesos como no había visto otros. Él siempre dibujaba flores y nunca se había atrevido a dibujar un rostro, pero en ese instante, pensó que no le importaría probar a dibujar los labios de su salvador. Aquel pensamiento, provocó que se sonrojara, y, sacudiendo la cabeza para alejar eso de su mente, levantó la vista y se encontró con los ojos del joven extranjero que lo miraba fijamente.

La lógica y la razón deberían haberle obligado a apartar la mirada, pero Min-ho se quedó prendado de esos ojos color miel que ahora lo miraban con amabilidad. Un cambio en la expresión del joven que suavizaba sus gestos y lo hacía parecer aún más hermoso.

El chico dijo algo en inglés, pero Min-ho nunca había sido bueno en idiomas y no tenía ni idea de qué había dicho. Lo único que sabía es que su salvador le acababa de sujetar por los hombros y él hubiera jurado (si no fuera imposible por las capas de ropa y el abrigo que llevaba) que ahora su cuerpo ardía allí donde el joven había posado sus manos. Min-ho siguió mirándole, aún sonrojado y sin mediar palabra. Su salvador desistió en tratar de hacerse entender viendo que era imposible. Parecía genuinamente preocupado por él, y Min-ho imaginaba que le estaba preguntando cómo se encontraba. Pero, aunque hubiera sido capaz de hablar, tampoco habría sabido expresarse en inglés.

El joven suspiró y apartó, para gran desasosiego de Min-ho, las manos de sus hombros. Era enero y él sabía que objetivamente hacía frío, y aun así empezaba a sentir un calor sofocante. Su salvador se llevó las manos al pecho y dijo:

—Assane.

Y después puso su otra mano en el pecho de Min-ho preguntando con la mirada. Él comprendió que aquel joven acababa de decirle su nombre y que ahora quería saber el suyo. Pero Min-ho había vuelto a sentir esa pequeña punzada en el estómago, pues la voz grave de su salvador lo había hipnotizado. Al decirle su nombre, sintió como si aquel extraño le estuviese brindado las llaves de una intimidad que sería sólo suya. No era común en Corea darle tu nombre a un completo desconocido, y Min-ho se sintió especial tontamente ante la idea de poseer el nombre de su salvador. Por otro lado, barajó si debería darle a ese desconocido su nombre de pila. Sería algo que jamás había hecho antes con nadie. Pero en aquel instante, no era Min-ho quien tomaba las decisiones, sino aquel extraño fuego que ardía en su vientre. Así que, tras una pausa demasiado larga, dijo:

—Min-ho.

Y así, sin más, le otorgó a su salvador el poder de llamarle por su nombre más íntimo.

Después de aquel breve intercambio, Assane sonrió y aquello despertó a Min-ho de su pequeño trance. Esa sonrisa perfecta de dientes blancos fue demasiado para su pobre y maltratado corazón. Iba a llegar tarde a clase y además no se sentía capaz de aguantar aquella situación mucho más tiempo. Se apartó de su salvador, y se inclinó casi en ángulo recto en símbolo de agradecimiento antes de desaparecer corriendo.

Era bastante probable que aquel fuese el único día de la vida de Min-ho en el que había acudido a clase con una sonrisa gigante en los labios. Sabía que no volvería a ver a Assane, pero la experiencia había sido tan fuerte que estaba convencido de que aquella adrenalina le duraría al menos varias semanas.

El día transcurrió como otro cualquiera, y cuando salió de clase, a pesar de que una lluvia torrencial se había apoderado de la ciudad y de que estaba convencido de que Dong-yul y los demás podrían estar esperándole, por primera vez, no le importó.

Cuál fue su sorpresa cuando, al girar la calle al salir de la escuela, Assane se encontraba allí. Casi parecía que no se hubiera movido desde aquella mañana, a diferencia de que ahora llevaba consigo un paraguas rojo. El corazón de Min-ho latía tan fuerte que le dolía el pecho, ni siquiera era consciente de que estaba empapado por la lluvia. ¿Qué hacía allí? Min-ho llegó a pensar que quizá aquel joven esperaba algo como pago a cambio de lo que había hecho aquella mañana. Se acercó a él entre temeroso y curioso.

Cuando llegó a la altura de Assane, este volvió a regalarle una enorme sonrisa, mientras le cubría con el paraguas, y Min-ho sintió que se derretía, correspondiendo a aquel gesto apartando la mirada y sonrojándose hasta las orejas. No era de buena educación mirar a los ojos de nadie, pero algo muy fuerte en su interior le instaba a mirar los de Assane. El chico se rio, divertido ante el gesto evasivo de Min-ho, y a él esa risa grave, sincera y cercana se le coló hasta lo más profundo del pecho. El joven, viendo que Min-ho seguía sin mirarle, le agarró de las manos y le puso un cuaderno en ellas. Estaba abierto, y en una de las hojas alguien había escrito en coreano «te acompaño a casa». Y ahí sí, el corazón de Min-ho se detuvo en seco. Ni siquiera contestó asintiendo, o manifestando de alguna manera que le había entendido. Sintió que le ardía aún más el rostro y simplemente comenzó a andar, seguido de cerca por su salvador que lo protegía constantemente con su paraguas rojo.

Y así fue como el último curso de Min-ho en el instituto cambió para siempre. Pues Assane, de quien al tiempo descubrió que estudiaba en una universidad cercana, empezó a acompañarlo cada día, antes y después de clase. Todo el mundo miraba con recelo al chico extranjero que acompañaba al rarito de la escuela, pero nadie, nunca más, volvió a meterse con él.

CAPÍTULO 4

Beojkkoch 벚꽃 - Los Cerezos en flor

La flor de cerezo puede simbolizar la inocencia, la sencillez, la belleza de la naturaleza y el renacimiento que trae la primavera. Esta flor, y su breve florecimiento, tiene un significado simbólico para los budistas. Se asocia con la temporalidad y el carácter pasajero de la belleza y la vida, pero también con el ciclo de transformación de la misma, por lo que también se asocia al renacer.

—¿Cómo es que nunca nos habías contando esta historia? —dice Mara recolocándose un poco bajo el peso de Emma, pues han vuelto a sentarse en la cama cuando Min-ho ha comenzado su relato y ella de nuevo la ha usado de respaldo.

—¿Significa eso que el tío buenorro que nos ha dado las llaves fue con quien te diste tu primer beso? —pregunta Amelia entusiasmada ante la idea.

—Así que, ¿admites que está bueno? —replica Emma, divertida y arqueando las cejas repetidamente.

—Que prefiera el físico de Diego no significa que no tenga ojos en la cara —responde Amelia como si fuera de lo más obvio.

Min-ho, que hace un rato que ha dejado de llorar y ahora permanece en silencio, aún perdido en sus pensamientos, se mantiene al margen de los comentarios de sus amigas.

—Espera, has dicho que fue el primer chico que te besó, pero no has dicho cuándo ni cómo —inquire Mara.

—¡Cierto! ¡Nos falta información! ¡Desembucha! —le apremia Emma señalándole con el dedo.

Esto último sí hace reaccionar a Min-ho, pues sabe de sobra que aún no ha contado esa parte. Lleva tantos años con esos recuerdos tan bien guardados, que se le hace extraño verbalizarlos, porque nunca se los había contado a nadie.

—Os lo digo si me prometéis que no vais a gritar como unas adolescentes en celo. Y, por supuesto, que no le vais a decir nada de esto a Assane.

—Ese capullo, por mucho que vuestra historia pasada sea bonita, te ha hecho llorar hace unos minutos —dice Mara cual madre protectora—, claro que no le voy a decir nada. Aunque no prometo no partirle la cara si vuelves a soltar una lágrima por él. —Amelia y Emma asienten sumándose a sus palabras.

Aunque Mara lo dice completamente en serio, Min-ho sonríe. Porque no importa como haya sido su vida antes, cuando aún vivía en Corea. Ya que todo lo que le ha pasado le ha llevado a conocerlas a ellas, sus amigas. Las personas más importantes de su vida, esas que darían todo por su bienestar y que le llenan el corazón. Min-ho respira hondo antes de proseguir.

—Assane me besó el último día que nos vimos. —Esas palabras, como si de un cuento para niños se tratase, provocan que sus amigas ensanchen los ojos de curiosidad y las tres clavan sus

miradas en él—. Estuvo en Seúl sólo tres meses. Durante ese tiempo, siempre me acompañó. Mañana y tarde, nunca fallaba. Yo empecé a ponerme las pilas con el inglés y él con el coreano. Cada día que pasaba nos entendíamos un poco mejor. Nunca logramos tener conversaciones muy profundas por culpa del idioma, pero era tan adorable ver cómo se esforzaba por hacerse entender y me encantaba tanto verle cada día, que esos tres meses se evaporaron demasiado rápido. No fui consciente de que ya había terminado todo hasta el día en que me dijo que se marcharía. Fue muy repentino. Quiero decir, ya sabía que sólo estaría tres meses, pero no hablábamos mucho de eso. Así que cuando me dijo que al día siguiente era la última vez que nos veríamos, casi rompo a llorar delante de él.

—Ay, es que encima tú eres un llorón —suspira Emma, dándole unas palmaditas en la cabeza a Min-ho—. Pobrecito mío.

Mara le aparta la mano con brusquedad mientras la asesina con la mirada, pero Emma se encoge de hombros. Amelia le insta a seguir.

—Ríete de mí —dice Min-ho sin estar realmente ofendido—, pero Assane logró que mi última etapa de instituto no fuera un infierno. No quería despedirme de él. Así que esa noche no dormí y me la pasé dibujando. Quería darle algo mío, no sólo como agradecimiento, sino porque no quería que se olvidara de mí. —Min-ho se sonroja perceptiblemente—. Además, yo ya tenía dos cosas tuyas. Por un lado, el paraguas. Nunca me dejó que se lo devolviera, y yo lo guardaba como oro en paño. Y por otro, una sudadera, con la que voy a admitir que estuve durmiendo hasta que empezó a hacer calor.

—¿Una sudadera? ¿Te la regaló porque sí? —pregunta Amelia, de nuevo entusiasmada.

—¿Fue como en los k-dramas? —dice Emma poniendo los ojos como un gatito emocionado. Eso le arranca una carcajada a Min-ho.

—Fue exactamente como en los k-dramas —responde. — La verdad, chicas, con el tiempo reflexioné y me di cuenta de que era obvio que ambos sentíamos algo en aquel entonces. Pero yo, acostumbrado a ser una molestia para todo el mundo, y nada habituado a recibir cariño de alguien que no fuera mi familia, no me di cuenta de nada hasta que dejé de verle. Bueno, en realidad, hasta que me besó. Creo que yo tenía tan poca autoestima que jamás pensé que él pudiera sentir algo por mí como yo lo sentía por él. Así que, aunque ahora las señales parecen obvias, a mí me pilló por sorpresa. —Min-ho vuelve a sonrojarse.

—La sudadera, la sudadera. No te olvides. —Insiste Mara deseosa de conocer esa historia.

—Me interesa más el beso —replica Emma.

—En orden, que lo cuente en orden —sentencia Amelia.

Min-ho vuelve a reírse antes de seguir.

—El día que me dio la sudadera, ya había dejado de hacer tanto frío y ambos íbamos ya sin abrigos. Aquel día yo llevaba un jersey, pero a medio día lo olvidé en la cafetería, y cuando volví a por él ya no estaba. Así que, cuando salí de clase iba sólo con la camisa de manga corta del uniforme y ya había oscurecido y habían bajado las temperaturas, por lo que estaba muerto de frío. —Min-ho carraspea antes de seguir, claramente abochornado por lo que está contando—. Assane me puso su sudadera gris por los hombros en cuanto me vio aparecer. Igual que sucedió con el paraguas, nunca me dejó que se la devolviera.

—¿Y los sigues teniendo? —pregunta Amelia.

Min-ho asiente, rojo como un tomate.

—Los guardo ambos.

—¡Eso es muy cuqui! Después de tantos años... —suspira Emma.

—El caso es que cuando me dijo que se marchaba, ansioso ante su partida y sin saber qué hacer para que no se olvidase de mí, me pasé aquella noche en vela, haciéndole un dibujo. Era la época en la que los cerezos florecían, y él estaba siempre tan entusiasmado con la belleza de Seúl en esas fechas, que decidí dibujarle los cerezos en flor de la calle donde siempre me esperaba.

—¡Un momento! ¡No fastidies! —grita Emma con demasiada emoción, aplastando un poco más a Mara con la brusquedad de sus movimientos, mientras esta la aparta entre quejas.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —pregunta Amelia, confusa.

Min-ho no dice nada, pero mira a Emma fijamente y sonríe. Pues sabe que su amiga ha deducido algo clave antes que las demás.

—¿La foto de perfil de tu Instagram de ilustraciones es el dibujo que le hiciste a Assane? —pregunta Emma y Min-ho asiente de nuevo, mientras Mara y Amelia abren los ojos como platos.

—O sea, que el dibujo que le hiciste a tu primer amor es mundialmente famoso —dice Emma, radiante ante la idea de algo tan romántico.

Cuando Min-ho llegó a España, decidió abrirse una cuenta de Instagram para colgar sus ilustraciones, basadas en su mayoría en dibujos de plantas y flores muy realistas. Jamás pensó que su arte pudiera gustar a tanta gente, pero, para su sorpresa, su cuenta se hizo famosa y en la actualidad cuenta con cientos de miles de seguidores que aman sus dibujos. La primera ilustración que subió fue la que le había regalado a Assane, ya que antes de entregárselo, decidió escanearla y digitalizarla para mantener él también una copia. Esa ilustración se convirtió en su foto de perfil, y ahora cientos de miles de personas en todo el mundo la conocen.

—Vale, entiendo que esto es muy romántico y bla, bla, bla... —interrumpe Mara—. Pero, ¿y el beso?

Min-ho suspira, como si fuese doloroso, pero al mismo tiempo bonito recordar aquel momento. Toma impulso y comienza a hablar.

—Aquella última mañana yo llegué allí antes que él. No había pegado ojo y los nervios guiaron mis pasos hasta aquella calle mucho antes de lo que me hubiera gustado reconocer. Recuerdo que hacía un tiempo muy agradable, y tenía tal nudo en la boca del estómago, que no dejé de andar de un lado para otro. Estaba tan sumergido en mis pensamientos, que no me enteré de que había llegado hasta que me choqué con él sin querer. Yo había estado deambulando calle arriba y abajo con la mirada clavada en el suelo. Cuando me topé con Assane, recuerdo que dejé de respirar durante unos instantes.

—Me estoy muriendo de lo bonita y romántica que es esta historia —puntualiza Emma en voz muy bajita, tratando de no interrumpir, pero sin poder evitarlo.

—Puede que fuera porque era la última vez que lo iba a ver, pero, cuando alcé la vista y le miré, pensé que jamás lo había visto tan guapo como aquel día. Sin mediar palabra, pues tampoco sabía qué decir, le entregué mi dibujo. Él lo cogió con una enorme sonrisa pintada en la cara y yo (no os voy a mentir) me derretí por dentro. El dibujo le encantó y supongo que, debido

a la emoción del momento, en un impulso inesperado, me abrazó. Sé que fue raro para ambos, porque al separarnos nos miramos con vergüenza. Creo que ninguno de los dos sabía lo que estaba pasando. Seguimos caminando hacia el instituto como si nada. El día anterior me había dado su e-mail y me había hecho prometer que le escribiría. Yo no tenía correo electrónico en aquel entonces, pero le prometí que lo haría. En ese momento, después del abrazo, aquella conversación del día anterior de pronto me hizo sentir nervioso. Justo poco antes de llegar a la escuela, Assane me cogió del brazo y me apartó hacia un callejón. *Aigo!* Os juro por mi vida que hay una especie de agujero negro entorno a aquel recuerdo. Como si se hubiera detenido el tiempo y se hubiese borrado mi memoria. *Aigo!* Lo único que permanece vivo en mi memoria son sus labios cálidos sobre los míos. No sé ni cómo llegamos allí, ni cuánto tiempo duró, ni siquiera qué pensé o sentí. Sólo recuerdo sus labios, su olor y lo mucho que deseé que ese momento no terminara nunca.

—Madre mía, ese Assane no se parece nada al tipo que acabamos de conocer. —Puntualiza Mara quitando un poco de romanticismo al momento.

—Y tanto —murmura Min-ho.

—Entonces, ¿qué pasó después de eso? ¿No hablaste con él nunca más hasta hoy? —pregunta Amelia.

—Así es —se lamenta Min-ho—. No sé por qué, aquel día no vino a buscarme a la salida. Después del beso, salió corriendo. Yo nunca tuve el valor de escribirle por e-mail. Y mucho tiempo después, cuando quise hacerlo, me di cuenta de que había perdido su dirección. Así que Assane se convirtió en una bonita historia del pasado. Una que guardo con especial cariño, por supuesto. Pero como nos perdimos la pista y nunca nos volvimos a ver, siempre he guardado aquel recuerdo bien profundo. No sé por qué, pero a pesar de lo bien que me vino su presencia en aquella época, recordarle me hacía daño. Así que nunca hablo de él.

—Ay, santo cielo. ¡Esto da para hacer una serie! —suspira Emma emocionada, como si fuera la mejor de las ideas.

—¿Y por qué narices habrá hecho como que no te conoce? —inquire Mara.

—No tengo ni idea —responde Min-ho algo triste—. Quizá es cierto que no se acuerda de mí.

—¡Eso es imposible! —sentencia Emma.

Pero antes de que nadie pueda decir nada más, una voz por megafonía les indica que la cena de bienvenida para los nuevos huéspedes está a punto de comenzar y da indicaciones a los inquilinos de que se dirijan al comedor cubierto de la zona de la piscina. Las cuatro amigas se miran y acto seguido se ponen en pie.

—Paramos la conversación, pero esto no se queda así —dice Amelia, decidida—. Luego nos cuentas más detalles y, sobre todo, aprovechemos la cena para ver cómo se comporta Assane.

—Estoy de acuerdo —dice Mara—. Ahora que ya sabemos lo que pasó, será fácil averiguar si está fingiendo que no se acuerda, o de verdad no te ha reconocido.

Min-ho asiente un poco más animado. No lo ha dicho en voz alta, pero la realidad es que le ha hecho mucha ilusión volver a encontrarse con él. El destino no puede haberle puesto en su camino sin una razón. Es cierto que él no le ha reconocido hasta que Assane no ha dicho su nombre, pero eso no significa que se haya olvidado de lo que pasó hace ya tantos años. Assane

ha cambiado mucho, está más alto, más fuerte y su rostro es más adulto. Pero en cuanto Min-ho ha escuchado su nombre, sus rasgos se han tornado familiares de repente, y ahora no puede dejarlo pasar.

Asiente a sus amigas, convencido de que en la cena llegará a una buena conclusión sobre todo esto. Porque, aunque al final no le haya reconocido, él hará por recordarle lo que ocurrió. Es imposible que haya podido olvidar aquello que sucedió entre los dos. Puede que para Assane no fuera tan importante como para él, pero le resulta imposible creer que lo haya olvidado.

Amelia y él se marchan a su habitación para cambiarse antes de cenar, dejando a Mara y Emma a solas.

CAPÍTULO 5

Ave del Paraíso

Esta flor tiene un significado relacionado con la alegría, la magnificencia y el paraíso. Asimismo, se considera como una planta que ayuda a atraer la suerte y las buenas energías. Por su naturaleza tropical también simboliza la libertad. Por otro lado, se dice que esta flor es fuente de inspiración muy popular en las Bellas Artes.

—¿No te parece demasiado romántico? —le pregunta Emma a Mara mientras comienza a sacar encima de la cama su ropa de la maleta de manera desordenada.

—A ti todo te parece siempre muy romántico —responde Mara poniendo los ojos en blanco—. Y así te va, todas las tías con las que sales te tratan como les da la gana.

—¡Eso es un golpe bajo! —dice Emma fingiendo estar indignada, pero pasando claramente del comentario—. ¿Nos duchamos juntas para ahorrar tiempo? Casi todo el mundo estará abajo ya y no podemos ir con toda esta sal en el cuerpo.

Emma ya se ha empezado a desvestir. Siempre hace lo mismo, actúa delante de Mara como lo haría con cualquiera de sus demás amigas. Salvo que Mara no es cualquiera. A veces se ha llegado a plantear si Emma se hace una idea de lo que siente por ella. Hay momentos en los que de verdad cree que lo sabe, pero luego ocurren cosas como esta y se le pasa. Porque si Emma supiera lo que ella siente, lo mucho que le cuesta mantener la compostura y fingir, no haría cosas como esta. No se desnudaría delante de ella, y, sobre todo, no la invitaría a compartir una ducha. Porque eso sería cruel.

Emma es la persona más directa, franca y sincera que Mara haya conocido jamás. Por lo tanto, está convencida de que, si Emma sintiera algo por ella, se lo diría en el acto. No se andaría con rodeos y no jugaría con sus sentimientos. Así que, a Mara no le queda otra que seguir fingiendo que no siente lo que siente. Que no le está temblando el cuerpo ante la ingenua invitación de Emma.

No es la primera vez que la ve desnuda, ni tampoco es la primera vez que se duchan juntas. Emma no es nada pudorosa y cuando van las dos al gimnasio, es la típica persona que siempre anda desnuda por ahí sin vergüenza y con desparpajo. Pero Mara ha elaborado una especie de regla no escrita en cuanto a estos momentos con ella se refiere.

Por un lado, lleva años perfeccionando la técnica de mirarla directamente a los ojos en cuanto ella se quita la ropa. Siente que si mira a cualquier otro lugar, Emma adivinará enseguida lo que le pasa por la cabeza. Y, por otro lado, como hace ya demasiados años que se conocen y no es la primera vez que Emma le propone ducharse juntas, Mara ha decidido que lo menos sospechoso es aceptar y rechazar esa oferta a partes iguales. Para equilibrar.

Hace dos meses, en casa de Amelia, después de una borrachera y completamente de resaca, Emma le pidió que se ducharan juntas para combatir dicha resaca. Propuesta que Mara rechazó sin pensarlo, porque no habría salido nada bueno de ahí. Hace una semana, en el gimnasio, todas

las duchas estaban ocupadas, y ella se ofreció a compartir la suya con Mara. Pero aquel día tampoco se atrevió a aceptar. Lo que ahora le deja en una posición un tanto comprometida. Porque, por un lado, y siguiendo la regla que ella misma ha establecido, debería aceptar. Porque se supone que sólo son amigas, y rechazarla por tercera vez haría parecer que las cosas son extrañas, cuando en realidad no debería, ¿no? Pero, por otra parte, hace ya más de seis meses que no se duchan juntas.

¿Es extraño que Mara lleve la cuenta? Bueno, tomando en consideración lo enamorada que está de Emma, se puede entender. Y, aun así, sigue siendo demasiado tiempo, y hay algo en el interior de Mara que le pide a gritos que acepte su oferta. Y no sólo por esa «regla» no escrita.

Al cabo de un instante que se le hace eterno, Mara mira a Emma y asiente, rogando porque el oscuro color de su piel oculte lo sonrojada que está. Emma, que apenas la mira un instante, termina de desvestirse y se encamina hacia la ducha.

—¡Pues venga! ¡Date prisa! —dice mientras desaparece tras la puerta del baño completamente desnuda.

Mara sabe que el tiempo es crucial, y que, si tarda demasiado, no sólo habrá perdido su oportunidad, sino que también será demasiado tarde. Así que, con más prisa de la que le gustaría admitir, se desnuda a toda velocidad y se apresura a seguir a Emma. Una parte de ella le hace sentir levemente culpable. No debería sentirse tan emocionada, ni aprovechar la ocasión para estar de manera tan íntima con ella. Pero cuando se trata de Emma, Mara jamás actúa de manera cuerda. Para tratar de calmar esa breve punzada de culpabilidad, Mara se adentra en el cuarto de baño, prometiéndose a sí misma que no volverá a hacerlo.

La ducha de la habitación es bastante grande. Está separada del resto del baño por una mampara de cristal semitransparente. Así que Mara, ahora mismo sólo ve la silueta borrosa de Emma en su interior. Mientras esta se adelanta para abrir el grifo de agua, Mara realiza un par de respiraciones y entra en la ducha determinada a no mirarla. Pero su entereza se tambalea en cuanto ve su preciosa espalda. De forma instintiva, como siempre hace, busca el tatuaje que Emma lleva en la parte baja de la espalda: una flor ave del paraíso.

Recuerda perfectamente cuando se hicieron ese tatuaje juntas, hace ya más de dos años. Emma, que siempre tiene ideas de bombero, le regaló a Mara un tatuaje de la «amistad», como a ella le gusta decir. La condición era que ambas debían tatuarse lo mismo. No fue muy difícil ponerse de acuerdo, porque la flor favorita de Emma era ave del paraíso y, con el tiempo, también se había convertido en la de Mara. Es una flor que simboliza alegría y libertad, y Mara siempre pensó que era la flor perfecta para representar a Emma. Por eso le pareció ideal esa elección para el tatuaje. Como no conocían a nadie que dibujase flores mejor que Min-ho, él fue el encargado de hacer el precioso diseño.

Mara se tatuó la suya en el antebrazo, donde siempre pudiera verla, pero Emma escogió, fiel a su personalidad, un lugar más sensual. Y como el cerebro de Mara a veces parece tener vida propia y no obedecerla, sabedor de lo mucho que a ella le gusta observar ese tatuaje, ha provocado de manera involuntaria que sus ojos se dirijan allí sin ningún remedio.

Justo cuando Mara saca valor para apartar la mirada, al mismo tiempo que se sacude esos pensamientos, Emma pega un pequeño grito agudo y se echa hacia atrás de forma brusca,

provocando que Mara tenga que apoyarse contra la pared para impedir que ambas se caigan.

—¡Joder! ¡Está congelada! —grita Emma de manera infantil y molesta. Está empapada del agua de la ducha que ha salido demasiado fuerte y bastante fría. Mara sabe que debería reaccionar y moverse, pero tiene a Emma encima y se siente totalmente bloqueada.

Cuando parte de esa cantidad de agua le salpica a ella también (es cierto que está helada) por fin sale de su ensimismamiento y empuja a Emma algo más fuerte de lo que quisiera.

—Es que la has abierto al revés, la derecha es la fría y la izquierda la caliente —dice Mara empujando un poco más contra la pared a Emma para acercarse hasta el grifo y cambiar el agua.

—Pues eso está mal. De toda la vida el agua fría está en la derecha y la caliente en la izquierda —dice Emma a su espalda.

Mara agradece que no se estén mirando a la cara ahora mismo, pues está tan sonrojada que no habría forma de disimularlo.

—No importa si está mal o no, tienes un circulito rojo y otro azul que te dicen claramente la temperatura del agua. —Mara no puede evitar sonar molesta—. Ya empieza a salir templada, ven.

La alcachofa de la ducha es grande y cuadrada y está fijada en el techo, de manera que no se la pueden pasar la una a la otra, y para poder mojarse hay que situarse sí o sí debajo. Para Mara eso es un conflicto, pero para Emma, que no está pensando nada parecido a lo que ella tiene en la cabeza, acercarse a Mara y meterse bajo el agua tan próxima a ella no es ningún problema.

El tiempo parece detenerse de repente. Mara sabe que se engaña a sí misma, tiene más claro que nunca que no debería haber entrado en la ducha, y sabe de sobra que su estúpida regla no tiene ni pies ni cabeza. Pero ahí está, bajo el agua que empieza a salir caliente, y a apenas unos centímetros de Emma y de todo lo que eso implica. Todos sus anhelos, sus deseos y secretos golpeándose entre sí por salir a la superficie. Se ha prometido no mirarla, pero el rostro de Emma, para ella el más lindo del mundo, se antepone a cualquier otro pensamiento rompiendo sus barreras. Sus preciosos y rosados labios parecen una invitación que Mara se siente cada vez más incapaz de rechazar.

Emma tiene los ojos cerrados mientras deja que el agua le golpee la cara con suavidad. Parece morir del gusto ante el contacto de esa cascada tibia y Mara siente que perderá la cabeza si permanece allí un segundo más.

De nuevo, y haciendo un esfuerzo titánico por obviar los deseos de su mente y de su corazón, debe tomar una decisión sabia y salir de esa situación. No importa lo que Emma pueda pensar, ya verá qué excusa se inventa y pensará en ello después, pero ahora sólo desea salir de allí. Porque si no lo hace no podrá luchar contra el resto de los deseos de su cuerpo. Porque no hay nada en este momento que desee más que aferrarse al cuerpo desnudo de Emma y besarla con todo el peso de los años que lleva enamorada de ella. Cuando por fin se decide a dar un paso, vuelve a la realidad y se da cuenta de que Emma tiene los ojos abiertos y hace un rato que la está mirando fijamente. Ese océano azul que es su mirada la atrapa dejándola de nuevo clavada en el sitio.

Es extraño, porque siempre hay un atisbo de travesura en los ojos de Emma, así como una perenne sonrisa ladeada. Pero ahora no existe rastro de eso. Mara no sabe qué pensar ni que sentir, pues Emma la está mirando de una forma indescifrable y con el semblante tan serio que

siente un escalofrío recorriendo su espalda. ¿Es deseo lo que percibe en sus ojos? ¿Son imaginaciones tuyas?

Antes de poder elaborar una respuesta lógica a esas preguntas, Emma hace algo de lo más inesperado. Coge a Mara de los brazos, apoyándose para poder ponerse de puntillas, y sin que a ella le dé tiempo a pensar qué es lo que está haciendo, Emma posa sus labios (aún salados por el mar) sobre los suyos. Mara pierde momentáneamente la capacidad de respirar. Pero su cerebro, una vez más, siendo más rápido que ella y más listo, manda la orden a sus propios labios de aprovechar la situación y devolver el beso. No entiende que está pasando, pero ya tendrá tiempo de pensar en ello después.

Mucho antes de lo que Mara hubiera deseado, ese beso, tan anhelado y soñado, se termina. Emma se separa y la sonríe volviendo demasiado rápido a su estado anterior. Como si no hubiera pasado nada, se agacha para coger el champú y dárselo a Mara, cuya cara de desconcierto no llega a ver, pues se gira antes de tiempo.

—¿Me lavas el pelo? —dice Emma como si nada de todo aquello hubiera ocurrido.

Con ella de nuevo dándole la espalda, Mara por fin se permite respirar. No tiene ni idea de qué acaba de pasar, pero tampoco encuentra en su interior las fuerzas necesarias para preguntar. No sabe si está feliz o asustada. Emma es impulsiva y tiene miedo de no saber interpretar lo que acaba de ocurrir. Sabe que lo mejor ahora mismo es contener sus preguntas. Todo el mundo las estará esperando abajo y ella sabe, en el fondo, que ahora Emma no hablará. Así que, tratando, una vez más (igual que ha hecho todos estos años) de sobreponerse, esconde sus sentimientos bien en el fondo de su corazón y decide que ya hablarán más tarde.

Se apresura a la lavar el pelo de Emma, tratando de contener el temblor de sus manos, mientras esta canturrea una canción incomprensible. No sabe qué pasará a partir de ahora, pero, en este momento, no puede evitar esbozar una pequeña sonrisa de felicidad.

CAPÍTULO 6

Entre petunias

Las petunias tienen una variedad de significados que podrían representar los sentimientos hacia alguien o verdades ocultas de una persona. Rojas: Pasión, amor, erotismo desenfrenado. Rosas: coqueteo, el inicio de una relación. Azules: Amistad. Moradas: celebraciones en un buen ambiente y atraen buenas energías.

Amelia lleva un rato picoteando unas uvas que hay en una de las fuentes que se distribuyen por la gran mesa que han puesto en el porche exterior de la zona de la piscina, donde se han reunido ya algunos clientes que conversan entre sí. Min-ho, que está muy poco hablador desde lo de Assane, está sentado en el borde de la piscina con las piernas dentro del agua y con ninguna intención de salir de su burbuja de melancolía. Amelia se siente impotente en este tipo de situaciones porque es consciente de que no ha nacido con un don para empatizar con el tema de «relaciones amorosas». Ella siempre ha sido un alma libre, sin ataduras, y nunca ha entendido muy bien por qué la gente se obsesiona tanto con la idea de tener pareja. Para ella nunca ha sido una prioridad. Por lo tanto, aunque tiene mucha experiencia en cuanto a materias sexuales se refiere, no está muy familiarizada con los problemas sentimentales que acarrea una relación.

Cuando va a dar un paso hacia su amigo con la torpe intención de animarle, se gira al escuchar la risa histriónica de Emma. Mara y ella acaban de aparecer en el jardín, y no sabe de qué están hablando, pero debe de ser algo divertido, ya que la risa de Emma ha sobresaltado a todo el mundo. Pero ella, como siempre, ajena a las miradas que despierta, se acerca hacia Amelia sin ser consciente de que todo el mundo la mira.

Amelia siempre ha sabido lo que se esconde tras la relación de esas dos. Las tres se conocieron hace más de tres años en el gimnasio y surgió una fuerte conexión que se extendió más allá de las clases que compartían cada semana. Ya entonces se dio cuenta de lo unidas que estaban ese par de dos. Pues, sin ir más lejos, Emma, que trataba de ganarse la vida como actriz, había abandonado Madrid (lugar donde tendría más opciones de lograrlo), sólo para seguir a Mara hasta Granada. Que ambas eran más que amigas era algo que todo el mundo sabía y que nadie decía. La intuición de Amelia le llevaba a pensar que Emma era la única que no sabía lo que estaba pasando. Que no aceptaba, más bien, lo que sentía por Mara. A ella le entristecía aquella situación y sentía lástima por Mara, que llevaba su amor en silencio. Pero, una vez más, Amelia se sentía incapaz de aconsejar o ayudar a ninguna de las dos con respecto a ese tema. Por un lado, porque creía que aquello no era asunto suyo, y por otro, porque temía que el día que aquello saliese a la luz, la amistad entre ambas podría irse al garete. Y ella no quería presenciar aquello.

Suspirando para tratar de alejar esos problemas de su mente, Amelia se adelanta para atrapar a Emma del brazo y detenerla:

—¿A dónde vas? —le dice adivinando sus intenciones.

—A sacar a mi triste amigo de su estado depresivo —responde Emma con cara de inocente.

—¿Y te parece que tirarle al agua sin avisar es un buen remedio para eso? —replica Amelia que no ha fallado en sus predicciones sobre lo que Emma pretendía hacer. Su amiga siempre es impulsiva y visceral, lo que, con algo de práctica, la convierte en alguien predecible.

—A situaciones desesperadas, medidas desesperadas —dice Emma encogiéndose de hombros y acentuando su sonrisa y su cara de no haber roto ni un plato en la vida.

—Por favor, Mara. Átala, aunque sea con una correa, pero no dejes que esta loca la lée esta noche, te lo ruego. —Le suplica Amelia.

—Tranquila —responde Mara cogiendo a Emma de la tira de su vestido—, la tengo. —Y tanto ella como Amelia se ríen ante la gracia.

—Reíros lo que queráis —replica Emma indignada—, pero me niego a que llegue el buenorro de Assane y vea a Min-ho como si fuera un alma en pena. Al menos que finja que está bien. No quiero ver suficiencia en el rostro del francés, porque de ser así tendré que clavarle un tenedor en el ojo. —Emma suelta un bufido animal al final de la frase.

—Bueno, niña —la interrumpe Mara—. No todo el mundo sabe actuar tan bien como tú. Min-ho no es actor, es un ser humano. Déjale en paz.

—A veces los seres humanos «normales» también saben actuar. —Amelia lanza esa pulla hacia Mara sin poder evitarlo. Esta abre los ojos como platos, pero la réplica que es evidente que va a lanzar, muere en sus labios antes de salir. Pues todo queda interrumpido por la grave voz de Assane.

—¡Perdón por la tardanza! Pero podéis echarle la culpa a Diego.

Las palabras de Assane hacen que los pocos clientes que hay se giren en su dirección. Es entonces cuando Diego aparece tras él con una enorme bandeja entre sus manos.

—¡Lo siento! ¡Culpa mía! —Los dos hablan en inglés, puesto que hay varios clientes de distintas nacionalidades. Lo que no hace sino aumentar el atractivo de ambos con el acento que cada uno le otorga a su manera de hablar.

Es aquí, cuando todo el mundo está pendiente de ellos, cuando Amelia se permite de verdad y con detenimiento, observar al famoso Diego que horas antes les había atendido.

Hay algo que Amelia no ha querido reconocer en voz alta cuando sus amigas se lo echaron en cara momentos antes, pero es cierto que cuando llegaron y Diego las atendió, algo en él se quedó grabado en ella. Y aunque Emma tiene razón y cuando Amelia se queda con el nombre de un chico, es más que probable que después acabe teniendo sexo con él, en este caso ha sido diferente. Es más, lleva todo el día preguntándose qué es esta extraña sensación. Y, ahora que ha vuelto a verle, sigue sin saber de qué se trata, pero al menos tiene claro que no ha sido un espejismo: Diego le atrae de manera diferente al resto de hombres con los que ha estado hasta ahora.

Mierda...

No es algo físico, y eso que el chico es espectacular. Tiene unos ojos verdes de ciencia ficción y un atractivo innegable. Además, es cierto eso de que los argentinos tienen un acento precioso. Pero ni su barba de varios días sin afeitarse, ni su castaño pelo rebelde, ni su físico en general, son los causantes de cómo se siente. Hay algo más, algo que Amelia no entiende del todo y que le

asusta. Por supuesto, no puede tratarse de amor, porque para amar a alguien primero hay que conocer a esa persona. Pero teme haber encontrado ese «clic» del que todo el mundo habla. Ese punto de no retorno que marca el antes y el después de querer llegar más a allá de una noche con una persona. Y eso en el lenguaje de Amelia, sólo significa problemas.

—Era de vital importancia que los nuevos probarais este queso de la zona —dice Diego enseñando una preciosa cesta de quesos.

Mientras habla, se dirige hacia ellas que están en medio de la trayectoria que debe seguir hasta llegar a la mesa. Así que sus amigas se apartan, pero Amelia que se ha quedado mirando los hipnotizantes labios de Diego, no se da cuenta de que se ha quedado plantada en medio de del césped obstaculizando al joven, de manera que este debe sortearla para pasar. Al hacerlo, le dirige una amable sonrisa a Amelia, cuyo corazón pega un brinco inesperado y entonces frunce el ceño como respuesta sin poder evitarlo. «Ah, no. Esto, no, por favor.» Piensa para sí misma.

Mientras ella termina de volver a la realidad, todo el mundo coge asiento en la mesa.

El hostel no es excesivamente grande, lo que lo hace muy acogedor y, por otro lado, es inevitable no quedarte con la cara del resto de clientes, puesto que no hay muchas habitaciones. Algo muy peculiar del lugar es que en el pequeño comedor/cocina donde se desayuna, come y cena normalmente, no hay buffet ni tampoco nadie del servicio que cocine. Allí cada uno puede coger lo que quiera de la nevera y la despensa (siempre bien abastecidas) y hacerse la comida.

En el caso de esta cena, son Assane y Diego quienes han aportado el picoteo y las bebidas. En la web ponía que hacían esta cena una vez a la semana. En ella suelen aportar embutidos, quesos y vinos franceses, además de otros tentempiés.

Cuando Amelia se acerca al fin a la mesa, la manera en la que se han dispuesto las personas se le atraganta un poco en el estómago. La mesa es alargada, en un extremo se han colocado dos parejas que parece que han venido juntas, y en medio hay una familia de dos padres con su hija, y un matrimonio mayor. Lo que hace que en el otro extremo estén sentadas sus amigas bien pegadas a Assane y Diego. Amelia lamenta haber sufrido ese pequeño lapso mental porque no ha podido evitar este resultado, seguramente fruto de la mano y obra de Emma. Amelia suspira y coge sitio sin dejar de asesinarla con la mirada.

El único asiento disponible es al lado de Assane, lo que la incomoda un poco, pero al menos, justo en frente, tiene a Diego. Aunque ahora que lo piensa, no sabe si eso la tranquiliza o la asusta aún más.

Ese extremo de la mesa ha quedado dispuesto de la siguiente manera: en un lado están Diego, Emma y Min-ho, y justo enfrente Amelia, Assane y Mara. Que Emma esté en medio de todo no le inspira a Amelia ningún tipo de confianza, pues se huele lo que viene a continuación. Al menos, en sus tejemanejes, ha impedido que el pobre Min-ho se siente junto a Assane. Pero este chico es muy serio y parece poco hablador, y Amelia hubiera deseado que no se interpusiera entre ella y Mara, porque se siente rodeada y atrapada. Por un lado, le tiene a él, en frente a Diego, y en su diagonal a Emma. Nada bueno puede salir de esa encerrona.

Su amiga, que parece tenerlo todo controlado, coge aire, y sonríe antes de hablar.

—Bueno, Diego, cuéntanos, ¿qué tienen de especial estos quesos para que nos hayas privado de tu hermosa presencia hasta ahora?

Amelia se atraganta con su propia saliva, y eso que sabe que Emma no ha hecho más que empezar. Mientras Diego se lanza a una oda sobre el queso de Tête de Moine y sucedáneos, Amelia se percata de que Emma lo ha conseguido: el resto de clientes está hablando por su cuenta, y sólo sus amigas conversan con Diego y Assane. Decide que es hora de pegarle un buen trago al vino. Ahora se alegra de no poder ver bien la cara de Mara, pues siente que esta cena va a ser demasiado explosiva. Y lo peor es que nadie puede predecir dónde van a caer las bombas de Emma.

Al cabo de un rato, después de que el pobre (pero adorable) Diego, haya respondido a todas las absurdas preguntas sobre quesos que Emma le ha formulado, el silencio se instala breve pero incómodamente. Y entonces sí, sin poder evitarlo, estalla el primer proyectil en el campo de batalla. Pero, para sorpresa de todos, ni siquiera Emma lo ve venir.

—Y, dime, Diego —comienza ella—, ¿por qué le pusiste este nombre al hostel?

—¿El nombre? No fui yo. Fue Assane.

La cara de Emma palidece brevemente, como si de pronto hubiera caído en la cuenta de algo. Amelia se echa un poco para atrás, buscando la mirada de Mara tras la enorme espalda de Assane, y encuentra en su amiga, la misma perplejidad. Así que ambas se encogen de hombros y devuelven su atención a la mesa. Min-ho no ha hablado en toda la cena, ni siquiera ha levantado la vista del plato. Así que sintiendo que no le queda otra opción, Amelia hace la pregunta que todos tienen en mente, porque está segura que la única persona que se ha fijado en el nombre del hostel de entre todas sus amigas ha sido Emma.

—¿Cómo se llama el hostel? —Amelia lanza la pregunta sin dejar de mirar con curiosidad a Emma y tratando de entender a qué se debe su reacción.

Entonces ocurre lo más inesperado. Assane, que tampoco ha abierto la boca en toda la cena, habla, con su voz grave de ultratumba y pronuncia una única palabra:

—*Cerisier*.

CAPÍTULO 7

Peonías en la sombra

Esta flor del género Paeonia debe su nombre a Paeón, el médico de los dioses. La Peonía es una de las flores más utilizada en la cultura oriental siendo el símbolo tradicional en China de la riqueza y el honor. Simboliza las acciones personales que asumen riesgos y desafíos para obtener grandes recompensas.

La sangre parece ralentizarse en las venas de Min-ho, y desde luego su corazón no late con normalidad. Podría no ser nada. Es más, está convencido de que es una mera casualidad. Es imposible que Assane haya escogido ese nombre pensando en él y en lo que pasó hace diez años en Seúl. Porque si aquel acontecimiento hubiera significado tanto para él, hoy le hubiera reconocido, ¿no? ¿Quizá sí que se acuerda de lo que vivieron juntos? ¿Puede ser cierto que esté tan irreconocible que Assane no se percate de que es él? Pero eso es imposible, porque Min-ho sabe que él mismo no ha cambiado tanto. Sigue siendo igual de delgado y de bajito, casi juraría que no ha crecido ni un centímetro. Y su cara, a pesar de los años transcurridos, tampoco ha cambiado tanto. Pero, ¿podría ser?

La sola idea de que Assane realmente no le haya olvidado, desata un rayo de esperanza en su interior. Es estúpido, lo sabe, pensar así, pero no puede evitarlo.

Quien sí ha cambiado de verdad, es Assane. Aquel adolescente que conoció entonces, ha desaparecido bajo este nuevo cuerpo más grande, fuerte y esbelto. Es más, Min-ho no le ha reconocido hasta que él ha dicho su nombre. ¿Podría ser que a Assane le haya ocurrido lo mismo?

Min-ho siente el peso de las miradas de sus amigas. Justo después de lo que les ha contado sobre Assane en la habitación, es imposible que ellas no hayan atado cabos. Pero Min-ho no se va a arriesgar a mirarlas, porque si lo hace, podría derrumbarse, y no quiere hacerlo. Al menos no delante de él. Así que, con todas las fuerzas que es capaz de reunir, permanece con la vista clavada en el plato, como si lo que acabara de pasar no le estuviera estrujando hasta el alma por dentro. Se muere de la curiosidad, necesita saber más.

Tras un breve silencio que, seguro que todo el mundo entiende menos Diego, Emma vuelve a tomar la voz cantante en la conversación.

—¿Cerisier? Vaya, un nombre muy original, Assane. Y, dinos, ¿en qué te inspiraste?

Ella sabe que está metiendo las narices donde no la llaman, pero también conoce bien a sus amigas y está convencida de que justo ahora todas apoyan, por una vez, que sea tan cotilla e intrusiva. Es consciente de que todas ellas, incluido Min-ho, quieren saber el por qué.

Assane la mira a los ojos sin pestañear, camuflando por completo cómo se siente al respecto. Nadie en esa mesa, ni siquiera su amigo Diego, sabe qué piensa en este momento. No flaqueará, no dejará que los demás sepan lo mucho que le ha afectado este encuentro con Min-ho. Ese chico que le cambió por completo, que le enamoró en su juventud y que después le abandonó sin pensarlo dos veces.

—No tiene nada de especial —replica, imperturbable—. Tenemos una franquicia con diferentes hostales en varios países, y todos tienen el nombre de alguna flor.

Esa respuesta se clava en el corazón de Min-ho acuchillando la leve felicidad que había sentido minutos antes. Pero sigue sin mostrar ninguna reacción, prefiere seguir mirando el plato.

—Bueno, dicho así, parece que somos los dueños de una gran cadena. En realidad, sólo tenemos un hostel aquí, y otro en Holanda. Aunque con perspectivas de abrir otro nuevo este año. —Añade Diego, sin ser consciente de que está dejando vendido a su amigo. Este le lanza una mirada de odio que Diego reconoce bien, pero que no sabe interpretar.

—Ah, sí. ¡Ya lo recuerdo! —dice Emma sobresaltando a todo el mundo—. Me quedé con el nombre porque me pareció precioso: *World's Gardens*.

—¿Eso qué es? —pregunta Mara mientras se sirve su tercera copa de vino. Está preocupada por Min-ho, pero al mismo tiempo ha sido un día con demasiadas emociones. Y, aun así, con todo lo que está pasando, lo único en lo que puede pensar es en que Emma la ha besado en la ducha.

—Es el nombre de nuestra pequeña franquicia —responde Diego.

—Sí que es un nombre muy bonito —añade Amelia.

¿Es cosa suya, o esa mujer le está tirando los trastos? Diego no es para nada un hombre creído, pero Amelia le mira como si deseara comérselo de los pies a la cabeza. Lo cual le hace sentir muy intimidado, ya que la tiene justo delante. Es más, baraja la idea de apartar la mirada, sonrojado, y centrarse en Assane. Pero su amigo sigue mirándolo como si quisiera asesinarlo y él sigue sin comprender por qué. Así que no le queda más remedio que volver a mirar a la hermosa y peligrosa mujer que tiene delante. Nunca, en todos los años que lleva trabajando en esta empresa junto a su socio, ha cometido la imprudencia de liarse con ninguna de sus clientas. Pero, es la primera vez que esa idea le resulta tentadora.

—Sí, también recuerdo que el hostel que tenéis en Holanda se llama Tulp. Pero claro, el tulipán es una flor y el cerezo un árbol. Assane, ¿estás seguro de que ese nombre no esconde nada más?

Mara escupe el vino que estaba a punto de tragar, y se lo rocía encima al pobre Min-ho que logra apartarse justo a tiempo. Emma, malvada como ella sola, hace esfuerzos titánicos por aguantar la risa. Sabe que ha sido muy directa, pero no se arrepiente de nada.

—¡Ay, joder, Min-ho! ¡Lo siento! —Dice Mara completamente apurada, sabiendo que esto empeora más la situación de su pobre amigo.

—Tranquila, no es nada, —responde él sonrojado. Pues le avergüenza quedar en ridículo delante de Assane, y, sobre todo tiene miedo de que Emma se pase de verdad de la raya.

—Lo siento, lo siento. —Mara intenta levantarse, pero el vino está empezando a hacer efecto y un pequeño mareo la obliga a sentarse de nuevo.

—Está bien, de verdad. —Insiste su amigo.

—Bueno, es cierto que Assane tiene una extraña fijación con los cerezos —dice Diego tratando de retomar la conversación para intentar volver al estado de ánimo anterior. Sin saber que, con sus palabras, en realidad, lo empeora todo aún más—. Diría que está obsesionado con las plantas y las flores en general. Fue idea suya el nombre de la franquicia y el de los hostales. A

mí desde luego, me encanta, pero yo no tengo tanta imaginación. Me pareció una idea increíble. Le vino la inspiración a raíz de una cuenta muy famosa de Instagram.

Un golpe fuerte sobre la mesa hace que Diego se calle en el acto. Todo el mundo mira a Assane que se acaba de poner en pie. Nadie comprende a qué se debe la interrupción, hasta que, para sorpresa de todos, rodea la mesa y se sitúa junto a Min-ho. Este no puede evitar levantar la vista y mirarle sin comprender.

En realidad, todos en la mesa le observan confundidos. Assane mantiene un gesto serio y casi de enfado que no se corresponde con lo que dice a continuación.

—Si no lo limpias ahora mismo, la mancha no saldrá.

Min-ho baja la mirada hacia su camiseta azul cielo y se percata de que, efectivamente, hay manchas de vino tinto en ella. Al parecer sus reflejos no han sido tan buenos como él creía. Pero antes de que pueda decir nada, y para gran asombro de todos, Assane le coge la muñeca, le hace levantarse, y le obliga a seguirle hasta el interior del hostel, bajo la atenta y perpleja mirada de todos los demás.

Emma lanza una pequeña carcajada de pura maldad, y se gira hacia Diego.

—Y, dime, querido, ¿cómo dices que se llama esa cuenta de Instagram?

Ahora es Amelia la que da un golpe en la mesa.

—Emma, creo que deberías ayudar a Mara a volver a la habitación. Se le ha subido un poco el vino a la cabeza y no se encuentra bien.

Mara, que sabe que está contentilla pero que se encuentra perfectamente, mira a Amelia con cara de no comprender nada. Hasta que se cruza con su mirada y entonces descubre la verdadera intención de su amiga. Quiere que saque a Emma de allí antes de que la lée más.

—Uy, sí. Me encuentro fatal. Por favor, volvamos a la habitación.

Emma no es estúpida, pero también sabe cuándo parar. Así que decide fingir que no sabe lo que sus amigas pretenden y se hace la idiota.

—Es que no aguantas nada bebiendo, anda vámonos. Deja que te ayude.

Mientras se acerca a por Mara, piensa que todas sus amigas, igual que ella, lo han entendido. Assane sí que se acuerda de Min-ho, porque, por pura lógica, esa famosa cuenta de Instagram debe de ser la de su amigo. Y el nombre del hostel no es casualidad. Pero bueno, al menos ha conseguido que ocurra algo interesante y ahora las dos personas implicadas están a solas dentro de la casa. Desea de todo corazón que su amigo halle el valor para decirle a Assane todo lo que guarda en su interior.

En cuanto Emma desaparece junto a Mara, Amelia se permite respirar al fin. Y cuando mira a Diego, se da cuenta de lo confundido que está. El pobre no debe entender nada de lo que acaba de ocurrir. Y explicárselo le resulta demasiado tedioso. Además, no tiene ni idea de si Diego conoce algo de la historia pasada de su amigo. En el mismo instante en el que decide abrir la boca para cambiar el tema de conversación y terminar con esto, toma conciencia de algo que a priori puede no parecer importante, pero que desde luego lo es. Diego y ella se han quedado solos.

Amelia suspira porque sabe lo que va a hacer antes de que suceda. Y también sabe que ni ella misma lo puede parar.

—¿Dónde dices que queda tu habitación?

Diego no responde, pero su mirada le sirve a Amelia como respuesta. Porque ahora Diego también sabe lo que va a pasar.

Sin mediar palabra, Amelia coge su copa de vino, le sonríe y sabiendo de sobra que él la seguirá, se escabulle de vuelta al hostal.

No llevan ni veinticuatro horas en Francia y ya han puesto todo del revés.

CAPÍTULO 8

Camelias escondidas

En países como Corea, la camelia representa el amor y la persistencia de este sobre diferentes factores. Las camelias rojas simbolizan el amor, la pasión y el deseo profundo. Por otro lado, la camelia rosa es una representación del deseo de estar con un ser querido. En ocasiones la gente suele llamar a la camelia «una llama en el corazón» al ser un signo de reconocimiento.

En cuanto desaparecen de la vista de los demás, Emma ya sabe lo que quiere. No entiende bien por qué se está dejando llevar de esta manera, después de tantos años intentando no pensar ni siquiera en el tema. No sabe si es Francia, el mar o lo bella que está Mara, pero tiene claro que esta noche no puede terminar así.

—¿Qué te parece si vamos a relajarnos un poco? —Emma lanza la pregunta a Mara, pero sin realmente esperar una respuesta. Pues ya la está encaminando, empujándola por la espalda, hacia la dirección que ella quiere.

—¿Dónde vamos? —Mara responde con otra pregunta, dejando entrever que su respuesta es «sí», porque sabe que cuando Emma quiere algo no merece la pena oponerse. Así que se deja guiar por ella sin protestar.

—Ya verás, te va a encantar.

En menos de cinco minutos, las dos llegan a una puerta que está bajando las escaleras principales y a la que Mara ni siquiera había prestado atención. En un letrero pone en mayúsculas «GYM».

—¿Esta es tu idea de relajarte? —inquire Mara mirándola sin comprender.

—Tú cállate y confía en mí.

Emma empuja a Mara hacia el interior de la sala del gym y cierra la puerta tras de sí. No es un gimnasio muy grande, pero tiene de todo. Mara sigue sin comprender nada, pero decide esperar y confiar en Emma. Ella la coge de la mano y la guía hasta el final de la sala donde hay un pequeño pasillo que debe dar a las duchas y a los vestuarios. Para gran sorpresa de Mara, cuando por fin llegan a dicho pasillo, se encuentra con que hay varias puertas. Efectivamente están los vestuarios y las duchas, pero también hay dos puertas en las que se puede leer «jacuzzi» y «sauna».

Emma se gira para mirar a Mara con maldad y una enorme sonrisa en los labios. Mara no tiene ni idea de cómo ha sabido Emma que esto estaba aquí, pero no puede evitar rendirse ante la maravillosa idea de meterse en un jacuzzi con ella.

De nuevo vuelve a atraparle ese miedo que surgió momentos antes en la habitación. No quiere meter la pata, no se quiere dejar llevar, y, sobre todo, no quiere asustar a Emma. Pero es que ella no se lo está poniendo nada fácil. ¿Qué pretende con esto? Quizá sean sólo imaginaciones suyas. Sería de lo más normal que dos amigas se metieran en un jacuzzi sin mayores consecuencias. Pero Mara conoce bien a su amiga. No puede explicar por qué, pero siente que todo esto no es

aleatorio. Emma lo hace a conciencia. Y, por una vez, Mara no quiere resistirse. No quiere ser de nuevo la mente adulta, madura y responsable que siempre frena sus pasos.

Emma entra en la sala donde está el jacuzzi y tira de Mara para que la siga y cerrar la puerta. Una vez dentro están totalmente a oscuras y Mara saca su móvil para buscar el interruptor que no han visto al entrar.

—¿Será esto? —Señala Emma.

Se trata de una especie de botón extraño que no parece estar hecho para ser pulsado si no para hacerlo girar. Mara no la responde, en su lugar sigue su instinto y gira dicho botón. En el acto se encienden unas tenues luces de neón en los filos del suelo y del techo, de un color morado.

—Ostras, que puta pasada —dice Emma entusiasmada—. Esto genera un ambientazo de la leche.

Mara sigue girando el botón y descubre que cada giro es una luz diferente. Termina volviendo a la primera, porque el morado es el color favorito de Emma. Está de los nervios, sabe que si Emma hace una locura, ella no será capaz de parar. Y eso, por alguna razón, la vuelve aún más loca.

—Ven, ayúdame a encender esta mierda. —Emma empieza a toquetear sin ningún sentido los botones del jacuzzi.

Mara, que tiene mucha más paciencia para estas cosas, se acerca y trata de leer y entender las palabras que acompañan a cada botón. Debe ayudarse de la luz de su móvil otra vez, porque las luces de neón crean mucho ambiente, pero no iluminan nada.

Enseguida comprende cuál es el botón de llenado, y mientras el agua empieza a caer, sigue investigando el resto de botones.

—Vale, el agua debería estar saliendo caliente. Creo que este botón es para añadir jabón, y este para poner burbujas. Bueno, parece que hay varios de ellos para las burbujas, supongo que habrá varios tipos. También tenemos para chorros de agua, tanto del fondo como de las paredes, y...

Unas gotas de agua salpican a Mara que levanta la vista justo para ver como Emma entra en el jacuzzi, interrumpiéndola y haciéndole perder el hilo de sus pensamientos. Su amiga está completamente desnuda. No tiene ni idea de en qué momento ha pasado esto, pero siente que se ha quedado sin habla.

—Venga, deja ya eso y métete de una vez.

Como casi siempre, Emma parece no darle importancia a lo que está pasando. Pero a Mara le cuesta tragar saliva. Son demasiados años enamorada de ella, demasiados años anhelando ese cuerpo que ahora tiene delante en todo su esplendor. Quizá no debería recrearse, pero no puede evitar recorrerlo con la vista de arriba abajo. Emma siempre ha sido muy nerviosa, y aunque no es muy fan del deporte, tiene un cuerpo delgado devorado por esos nervios. Sus pechos no son muy grandes, y sus pezones están ahora mismo tan duros que Mara sólo puede pensar en morderlos. Cuando sus ojos llegan a la entrepierna, no puede evitar apartar la mirada porque si fija su vista en ella un poco más, se tirará encima.

Aprovechando que Emma se sienta en el jacuzzi, ahora lleno también de espuma, Mara se desviste sin levantar la vista ni una sola vez, bajo la atenta mirada de su amiga.

Emma ha perdido el norte, lo sabe. Nunca ha querido llegar a esto con Mara, porque estar en una situación como esta significaría tener que admitir todo lo que siente por ella. Y eso es algo que nunca ha tenido el valor de hacer. Porque para Emma, Mara lo es todo. Es su pilar fundamental, alguien con quien sabe que estará hasta el final de sus días. Por eso no se puede permitir tener nada con ella, porque Emma es un desastre en las relaciones. Todas las que ha tenido a lo largo de su vida han sido un caos porque ella misma es un desastre.

Pero esta noche desea a Mara, la desea muchísimo. Por eso, mientras su amiga se desnuda para reunirse con ella en el jacuzzi, Emma no hace ningún esfuerzo por apartar la mirada. Ama el cuerpo rollizo y lleno de curvas de Mara. Muchas veces se ha imaginado envuelta en esos brazos y hoy no piensa parar hasta conseguirlo.

Emma se da cuenta de los nervios que recorren a Mara en cuanto esta entra en el jacuzzi. Porque ella no es tonta y sabe desde siempre lo que Mara siente. Por eso trata de no ponerla nunca en situaciones como esta, porque no la quiere hacer sufrir. Sin embargo, ahora el deseo se interpone por encima de todo lo demás.

Mara se ha acomodado abrazándose las piernas, como si así se sintiera más protegida. Pero Emma la encuentra terriblemente irresistible cuando se pone tan tímida y no puede evitar atravesar el jacuzzi para acercarse a ella. Mara levanta la vista de sus rodillas, con las mejillas totalmente encendidas, cuando Emma la obliga a separar los brazos y a abrir las piernas.

—Hazme hueco —dice mientras acorta la distancia entre las dos.

Mara sabe de sobra lo directa que es Emma, pero eso no la prepara para lo que esta hace a continuación. Su amiga se lanza a besarla con auténtica pasión, provocando que a Mara le cueste respirar. El beso es cálido y húmedo y Emma introduce su lengua con tal frenesí que Mara debe separarla un segundo o se volverá loca.

—Espera un momento —dice Mara. Pero la mirada que Emma le devuelve le dice que no lo hará. No va a detenerse por nada del mundo.

Emma sonríe y en lugar de volver a besarla se acerca hacia ella con una mirada pícara. Antes de que Mara pueda adivinar qué va a hacer, una de las manos de Emma se posa sobre su clítoris y empieza a frotar con suavidad mientras se acerca para empezar a besarle el cuello. Mara no cree en ninguna religión, pero si existe un paraíso debe ser este. Los besos de Emma le producen escalofríos que le recorren la espalda mientras que el placer aumenta con cada frente de su amiga. La ama, siempre la ha amado, y no tiene ni idea de qué pasará después de esto, pero sólo puede pensar que ahora la ama más que nunca. Emma la está llevando a tal nivel de placer que siente que explotará en cualquier momento.

En un pequeño arrebato de lucidez, Mara rodea a Emma con los brazos y la atrae hacia sí. Quiere sentirla completamente pegada a su piel, quiere hacerla gemir de placer igual que ella lo está haciendo. Emma la rodea con sus piernas para unir sus clítoris en un beso carnoso de puro placer y ambas comienzan a moverse con un frenesí fruto de una larga espera y de un intenso deseo.

Mara, sin dejar de abrazar a Emma, baja una de sus manos desde la espalda, pasando por su tatuaje, hasta una de sus nalgas, disfrutando de poder acariciarla así. Guiada por una mano invisible termina descendiendo hasta su vagina por la parte de atrás para introducir los dedos en

su interior. En cuanto estos penetran a Emma, ella grita de placer y parece perder la cordura porque comienza a moverse arriba y abajo en un ataque de puro frenesí provocando que el roce entre ambas las excite aún más. Mara abraza con fuerza a Emma con uno de sus brazos mientras que con el otro sigue proporcionándole un placer que siente que la volverá loca. Emma ha dejado de besarla porque no puede dejar de gemir y Mara no puede evitar morderle y besarle los pezones a partes iguales mientras que siente que el momento final está a punto de llegar. Ambas se corren a la vez exhalando un último gemido ahogado de placer y abrazándose más fuerte que nunca. Emma, de forma automática y sin reflexionar demasiado, posa un último beso en el tatuaje que Mara tiene en el antebrazo, ese que ambas llevan igual.

Las dos sabían que el sexo entre ambas sería bueno, pero no imaginaban que fuera a ser glorioso.

Mientras sus respiraciones vuelven a la normalidad, sin dejar de abrazarse, ninguna de las dos se atreve a pensar en qué pasará después de eso, qué supondrá este hecho. Porque si lo hicieran, estarán perdidas.

CAPÍTULO 9

Belladona

Si por algo se ha caracterizado la belladona a lo largo de la historia es por la cantidad de leyendas y mitos que se han creado en torno a ella. Según algunas viejas leyendas, hablar de belladona es hablar de seducción. De hecho, el nombre de esta planta no es casualidad. En latín, bella donna significa bella mujer, y muestra la sensibilidad de los italianos, quienes bautizaron la flor, en el arte de la seducción, a la que está muy ligada.

Mientras suben hasta la boardilla donde se encuentran las habitaciones de Assane y Diego, este no puede evitar pensar que está cometiendo un error. No sólo jamás ha traspasado la barrera de liarse con alguna clienta, sino que ni siquiera trajo nunca a Nicole a ninguno de sus hostales en los más de ocho años de relación que estuvieron juntos. Pero, a pesar de todo, este error tiene un rostro irresistible. Él nunca ha sido una persona de mantener relaciones esporádicas y lleva dos años soltero la mar de a gusto.

El desengaño amoroso que sufrió con Nicole tras descubrir que llevaba tres años liada con un compañero de trabajo, le quito las ganas de plantearse si quiera volver a tener una relación y se volcó por completo en el proyecto con Assane que había empezado a despegar años atrás. Y el sexo, aunque le gustaba, no le parecía imprescindible. Si alguna vez sentía la necesidad, se aliviaba el mismo, pero en esos dos años no había tenido relaciones con nadie. Si es cierto que antes de Nicole él había estado con otras mujeres, pero ahora aquello parecía muy lejano.

¿Qué está haciendo? ¿En qué piensa al llevar a una mujer a su habitación? No para de barajar excusas para frenar lo que sabe que va a ocurrir porque con cada paso que da, está más nervioso. Siente la presencia silenciosa de Amelia a su espalda y casi se siente tentado de echar a correr. ¿Cómo de patético sería cerrarle la puerta en la cara? Pero una parte muy fuerte de él, siente curiosidad. Una curiosidad desbordante que le devora desde el momento en el que cruzó la mirada con Amelia.

Sabe de sobra que lo que siente no es amor, eso es absurdo. Pero ha sentido esa conexión tan peligrosa. La conexión que te indica que esa persona te atrae más que las demás. Si Amelia no fuera una clienta y no estuviera de paso, Diego sabe que intentaría tener una cita con ella, conocerla más. El cuerpo se lo pide. Podría después quedarse en nada, o quizá convertirse en algo. Pero no es el caso, porque Amelia está aquí de vacaciones y se irá dentro de cinco días. Y él no quiere quedarse con la duda de qué hubiera pasado esta noche. Por eso ha aceptado la propuesta de Amelia. Porque por primera vez en dos años, ha sentido un tirón por alguien. Porque por primera vez en dos años, no le importaría hacer una locura y dejarse llevar.

Amelia por su parte trata de mantenerse con los pies en la tierra, pero lo único que puede hacer es mirar la imponente espalda de Diego y anticipar el momento en el que ella la recorrerá con sus manos. Porque lo sabe, y esto ha pasado cientos de veces. Tiene muy claro lo que ocurrirá dentro de esa habitación y le encanta. Adora el momento previo a que ocurra nada, lo encuentra la mar

de excitante porque puede palparse en el ambiente el deseo de ambos y ese tira y afloja es de las cosas que más le gustan.

El pobre Diego parece hecho un flan, y ella sabe que él está en desventaja, pero que lo desea igual que ella. Sólo hay un pequeño detalle que no le gusta, y no le gusta nada de nada. Se trata de ese diminuto tironcillo en el pecho, ese extraño remolino en el vientre. Dos sensaciones a las que no está acostumbrada y de las que no quiere oír ni hablar. Pero sus instintos son superiores, y a pesar de exponerse al peligro al acostarse con alguien que la hace sentir así, no puede evitarlo. Además, dentro de cinco días se habrá marchado, y cualquier pequeña mariposa que haya revoloteado en su interior, quedará aplastada por el peso de la distancia que se interpondrá entre ambos y por los propios deseos de Amelia de mantenerse eternamente soltera.

En cuanto Diego cierra la puerta de su habitación y los dos se quedan a solas, empieza a lamentarlo. Pues una parte de él sabe perfectamente que se muere de ganas, y otra, no menos importante, se muere de vergüenza. Sabe que el sexo es como montar en bici, que eso nunca se olvida, pero ese pensamiento no hace que se sienta menos inseguro. Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que compartió su cama con alguien y, además, en los últimos años con Nicole ya apenas se acostaban. Se siente como un adolescente otra vez.

Durante un momento que parece interminable, nadie habla. Es más, Diego ni siquiera es capaz de mirar a Amelia. Siente que no tiene para nada el control de la situación, por eso tiembla (no sabe muy bien si de placer o de nervios) cuando ella le pone su mano en la espalda y comienza a recorrerla con lentitud, deleitándose. Diego no era consciente de la cantidad de tiempo que llevaba sin recibir una caricia.

Amelia lo nota, sabe que él lo desea pero que al mismo tiempo está nervioso. No conoce su historia, no sabe qué carga lleva a sus espaldas, pero siente que está claro que él no está acostumbrado a este tipo de situaciones. Y para sorpresa de Amelia, no puede evitar sentir compasión. Porque de una u otra manera, Diego le gusta mucho y no quiere que este momento sea algo incómodo para él. Ella siempre se entrega en este tipo de encuentros, es más, suele dar siempre en el blanco y encontrar a tipos que buscan exactamente lo mismo que ella. Se lo pasa bien, disfruta y todo es intenso y rápido. Pero ahora, no sabe por qué el cuerpo le pide que vaya con calma. Quiere que Diego se relaje, que logre disfrutar del momento y sentirse cómodo. Asumiendo la voz cantante y feliz de desempeñar ese papel, le coge de la mano y le guía hasta la cama.

Amelia no le pregunta nada, es consciente de que en momentos como este es mucho mejor no hablar si ya existe un entendimiento. Y eso es lo que le gusta de él, que, por alguna razón, puede leerle. Hay algo que le dice que él ahora mismo está más cómodo con el silencio y siente el agradecimiento en su mirada, cuando por fin sus ojos se cruzan con los suyos. El corazón le late tan fuerte que se siente desorientada, pues nunca le había ocurrido antes. Este hecho no hace sino aumentar sus ganas de hacer que Diego se tranquilice y ambos disfruten de lo que está a punto de ocurrir.

Al estar sentado en el borde la cama, Diego parece haber recobrado algo de su valentía y no puede evitar observar con adoración a la espectacular mujer que tiene delante. Amelia lleva un precioso vestido veraniego de color rojo, cuyos tirantes se han estado deslizando hacia abajo

durante toda la cena. Y cada vez que ella los volvía a poner en su sitio, a él le temblaban las piernas. Ahora que la tiene tan cerca, desearía ser él quien los bajara, pero le asusta la idea de que le tiemblen las manos. Amelia, como si le hubiera leído la mente, se acerca a él, aún de pie y colocándose entre sus piernas, posando sus manos sobre las de Diego para acercarlas a sus hombros. Poco a poco y guiado con suavidad por ella, él desliza los tirantes hacia abajo. Amelia no detiene el movimiento hasta que sus pechos quedan completamente al descubierto. Diego ya se había fijado antes en que Amelia no llevaba sujetador, pero era algo en lo que había estado tratando de no pensar en toda la noche. Ahora, al tenerla así frente a él, medio desnuda, ya no puede pensar en nada más. Toda su mente está empapada en ella. Hacía muchos años que no sentía un deseo así. Siente como su miembro le palpita en los pantalones y el deseo le consume cada vez más. La serenidad y calma con la que Amelia está llevando la situación provocan que él se deje llevar y se excite aún más.

Amelia deja que él la observe durante unos segundos y después se acerca para besarle. El beso es dulce, suave y tierno, y dura mucho más de lo que debería, lo que provoca que Diego no pueda evitar rodear a Amelia con sus brazos para abrazarla mientras sus labios siguen unidos. Sentir el cuerpo de ella, tan caliente contra el suyo, está a punto de llevarle al borde de la locura. Siente que le sobra la tela que los separa, pero, una vez más, Amelia parece leerle el pensamiento y se separa de él para quitarle la camiseta. Después de eso, en lugar de retomar el beso justo donde lo habían dejado, ella pone una de sus manos en la nuca de él y con mucho cariño empuja su cabeza hasta sus pechos. Diego, obediente y diligente comienza a besar y lamer sus pezones como si no deseara nada más en la Tierra. Escuchar los gemidos que sus gestos arrancan a Amelia hace que le tiemble hasta el alma.

Cuando siente que podría pasarse así la eternidad, ella vuelve a sorprenderle y toma una de sus manos para guiarla hasta su entrepierna. Diego se deja llevar de nuevo y cuando su mano alcanza la calidez que Amelia le ofrece, él no puede evitar seguir sus órdenes y quitarle las braguitas para después subirle el vestido. Ahora es él quien ha entendido sin palabras lo que ella desea, así que se incorpora y la levanta a ella a su vez con cuidado para tenderla en la cama.

Cuando Amelia vio a Diego por primera vez aquella mañana, y a pesar de que había quedado prendada, no se había fijado realmente en su cuerpo. No es un hombre que a priori destaque por ello, pero ahora que le ve sin camiseta y que la ha levantado para recostarla en la cama se da cuenta de que es mucho más fuerte de lo que parecía y eso también la excita. Hay hombres que son muy habladores en el sexo, pero Diego y ella parecen entenderse sin palabras por el momento y eso es maravilloso.

En cuando él sumerge su cabeza entre sus piernas y su lengua comienza a jugar allí abajo, Amelia entiende que esto es distinto. Ha hecho esto mismo con cientos de tíos, la verdad. Pero hay algo que no es igual, maldita sea. Diego la va a volver loca. En cuestión de segundos, Amelia llega al clímax y no se lo puede creer. Se siente de nuevo como una adolescente que no contrala la intensidad de sus emociones y se corre antes de tiempo.

En cuanto él se incorpora de nuevo, Amelia se lanza a sus pantalones deseando liberar lo que estos esconden. No hay nada que quiera más en al mundo ahora mismo que sentir a Diego en su

interior. Él también parece desear lo mismo y cuando por fin se despoja de los pantalones y los calzoncillos, Amelia no puede evitar sonreír, pues lo que ve le gusta, le gusta mucho.

Diego lee en el semblante de Amelia que ahora ella quiere darle placer a él, pero no puede consentirlo, no hay tiempo para eso. Porque si deja que Amelia le ponga un solo dedo encima entonces él se dejará ir y no quiere que eso ocurra. Desea mucho más entrar en su interior, sentirla. Así que se acerca rápidamente a su mesita de noche para coger un preservativo y no puede evitar sonrojarse cuando ve la sonrisa de Amelia. Ella se levanta, le coge de la mano y le obliga a sentarse de nuevo en el borde la cama. Le quita el preservativo y con manos diestras y mucho más rápido de lo que lo haría él, logra colocárselo. Le encanta que ella sea tan decidida y que tenga tanta experiencia porque así compensa por completo el desastre que es él. La personalidad de Amelia le da seguridad, le hace sentir que puede ser torpe o patoso porque ella controla la situación y sabrá guiarle.

Amelia, una vez que ha terminado de ponerle el preservativo, se acerca a él y se sube a horcajadas, apoyando las rodillas en la cama. Él que sigue sentado en el borde, la atrapa por la espalda para sostener su peso y que ella pueda sentarse con comodidad. Cuando Amelia, lentamente, va introduciendo su miembro en su interior a medida que se sienta del todo, Diego no puede evitar lanzar un gruñido de placer. Esa sensación es mucho más poderosa de lo que hubiera soñado y Amelia es demasiado para él. Su olor le impregna los sentidos y su piel es tan suave que siente que se puede perderse en ella.

Amelia no deja de besarle mientras comienza a moverse arriba y abajo, con suavidad y con deleite. Cada movimiento les llena de escalofríos de placer a ambos hasta que llega un punto en el que es imposible no acelerar el ritmo. En un par de movimiento más, y casi como si se hubieran puesto de acuerdo, ambos llegan al punto cúspide del placer a la vez. Sus jadeos y suspiros llenan toda la habitación y Diego no puede frenar el impulso de besarla mientras ambos siguen temblando.

Para sorpresa de él, Amelia rompe a reír con una risa fresca y burbujeante, como si pretendiera decir con ese gesto que está maravillada con lo que acaba de suceder. Diego no puede evitar sonreír y abrazarla de nuevo. La voz de Amelia le llega en un leve murmullo cuando por fin habla para susurrarle en su oído:

—Hagámoslo otra vez.

Diego se aparta para poder mirarla a la cara y entonces vuelve a sentirlo: ese maldito tirón en el pecho. Lo que no sabe es que ella lo acaba de sentir también. Ni siquiera hace falta que Diego responda con palabras. Su sonrisa es respuesta suficiente para Amelia, que le vuelve a besar entre risas.

Diego lo entiende justo en ese momento: está completamente perdido.

Pétalos de Gardenia

La gardenia es delicada y bella. Simboliza la pureza y la dulzura, sus pétalos son finos y perfectamente estructurados convirtiéndola en una de las flores más bellas. La gardenia simboliza el amor secreto existente entre dos personas y la alegría. Esta flor también simboliza la atracción pura y limpia. Es una flor muy mística vinculada al poder de la atracción y a la energía positiva.

Assane sabe perfectamente que se ha llevado a Min-ho de allí porque no estaba capacitado para seguir escuchando más cosas de esa amiga suya tan impertinente. No tiene ni idea de si Min-ho ha sabido ver las señales de lo que eso implica, pero al menos ya no tiene que afrontar la situación frente a todo el mundo. Si no le queda más remedio que hablar con él, prefiere hacerlo a solas. Además, tiene un grave defecto profesional y en el momento en el que ha visto la mancha de vino tinto en la camiseta de Min-ho no ha podido dejar de pensar en que cada momento que pasaba iba a ser más difícil de quitar. Y eso no lo podía permitir.

Aún no se ha repuesto del encuentro que ha tenido con él esa tarde. Durante muchos años ha soñado que volvía a encontrarse con Min-ho, a pesar de la rabia que sintió cuando comprendió que este le había abandonado y que lo que había ocurrido entre los dos, había significado más para él que para Min-ho. Pero ya hacía tiempo que lo había superado, y jamás hubiese imaginado que acabaría encontrándose con él en uno de sus hostales. Y nada más y nada menos que hablando español a la perfección. Idioma que ahora él también dominaba gracias a Diego. Al hablar en español, Min-ho tiene un fuerte acento que casi hace que Assane pierda la cabeza después de tantísimo tiempo sin verle. Jamás hubiera pensado que, si volvían a encontrarse, esta vez iba a poder entender cada palabra suya. Es idiota, lo sabe, pero una parte de él piensa que podría ser una señal. Porque Min-ho es coreano y él francés y las posibilidades de que ambos aprendieran otro idioma durante estos años (en el que ahora pudieran entenderse) son tan bajas que no se lo cree. De cualquier manera, el mero hecho de haberse encontrado con él aquí diez años después, ya es una señal en sí misma. Lo que pasa es que Assane estaba demasiado en *shock* para reaccionar de ninguna manera. Y ahora, a pesar de que su corazón se embala de la emoción; la pena y la rabia que sintió durante tanto tiempo, han vuelto a aflorar al mismo nivel, y no puede evitar mostrarse demasiado enfadado.

Siente el calor que emana la muñeca de Min-ho mientras le arrastra en dirección hacia la cocina, y no puede evitar pensar que le encanta el tacto de su piel por leve que sea. Aún no se cree que esto esté pasando. No se gira para mirarle ni una vez, es más, intentará por todos los medios no mirarle a la cara en ningún momento, porque siente que perderá la entereza y entonces, cualquier reproche que quisiera hacerle, moriría en sus labios antes de materializarse.

Min-ho no tiene ni idea de dónde le lleva Assane, pero lo cierto es que no le importa. No sabe si ha comprendido bien todo lo que ha ocurrido en la cena, pero, de ser así, ¿puede ser que Assane no le haya olvidado? Esa pequeña esperanza hace que se le olvide lo doloroso que ha sido el encuentro de unas horas antes. Sabe que ambos tienen muchas cosas que decirse, porque,

aunque con los años se hubiesen olvidado el uno del otro, lo importante es que, en aquel momento, cuando se despidieron y prometieron seguir en contacto, nunca sucedió. Y Assane, probablemente se preguntó por qué Min-ho jamás le escribió. Ahora mismo le pediría perdón y le explicaría que fue un completo cobarde, pero sabe que no tendrá el valor de hablar si Assane se muestra tan enfadado como antes. Porque Min-ho es muchas cosas, pero valiente no es una palabra que le defina. Aun así, no puede evitar disfrutar del pequeño contacto que le mantiene unido a Assane ahora mismo. Si por él fuera, desearía que no le soltase la muñeca jamás.

En cuanto entran a la cocina, Min-ho empieza a ponerse nervioso. Pensaba que lo de la mancha de la camiseta era una excusa, pero parece que Assane no hablaba en vano. Ya no hay ningún empleado y por un lado siente que es mejor, que así podrán hablar, y por el otro está aterrizado ante la idea. La camiseta es lo que menos le preocupa en esos momentos. Pero el desconcierto crece aún más en Min-ho cuando Assane le hace atravesar una puerta que da lugar a una pequeña despensa.

Si el hecho de estar a solas con él en un espacio tan pequeño ya le ha puesto nervioso de más, lo que ocurre a continuación le deja sin palabras y con el corazón totalmente desbocado. Sin siquiera preguntar, Assane le ha girado, le ha quitado la camiseta (a lo que Min-ho no ha puesto resistencia de pura impresión), y se ha inclinado en un pequeño lavabo para ponerse a limpiar la mancha. Assane ni siquiera le ha mirado en el proceso, es más, a pesar de lo raro de la situación, casi parece como si fuese lo más normal del mundo, ya que Assane le está dando la espalda ahora mismo, sin siquiera prestarle atención. Sin embargo, Min-ho no puede evitar rodearse así mismo con los brazos. Sabe de sobra que estar sin camiseta delante de otro chico no debería suponer nada, pero Assane no es cualquier hombre y Min-ho acaba de perder la poca seguridad que le quedaba encima.

—Ya se ha secado la mancha, tengo que mojarla para que la sal haga efecto. —Assane habla mientras realiza la tarea con un tono que parece indicar que hace eso cada día y que hace sentir a Min-ho más nervioso todavía.

—¿La sal? —pregunta este con la voz un poco estrangulada.

—*Oui*. Lo mejor para quitar una mancha de vino es echarle mucha sal y dejar que actúe, al final absorberá todo el vino.

No soporta que Assane le hable con esa frialdad y esa seriedad como si fuesen dos completos desconocidos. Le dan ganas de gritarle que la camiseta le importa una mierda, pero sabe que no lo hará, así que carraspea y asiente a sabiendas de que Assane ni siquiera le está mirando. Pero en vez enojarse, prefiere pensar en lo sexy que suena la nueva voz tan grave de Assane, y lo maravilloso que es poder comprender lo que dice. Una de las cosas que más le apenaba de aquel entonces, cuando iban juntos cada día al instituto, era no poder entenderle, no poder comunicarse de verdad. Ahora esa barrera está rota y Min-ho siente que, a pesar de todo, nunca han estado tan cerca como lo están hoy, en todos los sentidos.

—¿Esa amiga tuya siempre es así de entrometida?

La pregunta de Assane le pilla totalmente por sorpresa, pero Min-ho descubre rápidamente que hablar de eso le resulta más fácil que hablar del pasado y, sobre todo, le proporciona una excusa para dejar de pensar que se encuentra sin camiseta a tan sólo unos centímetros de él.

—Te diría que no, pero no tiene sentido tratar de defenderla. Eso que has visto es Emma en estado puro —dice Min-ho tratando de parecer despreocupado y tranquilo.

Assane no responde hasta pasado un rato.

—Son todas amigas tuyas, ¿verdad? ¿Cómo las conociste? Veo que ahora hablas perfecto español.

Min-ho no puede evitar sentir una pequeña punzada de cólera. Por un lado, ha notado perfectamente el tono de reproche en la última frase. Pero, por otro lado, y más importante que nada, ese malnacido acaba de admitir que se acuerda perfectamente de él.

—Antes, ¿has fingido que no me conocías? ¿O es que has caído en la cuenta después? —Min-ho se asombra de la valentía que siente en ese momento. Puede que se deba cien por cien a que Assane sigue atareado con la mancha, y por tanto él le está hablando realmente a la espalda. Cosa que, desde luego, intimida menos que hablarle a la cara.

Pero en cuanto el silencio se alarga demasiado, Min-ho comprende que las cosas así con Assane no van a funcionar. Parece que, si habla directamente del pasado, él se cierra en banda. Suspira y decide que dejará que Assane lleve las riendas de la conversación o entonces el encuentro se quedará en nada. Para demostrarle que está dispuesto a cambiar de tema, él mismo cambia el rumbo de la conversación.

—Llevo unos años viviendo en España y ellas son mi grupo de amigas. —La espalda de Assane parece relajarse un poco, y Min-ho se alegra de no haber perdido la oportunidad de hablar.

—Ya veo, ¿y cómo acabaste allí?

Mientras Min-ho se plantea cómo responder esa pregunta de manera poco dramática, corta y sencilla, Assane coge una bolsa de sal de una de las estanterías sin siquiera mirarle, y comienza a volcarla sobre la mancha.

—No encontraba del todo mi sitio allí en Seúl. Y mis tíos por parte de madre, llevan como veinte años viviendo en Granada donde montaron un restaurante de comida coreana. Así que, pregunté si podía venir a trabajar con ellos y me aceptaron. —No le apetece entrar en más detalles con respecto a todo lo que le ocurrió en Seúl después del instituto.

—*Je vois...* — responde Assane en francés. Algo que suena así como «ya veo».

Por un momento, Min-ho teme que la conversación se quede ahí. Pero, para su sorpresa, Assane se gira, dejando la camiseta extendida en el lavabo y con la gran montaña de sal encima, y le mira a los ojos antes de hablar.

—Nunca imaginé que si volvíamos a encontrarnos acabaríamos por hablar otro idioma diferente al nuestro propio. —Min-ho quiere asentir a sus palabras, pero no es lo mismo hablar a la espalda de Assane que hacerlo directamente a su cara. De pronto se ha quedado sin habla.

Lo único que puede hacer para no quedarse colgado en su mirada como un idiota, es bajar la vista y abrazarse con más fuerza así mismo, porque sigue sin sentirse cómodo por estar sin camiseta delante de él. Ahora que su mirada está puesta en otro punto, puede darse cuenta de que la camiseta que lleva Assane es de un tal grupo llamado Linkin Park, del que Min-ho no ha oído hablar en su vida.

Unos pequeños golpecitos en la diminuta ventana de la despensa en la que se encuentran, distraen su atención. Tanto él como Assane miran a dicha ventana, y descubren unas gotas de lluvia que son las causantes de los pequeños golpes.

—Será sólo una llovizna pasajera —dice Assane—. Aquí pasa mucho en verano.

Min-ho vuelve a encogerse como si tuviera frío, a pesar de ser verano, porque no puede creer que la conversación se haya transformado en una conversación de ascensor sobre el tiempo y el clima. Desde luego, hablar con Assane se está convirtiendo en todo un reto. Él sigue mirando la ventana, pero cuando vuelve su vista de nuevo hacia Min-ho y este se vuelve a abrazar así mismo, Assane frunce el ceño y, para sorpresa de Min-ho se quita su camiseta y se la da, obligándole a cogerla.

—*Tiens*, póntela para volver a tu habitación. A mí me da igual ir sin camiseta, y nadie se va a extrañar si me ve.

Si no fuera porque Assane aún sostiene las manos de Min-ho con la camiseta para que no proteste, él la hubiera dejado caer al suelo de la impresión. Aunque le gustaría decir que el sobresalto se debe a lo inesperado de la situación y al espectacular torso desnudo de Assane, lo que de verdad ha paralizado al pobre Min-ho ha sido el tatuaje que este ha dejado a la vista. Una enorme rama de cerezo atraviesa el pecho de Assane bajando desde el hombro izquierdo hasta ese mismo pectoral. El tatuaje es a color, de un realismo inquietante, y hay varios pétalos de cerezo que caen hasta casi llegar al ombligo de Assane. Min-ho no sabe qué pensar, ni cómo relacionar eso con el resto de cosas que se le pasan por la cabeza. ¿Podría ser su propio dibujo? Pero no, eso no tiene sentido, ¿verdad?

Como guiado por un hilo invisible, una de sus manos se libera del agarre de Assane y se acerca con lentitud hasta posarse sobre el dibujo. Min-ho no puede evitar recorrer el tatuaje entero, fascinado, desde el hombro hasta casi el ombligo. Si no estuviera tan abstraído en sus pensamientos, se habría dado cuenta de que Assane ha empezado a respirar con mayor dificultad. Pero la mente de Min-ho está en otro lugar ahora. Antes de llegar a decir nada, una herida en el pectoral derecho le llama la atención. Parece un arañazo y hay un pequeño hilito de sangre seca, que le hace pensar que la herida es reciente. Sin poder evitarlo, y aprovechando (sin saberlo y sin querer) que Assane se encuentra paralizado, Min-ho observa el resto de su torso y sus brazos, y se percata de que hay más rasguños. ¿Qué le habrá pasado?

De pronto un ruido como un estallido resuena fuera, haciendo temblar la ventana, y una lluvia muy fuerte comienza a golpear la misma. Sin duda, Assane tiene razón y se trata de una tormenta de verano y el estruendoso ruido no es más que un trueno. Pero, y a pesar de todo, Min-ho se ha asustado porque estaba perdido en sus pensamientos y el ruido le ha pillado por sorpresa. Así que, supone que, en un intento estúpido de supervivencia, lo primero que ha hecho ha sido abrazarse a Assane. Lo cual no es capaz de asimilar hasta que su mente comprende que de verdad se trata de una simple tormenta. Es ahí cuando gira la cabeza y se da cuenta de que el rostro de Assane está demasiado cerca. De hecho, su antiguo amigo parece también absorto mirando la ventana. Hasta que, finalmente (igual que Min-ho), acaba girando la cabeza para descubrir que ambos se están abrazando.

Por un momento, se quedan en silencio, sintiendo la calidez que les envuelve al estar el uno en los brazos del otro. De fondo, sólo el ruido de la lluvia y de sus respiraciones. Ninguno de los dos habría imaginado al principio de esta tarde cuando se reencontraron, que iban a terminar abrazados, sin camiseta, en la pequeña despensa de la cocina. A veces, el destino, tiene una manera curiosa de reírse de las personas.

CAPÍTULO 11

Diphylleia grayi

Diphylleia grayi es conocida como «flor esqueleto» o «flor de cristal». Solo se puede encontrar en tres partes del mundo: en Japón, en China y en algunas zonas de Estados Unidos. Cuando llueve y se moja sus pétalos pasan de ser de un color blanco opaco a ser casi transparentes, con una apariencia de cristal. En muchas de esas poblaciones asiáticas se la relaciona con la pureza y la belleza efímera.

El tiempo parece haberse detenido en esa pequeña despensa. Incluso el ruido de la lluvia de fondo queda opacado por el sonido de ambas respiraciones. Assane y Min-ho están tan cerca, que ninguno de los dos sabe dónde empieza su aliento y comienza el del otro. Puede que solo se besaran una vez hace muchos años, pero hay una extraña sensación de familiaridad en este abrazo y en esta cercanía, y ninguno de los dos parece ser consciente de haberse quedado colgado en ese momento, como si fuera una evocación del pasado. Y, aun así, también se siente como un momento nuevo. Es una mezcla entre el pasado y el presente que provoca en los dos una especie de frenesí indescriptible.

Assane no puede evitar mirar los labios de Min-ho. Esos labios que tan cálidamente le acogieron una vez y de los que no ha podido olvidarse jamás. Este Min-ho es diferente, más adulto, más maduro y, desde luego, más fuerte que entonces. Pero, aun así, sigue siendo más bajito que él y Assane debe hacer esfuerzos sobrehumanos para no dejarse llevar por el impulso de estrecharle aún con más fuerza y terminar de una vez con la distancia que separa sus labios de los de él. No debe hacerlo, no debe caer en ello, porque hay demasiadas preguntas sin resolver y porque su amor propio no se lo permite. Y, muy en el fondo, aunque no se lo reconozca así mismo, teme ser rechazado y sufrir en consecuencia.

Min-ho no tiene ni idea de cómo es capaz de controlar su propio cuerpo para no temblar como un flan. Quizá sea porque se encuentra rodeado de los brazos de Assane y estos le dan cierta estabilidad. Cosa curiosa, porque son también, con toda probabilidad, los causantes de que haya perdido toda capacidad de reacción.

Para poder mirarle, Min-ho tiene que levantar ligeramente la cabeza. Pero, no son sus ojos los que busca, no tendría el valor para enfrentarlos. Lo que no puede dejar de mirar son sus labios. Siempre ha sido bastante cobarde, por eso no se atreve a dar el paso y hacer lo que realmente desea, que es besarle. Lo desea tanto que sería capaz de gritar de frustración. Juraría que a cada segundo que pasa están más cerca el uno del otro. Y justo cuando empieza a creer que finalmente pasará, que sus labios de verdad podrán sentir los de Assane de nuevo, éste se separa con brusquedad, y Min-ho siente que se le cae el alma a los pies.

—Sólo es una tormenta —dice Assane sin mirarle directamente a la cara y presionando de nuevo la camiseta contra su pecho.

Min-ho, que se muere de la vergüenza y que reza porque Assane no haya adivinado sus intenciones, le obedece en el acto y se pone la camiseta sin protestar. Por suerte para él, Assane no sale corriendo, y aunque siguen sin mediar palabra, ha permanecido en el sitio.

—¿Tienes un botiquín? —pregunta Min-ho, algo más sereno.

—*Quoi?* —dice Assane confundido.

Pero Min-ho que siente que perderá los papeles si sigue hablando, sale de nuevo a la cocina, seguido muy de cerca por Assane, y se pone a buscar un botiquín en los armarios.

Él lleva muchos años de camarero y sabe perfectamente que todo buen cocinero tiene un botiquín a mano, pues los accidentes en la cocina, manejando cuchillos y fuegos, son más habituales que en otras profesiones. Así que, bajo la atenta mirada de un Assane que parece muy confundido, encuentra rápidamente dicho botiquín.

Sin dejar espacio al diálogo, pues siente que Assane le dirá que no a cualquier cosa que le proponga, le coge de las caderas para obligarle a apoyarse contra una de las encimeras de la cocina y comienza la tarea de desinfectar y curar cada uno de los rasguños que Assane tiene en el pecho y los brazos. Min-ho no puede evitar sonreír internamente ante la docilidad de Assane, pues está tan desconcertado que no ha ofrecido ninguna resistencia.

—*Eotteoghae!* ¿Se puede saber cómo te has hecho esto? — pregunta realmente interesado, pues las pequeñas heridas no tienen mucho sentido.

—Arbustos —dice Assane como toda respuesta. Min-ho, deja el desinfectante de lado y le mira con las cejas arqueadas, pues, obviamente, no entiende la escasa explicación. Assane, por alguna razón, parece nervioso, y carraspea antes de contestar—. Soy quien se ocupa del jardín, y estaba podando. Me caí entre los arbustos *et bon...*

Min-ho trata de concentrarse en el algodón y no en la cara tan adorable de Assane narrando semejante historia, pues siente que está cautivador y las ganas de besarle vuelven con más intensidad.

En cuanto empieza a pasar el desinfectante por las heridas, Assane comienza a protestar, cosa que hace sonreír a Min-ho.

—*Putain!* Escuece más de lo que tú te crees... —Maldice, justificándose. Pero eso provoca aún más ganas de reír a Min-ho.

—*Aigo!* No he dicho nada —responde este.

Ahora que están en la cocina y que hay más luz, Min-ho está convencido de que el tatuaje de Assane es el dibujo del árbol de cerezo que le regaló en aquel entonces. Es imposible que no pueda reconocer su propia obra. Pero, lo que más le inquieta es saber el por qué. Él es consciente de su propio talento, así que puede entender que Assane se haya tatuado el cerezo simplemente por gusto, porque le parece un diseño bonito. Pero su mente prefiere imaginar que ese tatuaje está relacionado con él y con lo que pasó hace diez años. No cree que haya sido por amor, pues no pudieron desarrollar tal sentimiento a lo largo de esos años. Pero quizá, igual que él, Assane recuerda aquello como un momento muy feliz y por eso haya decidido tatuarse el cerezo.

Como está perdido en sus propios pensamientos, casi le da un vuelvo el corazón cuando la mano de Assane se pone sobre la suya propia, parando sus movimientos mientras le desinfecta y provocando que Min-ho le mire directamente a los ojos sin comprender.

—¿Por qué no me escribiste?

Esa pregunta es un dardo directo a su corazón. Pues no hay nada que Min-ho haya lamentado más que ese maldito error. Durante unos instantes, se queda perdido en los ojos color miel de

Assane. No importa nada más, pues, el chico que le cambió la vida hace tantos años, está aquí y ahora; y, para mayor regocijo, se acuerda de él, de su historia. Y eso, sumado a la calidez de la mano que envuelve la suya, le da el valor suficiente para responder:

—Sé que no me creerás, pero te contaré mi verdad. —Assane no responde ni asiente, pero un brillo atraviesa sus ojos y Min-ho continúa sin miedo—. Al principio, no te escribí porque me moría de la vergüenza. Escondí el papel con tu dirección de correo y no volví a él hasta un par de meses después. Pero, cuando quise hacerlo, no estaba en el lugar en el que lo guardé. —Min-ho para un segundo para cerrar los ojos y respirar. Recuerda aquel momento como si fuera ayer y la desesperación que lo embargaba entonces—. Repito, sé que no me creerás, pero lo perdí, perdí aquel papel, y con él la única cosa que me conectaba contigo.

Assane sigue sin hablar, pero Min-ho juraría que aprieta su mano con más fuerza. Sus ojos no se han llenado de reproche ni de sospecha, ¿podría haber una pequeña esperanza de que creyera en sus palabras?

Assane siente que un torbellino de emociones le recorre de arriba abajo. Se le ha encogido el corazón y hay algo en su interior que le despierta algún tipo de... ¿Euforia? ¿Será eso? Debe serlo. Porque Min-ho parece hablar con el corazón y Assane siempre creyó que él no le había escrito por voluntad propia. Siempre pensó que aquel amor de juventud más aquel beso robado, fueron sólo fruto de su propio deseo. Pero Min-ho parece lamentarlo de verdad y eso ha lanzado rayos de esperanza en su interior. Durante estos años, Assane ha vivido su vida tranquilo y disfrutando de cada momento. No puede decir que haya estado enamorado diez años de él, porque sabe que eran unos críos y que nunca pudieron llegar a profundizar en una relación real. Aun así, jamás se olvidó de él y siempre ha pensado que aquello que vivieron fue único e irrepetible. Un momento especial de su vida que quiso inmortalizar a través de aquel tatuaje que le atraviesa el pecho. Y ahora, el dueño de aquel dibujo ha vuelto, como impulsado por el destino, y le tiene delante, mirándole a los ojos y jurándole que había querido escribirle. Él no necesita nada más. Su mente se prepara para decir un «te creo», justo cuando los truenos vuelven a retumbar con fuerza y entonces, se apaga la luz.

En seguida se empieza a escuchar movimiento por toda la casa y unos pasos apresurados y pesados que bajan la escalera principal a todo correr. Debe ser Diego. Se ha ido la luz y se ha llevado con ella la ocasión de zanjar con Min-ho este asunto que tantos años ha llevado consigo.

Ambos se separan y se precipitan hacia el hall de entrada donde ya hay varias personas con las linternas del móvil encendidas.

Mientras trata de localizar a Diego para ir a verificar lo que ocurre y aprovechando la semioscuridad, Assane sonríe con toda la fuerza de su alma. Puede que el momento se haya evaporado, pero lo que ha ocurrido hoy ha sido un milagro que ha dado alas a su corazón.

CAPÍTULO 12

Dientes de león

Se dice que en realidad estos molinillos blancos son hadas disfrazadas, otros hablan de una mujer enamorada del sol y ciertas historias aluden a un amor perdido por falta de cortejo. En lo que sí existe coincidencia es en el significado alegórico de esta planta, siempre rodeada de elementos positivos: felicidad, armonía, riqueza, abundancia y deseos cumplidos. En ocasiones se la vincula también a la supervivencia o a la superación de algún problema.

El resto de días de las vacaciones pasan a una velocidad demasiado incontrolable para el gusto de todas las amigas. La idea del viaje era desconectar y visitar lugares cerca de la zona. Emma, que adora hacerse cargo de organizar estas cosas, tenía previstos planes para casi cada día. Y esa situación las convenía a todas antes de saber que el viaje se transformaría en algo completamente distinto.

Así que todas cumplen con el *planning* a regañadientes y sin realmente decir lo que piensan al respecto, pues sus prioridades parecen haber cambiado.

Amelia, que tan reticente había sido toda su vida al amor y a cualquier sentimiento que pudiera conducir a ello, se sorprende a sí misma buscando a Diego con la mirada cada vez que vuelve con sus amigas de pasar el día fuera. No tiene ni idea de qué siente en realidad ni a dónde llevará eso, pero es una persona práctica y no tiene miedo a dejarse llevar. Así que no le da muchas vueltas y se pasa todo el tiempo libre que tiene manteniendo largas conversaciones con Diego sobre todo y sobre nada y descubriendo lo placentero que es compartir tantos gustos y pensamientos con alguien. Más allá de la atracción física que siente por él, Diego le cae genuinamente bien. Y eso es un consuelo, teniendo en cuenta lo mucho que ha decaído el ambiente entre sus amigas durante estos días.

No tiene ni idea de lo que ha pasado exactamente entre Mara y Emma, pero está claro que algo no anda bien. Emma está más hiperactiva de la cuenta y parece que se esfuerza demasiado en ligar con cualquier mujer cuando se le presenta la ocasión. Lo que indica que intenta, de manera desesperada, llamar la atención de Mara, aunque, por supuesto, de la peor forma posible. Mara, por su parte parece estar muy apagada y desanimada. Siempre que vuelven tras pasar el día por ahí, Mara se escabulle a la habitación y nadie vuelve a verla hasta la cena.

Amelia se cobija en esta interesante y extraña relación esporádica con Diego, porque Emma está insoportable y el único que parece tener aguante para tratarla es Min-ho. También ha debido sucederle algo a él porque parece estar de mucho mejor humor que el primer día. Es cierto que mantiene las distancias con Assane, pero aquella sombra que había aparecido junto a él tras su reencuentro con el francés, parecía haber desaparecido.

Durante la semana hubo varios momentos en los que Emma se emborrachó junto a otro grupo de amigas que se hospedaban también en el hostel y que llegaron dos días después. Su concepto de vacaciones estaba más relacionado con la fiesta, y hubo una noche en la que Emma se fue con ellas a un pueblo cercano llamado Agde, y no la vieron hasta el día siguiente.

Por eso las vacaciones se han transformado en algo bastante diferente a lo que todas tenían en mente. Amelia estaba convencida de que este viaje iba a sentarles la mar de bien, y apoyó la iniciativa de Emma con más ahínco que nadie cuando esta lo sugirió. Pero ahora, lamenta el embrollo que ha surgido y transformado el ambiente, y al mismo tiempo, piensa que merecerá la pena todo este revuelo. Ya era hora de que esas dos estallaran y que (para bien o para mal) su relación deje de ser lo que ha sido hasta ahora. Porque en la actualidad no se hacen bien mutuamente; Emma vive fingiendo que no siente nada por Mara y actuando de forma dañina, y Mara vive suspirando por cualquier retazo de amor que ella le da. Así que Amelia piensa que quizá esta situación, a pesar de haber trastocado las vacaciones, las impulse por fin a salir de ese punto muerto. Ya sea para estar juntas o para frenar esa pantomima de una vez. Ella, por lo pronto, tiene otros asuntos más urgentes que atender que están estrechamente relacionados con el dueño del hostel y su habitación en el ático.

Min-ho, que en un principio temía que Amelia descubriera su pequeño secreto, se sintió aliviado al ver que su amiga no pasaba ni una sola noche en la habitación que compartían. Y no es que él tuviera miedo de que ella viera la camiseta que le había robado a Assane, con la que ahora dormía cada noche. Eso, a fin de cuentas, era un detalle fácil de ocultar. Lo que de verdad temía era su astucia y sus poderes sobrenaturales, pues Min-ho está convencido de que Amelia puede leerle la mente con tan sólo una mirada. Está seguro de que, si ella le hubiera mirado fijamente y en silencio durante más de un segundo en la intimidad de aquella habitación, él hubiera cantado a los cuatro vientos, todo lo que le está pasando con Assane. Y Min-ho no quiere llegar a esa situación porque no se siente preparado para asumir todo lo que está empezando a sentir por él de nuevo, ni, sobre todo, a escuchar el más que probable sermón por parte de Amelia.

Ella no perdona la frialdad con la que Assane le recibió. Pero claro, ni ella ni ninguna de sus amigas tiene ni idea de lo que pasó aquella noche en esa despensa y después, en la cocina. No saben lo que aquello despertó en él, ni tampoco se han dado cuenta de los pequeños pero intensos momentos que han compartido los dos desde entonces.

Min-ho es consciente de que la relación de Mara y Emma está a punto de explotar y no tiene ni idea de hacia qué dirección las llevará eso, pero siente que es un asunto de las dos y que no debe entrometerse. Se alegra de que Emma haya hecho migas con otras chicas del hostel porque él empezaba a desesperarse con su loca hiperactividad destructiva. Sí que es cierto que siente lástima por Mara, pero la conoce desde hace años y sabe que ella le rechazará si él intenta cualquier acercamiento. Así que lo único que puede hacer es esperar.

Con respecto a Amelia, Min-ho cree que lo que está haciendo su amiga es mejor que ver una telenovela. Su amiga y Diego se reencuentran cada tarde a su vuelta como dos recién enamorados y eso hace reír a Min-ho porque está seguro de que Amelia no es consciente de cómo se ve desde fuera. Su amiga, que siempre ha sido la menos romántica del grupo, parece ahora contagiada por el virus del amor hasta el punto de hacerse empalagoso. Aunque puede que sea la enviada la que haga que Min-ho lo vea así, pues él desearía que su relación con Assane hubiera tomado el mismo camino.

Aun así, no puede quejarse. Durante estos días, de una manera u otra, ambos terminan cruzándose por aquí o por allá y, de forma natural, empiezan a charlar y acaban haciendo algo entre los dos, que casi siempre está relacionado con el mantenimiento del hostel y las labores de Assane. Pero a Min-ho le encanta ser de utilidad y, sobre todo, adora compartir con él esos breves pero intensos momentos. Aunque Assane descubrió muy rápido que su don no reside en arreglar tuberías o podar arbustos, por lo que se podría decir que realmente más que ayudarle, la hace compañía. Pero Min-ho es feliz y se conforma, porque sabe que el destino les ha vuelto a reunir para cerrar ese círculo, y que nunca pasará nada entre ellos porque es imposible. Así que se siente agradecido de que la vida le haya dado una oportunidad de redimirse y de agradecer de nuevo a Assane lo que hizo por él hace ya tantos años.

En el fondo de su corazón desearía que las cosas fueran de otra manera, pero está claro que ninguno de los dos estaría dispuesto a cambiar su vida por el otro. Y, lo más importante es que, a pesar de que Assane parece haberle perdonado por no haber dado señales de vida, Min-ho percibe que su chico francés no siente lo mismo que él. Assane no parece disfrutar de esos momentos como lo hace Min-ho, y eso, a pesar de ponerle un tanto triste, también le baja a la realidad de su situación. Quiere tomarse lo ocurrido con filosofía y despedirse de él con alegría cuando ambos se separen. Pues no quiere volver a vivir con el corazón tan pesado como estos últimos años. Al menos, ahora podrá recordar todo lo relacionado con Assane de una manera más feliz. Y eso, como poco, debería animarle lo suficiente, ¿no es así?

CAPÍTULO 13

Crisantemo

La palabra crisantemo proviene de la antigua Grecia. «Chrys» significa «oro» y «antemión» significa «flor» en griego antiguo. La traducción literal de crisantemo es «flor de oro». Esta flor está ligada a la pérdida. Crisantemo blanco: dolor profundo ante una ruptura amorosa. Crisantemo amarillo: rechazo amoroso Crisantemo violeta: insoportable dolor ante la idea de perder a la persona amada.

El día previo al fin de las vacaciones siempre es el más triste del viaje, porque te recuerda que se acaba lo bueno y que debes volver a la rutina. No importa si estás contento o aburrido con tu vida, los viajes siempre causan esa sensación de vacío, como de dejar algo atrás que nos apena abandonar. Y eso es precisamente lo que les ocurre a estas cuatro amigas, aunque a cada una de ellas por motivos diferentes.

Después de comer en las mesas de la piscina junto a otros inquilinos, Amelia y Diego se han marchado a caminar por el monte Saint Clair y Min-ho no ha podido evitar verlos partir con una mezcla de envidia y enfado. Envidia porque sabe que esos dos se entienden demasiado bien y a él le gustaría sentirse igual con Assane y tener el valor de invitarle a pasear también. Y enfado porque, aunque la situación entre Mara y Emma es cosa de ellas, la realidad es que esto era un viaje de amigas y el ambiente es insostenible y Amelia se ha lavado las manos por completo en lo referente a ellas.

Min-ho está cansado de no saber cómo comunicarse con Mara y agotado de lidiar con la energía de Emma.

Por suerte parece que ambas han desaparecido después de comer, y, de forma un poco egoísta, Min-ho desea que tarden en regresar. Pues mañana por la mañana deberán volver a España y él no tiene ni la mente ni el corazón para sobrevivir a la última tarde si de por medio se desata una guerra entre esas dos. Ya tiene suficiente con el pesar que le provoca la idea de volver a despedirse, por segunda vez en su vida, de Assane.

Mientras piensa en ello, Min-ho está sentado en el borde de la piscina con los pies en el agua, el sol de la tarde en la cara y la cabeza en las nubes. Así que no se da cuenta de que alguien se ha sentado a su lado hasta que ese alguien le da un golpecito en el hombro. Para su gran sorpresa Assane le devuelve la mirada con una sonrisa. Curiosamente no lleva ninguna de esas camisetas o pantalones algo más viejos que se pone para trabajar en las labores de mantenimiento del hostel, sino que lleva unos bonitos vaqueros cortos grises y una camiseta blanca. Color que le ha visto llevar muy pocas veces, ya que casi siempre lleva camisetas oscuras de algún grupo de música.

—¿Te apetecería acompañarme? —pregunta Assane, sin dejar de sonreír. Min-ho no se acostumbra a esta nueva amabilidad, a pesar de los días que han compartido juntos. No quiere dejarse cautivar por esa sonrisa porque después tendrá que decirle adiós.

—¿A dónde? —pregunta por inercia a sabiendas de que Assane querrá hacer alguna cosa relacionada con el hostel.

—Me gustaría enseñarte Sète. Sé que con las chicas has ido a varios sitios de por aquí pero que no habéis pasado mucho tiempo en el pueblo. Y es una pena porque es precioso y creo...

—Espera un momento —le interrumpe Min-ho—. ¿Qué has dicho? —Assane parece confundido ante su pregunta.

—*Bon... Eh...* es sólo una idea, no hace falta si no quieres...

—*Aniyo!* Quiero decir, *oui!* ¡Sí quiero! —responde Min-ho mucho más entusiasmado de lo que le gustaría. Pero, de pronto, el pánico se apodera de él. Assane quiere llevarle a ver el pueblo y él lleva puesto su peor bañador y una camiseta vieja de Mamamoo, porque ya había dejado todas sus cosas metidas en la maleta—. *Omo! Omo!* Espera, espera. Un momento, necesito que me dejes cambiarme. —Le ruega.

Assane, que parece divertido ante la situación, le observa mientras asiente. Min-ho desaparece antes de que él pueda pestañear, pero se alegra de que así sea porque no sabe si sería capaz de disimular el alivio y la felicidad que le provoca que Min-ho quiera pasar con él su última tarde en Sète.

En la otra punta del hostel, encerrada en su habitación, Mara comienza a hacer la maleta tomándose todo el tiempo del mundo porque no desea volver a salir hasta que tengan que marcharse al día siguiente por la mañana. Cree que es la única de sus amigas que está deseando que el viaje se termine. Tiene claro que ni Amelia ni Min-ho piensan lo mismo. Y de lo que piensa Emma, la verdad, no tiene ni idea.

Después de que ambas se acostaran en el jacuzzi, Emma empezó a comportarse de manera extraña. Mara debería decir que se sorprende del comportamiento de Emma, pero la verdad es que no. Es cierto que nunca habían roto esa barrera. Mara nunca había permitido que Emma descubriese lo que sentía; y si ella lo sabía, desde luego no lo daba a entender. Pero lo que pasó hace unos días fue fruto del deseo y de la esperanza. Emma nunca había sido directa con ella en ese aspecto, jamás se le había insinuado. Por eso lo que ocurrió en la ducha, aquel beso, dejó a Mara confundida y llena de unas esperanzas que ella sabía que estaban vacías. Y por eso también dejó que la razón perdiera las riendas y diera paso a la locura cuando aceptó las insinuaciones de Emma en el jacuzzi. Se sentía culpable por haber sido débil y por haber creído que sería diferente y especial, cuando ella era la que mejor conocía a Emma en ese aspecto. Jamás debería haber esperado nada de ella y jamás debería haber sucumbido y haberse dejado llevar.

Como era de esperar, al día siguiente, Emma hizo como si nada y comenzó descaradamente a ligar con otras chicas del hotel y a hacer comentarios estúpidos que provocaban que el enfado de Mara creciera por momentos. Ella sufría no sólo por Emma sino por sus amigas. Sabía que ellas se mantenían al margen porque aquello era algo que debían solucionar entre ellas dos. Pero Mara no podía evitar sentirse culpable de haber estropeado las vacaciones. Se alegraba de que al menos tanto Min-ho como Amelia hubieran encontrado alguien con quien desconectar de la mierda que asolaba a su grupo de amigas por culpa de Emma y de ella.

Cuando quiere darse cuenta, Mara toma conciencia de que lleva con el mismo calcetín sin doblar en la mano por lo menos quince minutos. Se ha quedado tan absorta en sus pensamientos

que casi le da un infarto cuando Emma entra abruptamente en la habitación.

—¡Hola! —dice sin mirarla—. ¿Ya estás con la maleta? Yo paso, la haré antes de dormirme. Voy a ponerme el bikini para darme un baño por última vez.

Desde aquella noche, han sido pocas las veces en las que Emma le ha dirigido la palabra, y cuando lo ha hecho siempre ha sido sin mirarla a los ojos y con el mismo tono de indiferencia, como si estuviese hablando a la pared. Pero lo que más rabia le da a Mara es que lo haga con esa pizca de jovialidad que la hace parecer todavía más cretina. Mara acaba de entender que la furia que ha desatado esa actitud en su interior está a punto de salir. Por eso ignora el comentario. Porque, y aunque Emma se lo merezca, Mara no quiere hacerle daño con sus palabras.

Para fastidio de Mara, Emma comienza a desvestirse sin ningún tipo de pudor delante de ella y se recrea escogiendo su bikini. La conoce de sobra, no está intentando seducirla como aquel día en el jacuzzi, no, lo que quiere es cabrearla. Porque así es Emma cuando está enfadada, vengativa y cruel. Mara sabe que la mejor manera de vencerla es seguir callada y sin prestarle atención, pero, al mismo tiempo, su indignación crece porque, ¿qué derecho tiene Emma para estar molesta? Es ella la que ha sido utilizada y humillada, y es ella la que debería poner el grito en el cielo. Pero no, allí está Emma, orgullosa e inmadura hasta lo indecible.

Cuando por fin se decide por uno de sus bikinis (evidentemente el más minúsculo de todos), Emma coge su bote de crema solar y se acerca a Mara poniéndose de espaldas.

—¿Me echas crema? —le pide con voz de fingida inocencia.

Mara que lleva días soportando esta insufrible situación y años reteniendo todo lo que siente por ella, se sorprende a sí misma cogiendo el bote de crema y tirándolo con todas sus fuerzas contra la puerta de la habitación. El bote estalla manchando tanto la puerta, como el suelo y la pared, pero a ninguna de las dos les importa.

Emma, sorprendida, se gira hacia ella con algo de temor en los ojos. Pero no porque piense que Mara hará algo más que tirar ese bote contra la puerta, sino porque, y a pesar de haberla provocado, no pensaba que la magnitud de su enfado fuera tan grande. Mara tiene el rostro encogido por la ira y la mira con una aversión que Emma descubre que no está preparada para soportar.

Todos estos años Emma jamás ha querido sucumbir a los sentimientos que albergaba por Mara porque básicamente sabe que jamás estará a su altura. Ella es un desastre de los pies a la cabeza y sabe de sobra que Mara adoptaría un rol en la relación de cuidadora y salvadora que Emma no se merece. Por eso está enfadada con ella y consigo misma. Siente que todas las cosas que ha hecho durante toda esta semana eran un plan inconsciente para hacer estallar esta estúpida tensión entre ambas y acabar de una vez por todas con esta relación insana. En el fondo de su corazón, desea que Mara sea libre, que se deshaga de los sentimientos que tiene por ella y la olvide. Pero, a pesar de creer que estaba haciendo lo mejor, ahora que lo ha conseguido, ahora que ha provocado que Mara reviente, tiene más miedo que nunca. Porque ahora, si todo sigue su curso, esta relación se romperá de verdad y para siempre, y Emma no esperaba que le fuese a doler tanto el corazón. Por eso, cuando Mara empieza a hablar, ella, por primera vez en muchos años, se queda sin palabras.

—¡Ya no puedo más! —grita Mara, haciendo que Emma se encoja, pero, para su sorpresa, no le importa. Ya no—. Estoy harta de tus estupideces, estoy harta de que finjas que no sabes lo que siento y que me hagas más y más daño. Siempre he creído que te conocía, que te entendía y que en el fondo no eras malvada. Pero mírate, disfrutando de mi miseria, de lo que has hecho conmigo. ¿Estás feliz Emma? ¿Te gusta verme así?

Emma no responde, siente que el corazón se le ha paralizado. De pronto la entereza que siempre le acompaña desaparece. Sigue creyendo que Mara merece alguien mejor, continúa pensando que deberían dejar de ser lo que son entre ellas, pero aun así duele. Duele tanto que las palabras no llegan, que no puede fingir que lo que Mara dice y cómo la está mirando, no le afectan.

—Dime una cosa, ¿habías planeado destruirme durante estas vacaciones o ha sido fruto del puro aburrimiento? ¿Es eso? ¿Te aburre saber que voy detrás de ti como un perrito faldero? Pues bien, no te preocupes, porque esta mierda se acaba aquí y ahora. Eres egoísta Emma, eres egoísta y mala persona. Y ya no encuentro justificación para nada de lo que haces. Por primera vez desde que te conozco no soporto ver tu cara. Y, ¿sabes qué? En realidad, estoy más enfadada contigo que contigo, por haberme dejado hacer, por haberte permitido controlar cada emoción de mi vida. Me siento ridícula y estúpida por haberte consentido ser el centro de todas las cosas. Pero, eh, gracias. Gracias por toda esta bendita semana, por no disimular y mostrarte tal y como eres, por tratarme así, como si fuera escoria. Porque gracias a eso por fin abro los malditos ojos. Así que coge tu estúpida crema, tu maldito bikini y tu insufrible presencia y desaparece de mi vista, hoy y siempre.

Emma siente que el pecho le duele como si alguien le hubiera clavado un cuchillo. Mara, su bella Mara, por fin ha encontrado el valor para echarla de su vida. Y es ahora cuando Emma se da cuenta de su egoísmo, porque ha llevado a Mara hasta este punto sólo porque ella no era capaz de hacer lo que tenía que hacer y desaparecer. Debería haber vuelto a Madrid hace mucho tiempo y haber dejado que su amistad se diluyera con la distancia. Pero Emma no podía alejarse, porque jamás había sentido por nadie nada parecido y jamás había deseado estar tan cerca de alguien como de Mara. Ahora toma conciencia de lo duro que será no volver a verla. Pero ya que ha sido tan egoísta en el pasado, tomará valor en este momento, a pesar de lo mucho que le duele el corazón, y aguantará las lágrimas. Porque si llora, si se rompe delante de Mara y confiesa lo que de verdad siente, entonces ella, con su buen corazón y con esos sentimientos tan puros, rectificará y pedirá perdón. La abrazará y volverán al mismo punto de partida. Y Emma no puede hacerle eso, al menos le concederá ese pequeño esfuerzo.

—Eres patética —responde Emma con una voz que no parece la suya.

No se atreve a mirar de nuevo a Mara, no quiere memorizar esa cara de odio y que sea eso lo que vea siempre que cierre los ojos y se acuerde de ella. Así que se gira, coge el bote de crema como si este no hubiera estallado, y sale de la habitación sin mirar atrás.

Mara no termina de creer lo que acaba de ocurrir, pero, al mismo tiempo, jamás se había sentido tan liberada. El hecho de que Emma ni siquiera haya pestañeado con lo que acaba de ocurrir le da la fuerza suficiente para aceptar que ha tomado la mejor decisión. Estaba claro que

esto debía llegar a su fin y aunque no deseaba que las cosas terminasen así, de pronto siente que pesa mucho menos. Se siente tan ligera que rompe a llorar del alivio.

Si Mara hubiera salido al pasillo, hubiera visto que Emma también se rompía en mil pedazos antes de llegar a la escalera, hubiera visto que la mujer de la que lleva tantos años enamorada se ahogaba en lágrimas de tristeza y quizá eso hubiera desencadenado una conversación real sobre lo que ambas sienten en realidad. Pero como eso no ocurre, las dos se dejan ir y vacían sus mentes y sus corazones a través de las lágrimas que han acumulado a lo largo de los años.

Algo entre ellas se ha roto para siempre y sus vidas no volverán a ser las mismas a partir de hoy.

CAPÍTULO 14

Flor de Lis

La flor de lis representa la pureza, la luz, la nobleza, la generosidad, el honor y el sentido de la perfección. De ahí que a lo largo de la historia se haya utilizado como símbolo de protección e invocación por diferentes culturas, religiones y creencias.

El calor de agosto golpea con fuerza y Amelia agradece estar paseando a la sombra de los árboles. Diego ha accedido a enseñarle el monte Saint Clair que siempre se ve desde el hostel. Es algo que ella no había hecho con las chicas y que, sobre todo, le daba la excusa para poder alejarse del mal ambiente entre su grupo de amigas, pero que también le proporcionaba la intimidad suficiente para poder despedirse de Diego.

Amelia es una chica práctica y sencilla que no se come demasiado la cabeza. Si bien es cierto que nunca había tenido sentimientos de este tipo por ningún otro hombre, tampoco se agobia ante la situación, sino que la acepta y la disfruta. Tiene claro que lo que siente por Diego no es amor, para eso tendría que conocerle más. Pero se encuentra feliz de haber experimentado por primera vez lo que se siente cuando alguien te gusta tanto. Puede que siempre haya vivido su vida en un estado permanente de soltería y que eso la haya proporcionado mucha felicidad, pero esto nuevo que le ocurre sólo se lo toma como un aprendizaje más, como algo bonito que se alegra de haber vivido.

El sexo es algo bastante importante en la vida de Amelia, por eso está maravillada de lo mucho que lo ha disfrutado estos días de la mano de Diego. Puede que él estuviera un poco oxidado y, para que mentir, un poco verde en el tema. Pero eso también le ha parecido divertido a ella porque ha podido enseñarle unas cuantas cosas durante estos días.

Le ha sorprendido descubrir que tienen muchas más cosas en común de las que parecía. Han hablado de música, de arte, de series, de la vida en España, de la vida en Francia y Amelia ha notado que tenían una sintonía especial. Eso ha provocado que cada día su corazón se abriese a Diego un poco más y reconoce que hoy le da bastante pena despedirse de él.

—¡Oh, mira! —Diego, que caminaba ligeramente un poquito por delante de Amelia, se acaba de detener en el camino, y ya agachado, le señala una pequeña flor roja—. Esto sí que es buena suerte.

—¿Qué es? —pregunta Amelia—. ¿Una especie de trébol de cuatro hojas francés?

—No —responde Diego entre risas—. Bueno, ahora mismo podría decirse que sí. Es una flor de Lis, muy típica de Francia, pero no de esta zona. Así que, sí, podríamos asegurar que ahora mismo es nuestra flor de la suerte.

Amelia mira a Diego con ternura, parece tan emocionado como un niño pequeño. En un impulso, ella saca el móvil y le dice:

—Venga, quédate quieto que te hago una foto con nuestra flor de la suerte.

—No, no, por favor —dice poniéndose colorado. Pero Amelia no le da tregua y con un gesto de la mano le pide que deje de protestar y que pose.

Después de la foto, Diego, algo avergonzado, comienza una pequeña disertación sobre lo extraño que es encontrar en Sète una flor de Lis, conversación que deriva rápidamente en otra disertación sobre la flor típica de esta zona que es la lavanda.

—Sabes mucho de flores francesas para ser argentino —bromea Amelia.

—Llevo demasiados años viviendo en Francia, soy medio francés, aunque no lo ponga de manera oficial en ningún sitio. —Amelia se ríe—. Pero, te diré, que no sé mucho sobre flores francesas, sino sobre flores en general. Me apasionan, por si aún no te habías dado cuenta por el nombre que tiene mi franquicia y cada hostel.

—¡Ahí me has pillado! —dice Amelia.

En medio de esta conversación en la que ambos se sienten verdaderamente cómodos, y en la que de verdad parece que lleven haciendo esto toda la vida, y con la confianza que otorga la seguridad de un amor correspondido, Amelia, de forma inconsciente, entrelaza su mano con la de Diego. Él la mira sorprendido, y para gran desconcierto de Amelia, en lugar de limitarse a aceptar esa mano y caminar, se gira hacia ella, la abraza y la besa con intensidad, provocando que Amelia se sonroje. Algo bastante inusual en ella.

—Vaya, si llego saber que la recompensa por darte la mano era un beso, lo habría hecho antes —inquiere Amelia, divertida.

Diego se queda en silencio durante demasiado tiempo y cuando ella se empieza a preguntar qué se le estará pasando por la cabeza, él responde cambiando radicalmente de tema.

—¿Te gustaría intentarlo? Lo nuestro, esto. Lo que sea que tengamos —pregunta Diego, pillándola desprevenida por completo.

—¿Qué? —Amelia sabe de lo que habla, pero no se lo quiere creer.

—No pienses mal, por favor. —Diego parece ponerse muy nervioso—. No te estoy haciendo una declaración cursi de amor, entre otras cosas porque creo que te he conocido lo suficiente como para saber que algo así podría espantarte. Pero, —y hace mucho hincapié en ese «pero», para que Amelia no le interrumpa—, estamos en la era de las nuevas tecnologías, ¿no? Quiero decir, la gente joven... Bueno, nosotros también somos jóvenes, ya me entiendes. El caso es que ahora hay más facilidades, podemos hablar a diario. Además, somos adultos, ganamos dinero, los vuelos Francia-España son baratos. Si lo piensas...

Amelia ha decidido que lo mejor para hacerle callar era darle un beso, así que ahora, mientras sus labios cubren los de Diego, una sonrisa también se cuele en ese beso. Le ha resultado demasiado adorable la manera en la que los nervios se han apoderado de él y ha comenzado a hablar sin parar y sin dejar de ponerse cada vez más rojo. Pero esa sonrisa no sólo se la despierta ese carácter entrañable de Diego, sino la idea de que la respuesta a su pregunta se haya manifestado tan rápido. Pues Amelia tiene claro que le dirá que sí. ¿Qué puede perder? Ella no es una persona temerosa, no le importan las posibles consecuencias negativas que podría tener una relación a distancia, porque le parece absurdo intentar anticiparse a algo que no sabe cómo puede terminar. Así que ella simplemente hace caso a su instinto y a sus propios deseos, y ambos le

dicen que no puede conformarse con decirle adiós a Diego hoy. Ella quiere más, y si él también, entonces no hay más que hablar. Lo que ocurra después ya lo descubrirán.

—¿Esto es un sí? —pregunta Diego esperanzado cuando se separa de ella.

Amelia se ríe a carcajadas y le vuelve a besar.

—La verdad, eres demasiado adorable —dice provocando que Diego se sonroje, pero que a la vez sonría aún más—. Sí, señor de las flores, la respuesta es sí.

Amelia es consciente de que no será fácil, de que ambos deben aún terminar de conocerse y de que Diego aún tiene que abrirse a ella con ciertos temas, pero ella sabe que cuando la vida te pone ciertas cosas en el camino, hay que tener la valentía de cogerlas. Puede que salga bien, o puede que salga mal, pero desde luego que ella no se quedará con la duda.

Durante estos días, Amelia ha descubierto tan sólo unas pinceladas del mundo de Diego, pero sabe que aún quedan muchas luces y sombras por descubrir. Quiere saber más de él, de su familia, de su vida y de todo lo que Diego quiera contarle. La idea de iniciar esta nueva aventura tan desconocida para ella, provoca un mar de sensaciones en su estómago que parece trasladarse peligrosamente hacia su entrepierna. Sin poder evitarlo, Amelia se ríe.

—¿Qué pasa? —pregunta Diego mirándola con cariño—. ¿Qué te hace tanta gracia?

Amelia sonríe más porque piensa que el pobre Diego aún tiene que escarbar y aprender a conocerla bien. Espera que, dentro de poco, él aprenda a identificar esa mirada y esa sonrisa que Amelia siempre pone cuando está decidida a jugar. Pero, no pasa nada, tienen todo el tiempo del mundo para eso. Es más, podrían empezar ahora con la primera lección.

—Me río porque me hace gracia que no tengas ni idea de lo que está a punto de ocurrir —dice ella con malicia.

—¿Lo que está a punto de ocurrir? —En cuando Diego formula esa pregunta, la respuesta a la misma aparece en su cabeza como un clic, haciendo que el pobre se sonroje demasiado y que Amelia vuelva a reírse.

Una vez más, como lleva ocurriendo casi desde su primer encuentro a solas, Amelia toma la iniciativa. Sabe que es una locura, que están en medio de un monte donde cualquiera podría verlos, pero también sabe que él no dirá que no.

Sin dejar de sonreír coge a Diego de la muñeca y le aparta del camino, alejándose lo suficiente de posibles miradas indiscretas. Aunque la única ventaja que tiene haber decidido venir a este monte en pleno agosto es que el calor es tan fuerte que lo más probable es que ahuyente a cualquier posible visitante, pues desde que empezaron a andar no se han encontrado con nadie.

Diego, que está claro que ya tiene idea de por dónde van los tiros, se deja arrastrar por Amelia sin ninguna queja, nervioso por la anticipación de lo que está a punto de ocurrir, y al mismo tiempo demasiado excitado. Ella que es plenamente consciente de lo que provoca, parece divertirse cada vez más.

Con más ímpetu del que le gustaría, Amelia empuja a Diego contra un árbol. Él, que cree tener claro lo que va a suceder, la rodea con sus brazos para descubrir con sorpresa que ella los aparta. La sonrisa pícaro de Amelia crece y él decide no actuar y dejar que ella le guíe una vez más.

Amelia lleva una falda vaquera y un top de color blanco. En cuanto Diego baja la vista hacia sus pechos y se percata de la dureza de sus pezones, descubre que de nuevo ella vuelve a ir sin

sujetador. Amelia, con toda la coquetería del mundo, levanta un poco el top dejando sus pechos al descubierto, pero sin llegar a quitárselo. Diego traga saliva pensando que todo esto es una locura, que ni en sus tiempos de adolescente hizo nada parecido en ningún lugar público, pero que ahora, no sólo no le importa, sino que está deseando saber qué va a pasar a continuación, descubrir por qué camino de perdición volverá a llevarle Amelia.

Ella desliza una de sus manos hacia uno de sus pechos y comienza a acariciarlo bajo la atenta mirada de Diego. Le divierte tanto que él no sepa por dónde van a ir las cosas que ella no puede evitar ponerse creativa. El efecto de sus gestos se refleja rápidamente en Diego y ella no puede evitar reírse al mirar su entrepierna. Es curioso, porque la idea de provocar erecciones a otros hombres nunca le había proporcionado la felicidad que le provoca lograr algo así con él. Con manos diestras le desabrocha el pantalón vaquero que cae con un sonido sordo contra el suelo, le baja los calzoncillos y comienza a tocarle mientras ella sigue tocándose a sí misma los pechos.

Diego trata de alcanzarla varias veces, quiere besarla, acariciarla, pero ella no se lo permite, intensificando cada vez más los movimientos de su mano contra su pene erecto. Al cabo de un rato, Diego se rinde y deja de intentar hacer nada, tampoco es que tenga demasiadas fuerzas para resistirse. Es justo ahí cuando Amelia decide dejarle jugar a él también, y, sin dejar de acariciarlo, coge una de las manos de Diego y la dirige hacia su propia entrepierna. Cuando Diego siente el contacto directo de su mano contra la húmeda suavidad de ella, su expresión se inunda de sorpresa al descubrir que tampoco lleva ropa interior ahí abajo. Y entonces sí, él siente que va a perder la cabeza.

Sin que ella deje de tocarle, y acompasando sus movimientos, Diego empieza a acariciarlo con toda la templanza que es capaz de reunir teniendo en cuenta que Amelia le va a hacer perder la cabeza. Jamás en toda su vida nadie le había hecho sentir ese deseo, nadie le había hecho sentir tan bien.

Mientras ambos se acarician mutuamente y sintiendo que el éxtasis está a punto de llegar, los dos acortan la poca distancia que los separa y, por fin, comienzan a besarse. No son besos bonitos como esos que se han robado mutuamente durante toda esta semana, no. Se trata de besos cargados de impaciencia, de lujuria y quizá también de la rabia de saber que esto es una despedida. Porque, aunque vayan a volver a verse, aunque hayan decidido intentarlo, mañana los dos deberán separarse hasta su próximo encuentro. Sin ser conscientes de que han pensado lo mismo en ese momento, los movimientos de ambos se aceleran y ninguno de ellos para hasta que el otro se deja ir.

Jadeando, agotados y envueltos por el pegajoso calor de agosto, Amelia y Diego, medio desnudos, se abrazan apoyados contra el árbol y rodeados de una naturaleza que ha sido testigo de su lujuria, pero también de su amor. Porque, aunque aún deban aprender a conocerse y a quererse, este acto tan íntimo estaba cargado de esperanzas y deseos de un nuevo amor. Ninguno de los dos habla, ni tampoco se separan de ese abrazo que ahora lo es todo para ellos. Acaban de hacer una promesa y ese momento, ese regalo, ha sellado su destino sin saberlo.

CAPÍTULO 15

Lirios de agua

Los significados de esta flor son varios: pureza, perfección, elegancia y la vida eterna. En la época antigua de Grecia y Roma esta flor se utilizaba como un símbolo de la fiesta ya que relacionaban su forma con una copa en la que poder beber. En la época victoriana, encontramos otro significado más ligado a la finura y la nobleza. En general, regalar un lirio de agua significa cariño hacia quien va dirigido. Lo que siempre ha movido esta flor ha sido el amor, por su belleza y delicadeza.

Mientras Mara y Emma discutían y rompían por fin el gran tabú de su tóxica relación, y mientras Amelia y Diego pactaban proseguir con la suya, Assane hacía descubrir a Min-ho los encantos de Sète.

Es miércoles, por lo tanto, día de mercadillo en este pequeño y precioso pueblo pesquero, y por eso Assane quería llevarle a pasear por sus calles ahora abarrotadas de puestos ambulantes de comida típica de la zona. Ha invitado a Min-ho dejándose llevar por las ganas, pero sin dedicarle demasiado tiempo a la reflexión en lo que un acontecimiento como este le hace sentir. Ha procurado no mostrarse exultante desde que descubrió que Min-ho no había dejado de hablarle por voluntad propia, sino que había sido un golpe de mala suerte. Pero la realidad es que se sentía más animado y feliz desde ese instante y aunque se negaba a reconocer que esa felicidad estuviera relacionada con Min-ho, quedaba claro, por sus actos, que existía un interés enmascarado por las ganas constantes de pasar más y más tiempo con él.

En cuanto vio que Min-ho volvía de la habitación completamente cambiado y listo para su gran paseo a solas, Assane no pudo evitar sonreír con ganas. No sólo ante la idea de que él hubiera aceptado, sino porque Min-ho parecía haber escogido sus mejores galas para aquella cita que Assane se empeñaba en no llamar cita.

Min-ho había aparecido con su rubio pelo teñido peinado hacia atrás, y con el pequeño mechón rosa cayendo por su frente. Aquel nuevo cambio tan sutil de pronto le daba un aire más atractivo aún, y Assane tuvo que hacer esfuerzos para apartar la mirada y evitar sentir cosas en las que no estaba dispuesto a pensar. Min-ho había escogido unos vaqueros de color salmón y una camisa de manga corta color blanco, pero con palmeras y flores al estilo hawaiano. La verdad es que estaba exultante, pero Assane jamás admitiría algo así. Lo que él no sabía es que Min-ho también se había perdido en el propio Assane, deteniendo su atención en el pendiente de la oreja que tanto le gustaba y suspirando internamente ante la idea de pasar tiempo con él.

Mientras paseaban por el pueblo y por el mercadillo, ambos han estado hablando de todo y de nada. Assane ha descubierto con gusto que Min-ho ahora ya no es un chico tan tímido y reservado como antaño. Es cierto que en aquel entonces ambos tenían la barrera del lenguaje, pero aun así nunca le había visto reír tan a menudo. Le habló de cómo se marchó de Corea para vivir en Granada y trabajar en el restaurante de su tío donde era bastante feliz y Assane le contó por encima lo que había estudiado y cómo había conocido a Diego en sus últimos años de

carrera. Le encantó escuchar cómo Min-ho había entablado amistad con sus amigas, y eso le animó a contar también cómo había montado él su negocio con Diego. Los dos hablaron y hablaron conociéndose cada vez más sin ser conscientes de ello.

El calor del verano parecía pesar menos en compañía de Min-ho. Pararon en un par de puestos donde comieron queso, *quiche* de espinacas y donde tomaron un poco de vino. Pero fue cuando cogieron un *crêpe* de Nutella para compartir, y se sentaron en uno de los muelles del inmenso puerto que rodeaba el pueblo, cuando Assane se reconoció a sí mismo que había pasado una de las tardes más agradables de toda su vida.

Y es que, a pesar de los pocos meses que compartió en el pasado con Min-ho y a sabiendas de que ya no era aquel chico de entonces y que ahora debía aprender a conocerle de nuevo, seguía habiendo algo que no había cambiado: el efecto que su mera presencia causaba en Assane. Odia reconocerlo, porque no se considera alguien romántico en exceso, pero no puede negar que siempre quedó algo en él de todo lo que había sentido por Min-ho hace ya más de diez años.

Por eso el corazón le da un vuelvo cuando este, poniendo una mano en su rodilla mientras le da un mordisco a su *crêpe*, le sonríe con malicia y le dice:

—El tatuaje del árbol de cerezo que tienes en el pecho, es el de mi dibujo. *Jinjja?*

Assane siente que si tarda más de la cuenta en contestar se delatará a sí mismo, así que trata de esforzarse en quitar importancia al asunto.

—¿Qué te hace pensar eso? —Sabe que no lo está haciendo muy bien, pero es que tampoco se le ocurre cómo disimular lo evidente.

—¿Crees que un artista no puede reconocer su propia obra? —Min-ho parece estar divirtiéndose, y aunque eso le hace sentir irritado, por otro lado, no puede evitar pensar que está adorable.

Por suerte, Assane guarda un as bajo la manga que le parece infalible y que hará que Min-ho se trague su pillería.

—Pues te equivocas, no es obra tuya. Lo cogí de una cuenta de Instagram de un ilustrador — contesta muy seguro de que esa respuesta dejará a Min-ho fuera de toda sospecha.

Pero, para su sorpresa, la sonrisa de este se ensancha aún más, al mismo tiempo que se muerde el labio inferior, como si estuviera tratando de contener una carcajada. Assane, sin poder evitarlo, se pierde por unos segundos en esos labios tan rosados y succulentos. En todo este tiempo ha logrado evitar que ciertos pensamientos sobre Min-ho invadieran su mente. Pero tras una tarde como la de hoy, con Min-ho jugando con él con esa malicia y con sus labios brillantes por el chocolate del *crêpe*, Assane siente que podría perder todo su autocontrol. No se da cuenta de que él mismo está mordiendo su propio labio hasta que se percata de que Min-ho también le está mirando a él con un rubor exagerado en las mejillas. Sacude la cabeza con rapidez, apartando esos pensamientos, y se concentra en darle un bocado a su propio *crêpe* antes de perder los papeles.

—¿Y puedo saber de qué cuenta se trata? —Insiste Min-ho. —. Me encantaría ver el trabajo de un ilustrador así.

—@TheGardenWeDraw —responde Assane de manera automática sin saber que eso iba a provocar en Min-ho una enorme carcajada—. *Non, mais...* ¿Qué te hace tanta gracia? —Le

pregunta un tanto indignado mientras le da el último bocado a su *crêpe*.

—*Aigo! Aigo!* —exclama sin dejar de reír—. La verdad es que ha sido una sorpresa, no te vayas a creer que ya lo sabía, porque en realidad no tenía ni idea. Pero me ha parecido divertida la coincidencia —explica Min-ho sin dejar de dar saltitos de felicidad. Assane, que no entiende nada, se siente entre frustrado y fascinado por su júbilo.

—¿Te puedes explicar mejor? No tengo ni idea de qué estás hablando.

—*Mianje, mianje*. Ya voy.

Min-ho en lugar de explicarse con palabras, coge su móvil, al parecer buscando algo, y cuando lo encuentra se lo extiende a Assane. Él, que se siente orgulloso porque aún le quedan vestigios de sus breves estudios sobre la lengua coreana y ha entendido la palabra *mianje* a la primera, se desinfla como un flotador pinchado cuando descubre lo que Min-ho le enseña en la pantalla del móvil. Se trata ni más ni menos que de la cuenta de @TheGardenWeDraw, pero con la sutil diferencia de que el propio Min-ho aparece como administrador. Lo que significa que @TheGardenWeDraw y Min-ho son la misma persona, y que, por tanto, Assane lleva años, siguiéndole sin saber que era él.

Durante unos instantes se queda paralizado sin ser capaz de reaccionar. No sabe si descubrir esto le hace feliz o infeliz. Se siente un poco estúpido, porque si lo hubiera sabido, si lo hubiera imaginado, habría podido hablar con él mucho antes. Min-ho que lee en su mirada el pesar que acompaña este descubrimiento, toma consciencia y llega a las mismas conclusiones que Assane, pues si él hubiera sabido que Assane le seguía en su cuenta, hubiera hecho lo indecible por retomar el contacto con él. Así que su sonrisa desaparece tan rápido como ha aparecido.

—No lo sabía, te lo prometo. —Se justifica sin necesidad.

Assane vuelve a la realidad y se da cuenta de que, sea como sea, es una bonita coincidencia que no debería empañarles la tarde y, sobre todo, hacer sentir culpable a Min-ho.

—Tranquilo, lo sé —dice sonriendo con amabilidad mientras le devuelve el móvil—. *Alors...* Rebobinando y retomando tu pregunta, te responderé que sí, que este tatuaje que llevo en el pecho es el cerezo que tú dibujaste.

Min-ho que no esperaba esa confesión tan directa, se sonroja y agacha la mirada mientras dice:

—No sé si debería ofenderme el hecho de que no hayas reconocido mi dibujo al verlo en *Instagram*, que no te dieras cuenta de que son el mismo.

Assane sonríe ante su fingida indignación y su sonrojo, y contesta:

—Tienes toda la razón, es completamente culpa mía. — Eso provoca que Min-ho sonría y para Assane es suficiente. —Te diré que, por el contrario, me siento orgulloso de recordar lo que significa la palabra *mianje*.

—A ver, ¿y qué crees que significa? —pregunta Min-ho creyendo con seguridad que Assane se equivocará.

—Significa: lo siento. ¿Cómo olvidarlo? —Min-ho le mira extrañado—. En aquella época lo decías todo el rato. Pedías perdón hasta por respirar. Me alegra ver que ya no es así. —Min-ho vuelve a sonrojarse y a agachar la cabeza. Pues es cierto que en esos años de su vida era mil veces más inseguro y que la palabra *mianje* era quizá la que más veces decía a lo largo del día—. También había otra palabra que repetías sin parar. Aunque esa no me disgustaba en absoluto. —

Min-ho levanta la cabeza expectante sin tener ni idea de por dónde van los tiros, hasta que Assane vuelve a hablar—. *Hyung* —dice sin añadir nada más.

Entonces el corazón de Min-ho se desboca sin control y siente que las mejillas le arden más que nunca. El pecho y el estómago se encogen como si la sola mención de esa palabra y lo que implica habérsela llamado a él, despertaran en Min-ho unos sentimientos que había guardado en lo más profundo de su corazón.

—¿Puedo pedirte que vuelvas a llamarme así? —pregunta Assane sin saber lo que esta petición significa para Min-ho.

—*Bogo sip-eo*.

La metamorfosis de la Protea

La flor protea simboliza la transformación, así como el coraje y el ingenio. También significa diversidad. Esta flor a menudo se asocia con la fuerza, la resistencia y la belleza. El nombre «protea» deriva del dios mitológico griego Proteo, quien tenía la capacidad de cambiar su forma cuando era necesario. Algunas personas creen que representa la habilidad de adaptarse y cambiar en situaciones difíciles. Otros creen que la flor representa la belleza que surge de la adversidad.

¿Ha escuchado bien? Min-ho está tan nervioso que no sabe si es su cerebro jugándole una mala pasada, o de verdad Assane acaba de pedirle que le llame *hyung*. Además de decirle que lo echa de menos en coreano, todo en la misma frase. Suena a algo demasiado imposible. Pero debe ser real, porque su corazón se ha disparado. El acento de Assane al pronunciar en coreano es horrible, pero precisamente eso es lo que le transporta de manera automática diez años atrás en el tiempo, cuando ambos trataban de comunicarse en un idioma a caballo entre el inglés y el coreano. Seguro que su propia pronunciación en inglés era terrible, tal como era la de Assane en coreano, pero eso le hacía parecer adorable, igual que en este preciso instante.

Le gustaría poder responder a la pregunta de su chico francés, pero sus latidos resuenan tan fuerte en su interior que sólo puede escuchar esa prueba latente de lo mucho que le afectan las palabras de su antiguo ángel de la guarda. Hay demasiadas señales que podrían dar alas a sus esperanzas. Por un lado, Assane lleva tatuado su cerezo en gran parte del torso, y por otro, durante toda la tarde de hoy y, sobre todo en esta parte de la conversación, parece haberse mostrado demasiado atento. Pero, si lo piensa fríamente, y aunque parezca lo contrario debido a la familiaridad y confianza que parece haber entre ambos, la verdad es que no conoce realmente a Assane. Podría ser que él fuese así con todo el mundo, alguien atento y agradable. Pero eso no hace que Min-ho olvide el único beso que se dieron hace ya tantos años. ¿Puede quedar algo de aquello? Difícil saberlo...

Lo único que sabe es que Assane echa de menos que le llame *hyung* y eso es más de lo que Min-ho hubiera podido imaginar o desear. Cuando siente que comienza a recuperar el valor para poder hablar, su impulso se ve interrumpido por una llamada de teléfono. En su móvil comienza a sonar *Obsession* de EXO a todo volumen, y Min-ho, apurado ante la situación y sintiendo que morirá de la vergüenza, responde a la llamada sin pensar.

Se trata de Amelia y el intercambio entre ambos dura apenas unos minutos. Min-ho estaba tan distraído y nervioso por la atenta mirada de Assane, que ha asentido a todo lo que Amelia le decía y no ha sido consciente de lo que han hablado hasta que ha colgado el teléfono.

—¿Pasa algo? —pregunta Assane al ver la expresión confundida de Min-ho.

Él tarda un poco en responder, porque le lleva tiempo entender lo que acaba de escuchar.

—Amelia me ha dicho que esta noche estaré solo en la habitación, porque ella dormirá en la de Diego. —Recita el pobre Min-ho como si fuera un loro repitiendo las palabras de su amiga.

Assane esboza una sonrisa de medio lado y suspira.

—Me hace gracia que te avise de algo que lleva días haciendo. Todas las noches los escucho y acabo marchándome a dormir a una de las tumbonas del jardín porque con ellos en la habitación de al lado es imposible pegar ojo.

Min-ho piensa que tiene razón en cuanto al hecho de que Amelia lleva días sin pasar por su cuarto precisamente por esa razón, pero se sorprender al escuchar lo que ha dicho Assane de dormir en el jardín. No tenía ni idea de que su habitación estuviera pegada a la de Diego.

—Vámonos, volvamos al hostel. Se está haciendo tarde y tú tendrás que hacer la maleta —le dice Assane mientras tira el recipiente y las servilletas de sus respectivos *crêpes* a la basura y empieza a andar.

Min-ho se apresura a seguirle y no protesta porque agradece que Assane no haya insistido en seguir hablando del tema que se ha quedado a medias entre los dos. Está demasiado nervioso y el cuerpo parece pedirle tranquilidad para poder pensar.

El camino de vuelta al hostel se produce en un extraño silencio incómodo y Min-ho no puede evitar sentirse algo triste. Puede que sean los últimos instantes que pase a solas con Assane y parece que el ambiente cómodo y jovial que los ha acompañado durante toda la tarde se ha desvanecido por completo.

—Ya se ha hecho bastante tarde —empieza a decir Assane girándose hacia él. Parece distraído, como si evitase mirarle a la cara y quisiera desaparecer de allí cuanto antes—. Creo que la mayoría de los clientes ya ha cenado, y puede que tus amigas estén por ahí. Espero que te sea leve lo de la maleta y que descanses bien para el viaje de mañana. —Assane le mira en silencio unos segundos antes de añadir—: Bueno, me ha encantado volver a verte. Cuídate. *À bientôt*.

En cuanto termina de hablar, Assane se gira sobre sus talones, sin permitir que Min-ho diga nada, y dispuesto a huir.

Min-ho que se niega a que esta sea su despedida, en un impulso que le pilla por completo de sorpresa, grita un conciso «*hyung*» provocando que Assane se vuelva y le mire de forma irremediable. Su mirada está repleta de sorpresa, pero al mismo tiempo de anhelo, o eso interpreta Min-ho. No sabe de dónde saca el arrojo para decir lo que dice a continuación:

—No quiero que vuelvas a dormir en el patio por culpa de Amelia. Creo que lo justo sería que ocuparas su cama en compensación. —«Su cama que está justo al lado de la mía», piensa para sí mismo.

Le tiembla tanto el cuerpo que no es consciente de que ha alargado la mano para atrapar la muñeca de Assane, como si temiera que este saliera huyendo. Lo que no sabe es que, lejos de pensar así, Assane está procesando la invitación que Min-ho le acaba de lanzar. No tiene ni idea de si significa algo más que una simple preocupación o una compensación en agradecimiento por el pasado, pero no puede dejar pasar una oportunidad así. Reprimiendo el escalofrío que aún le recorre la espalda después de que Min-ho le haya llamado así, sumado al contacto de su mano, Assane reúne el valor suficiente para responder con cierta decencia y no parecer desesperado.

—*Oui, bien sûr*. Por qué no. Estaría bien dormir en un lugar un poco más cómodo. —Min-ho asiente despacio y afloja su agarre hasta soltarle—. Voy a pegarme una ducha y a coger mis cosas y ahora voy para allá.

Assane espera que todo haya sonado a frase coloquial y relajada, como la que cualquier amigo le diría a otro, salvo que él jamás querría que Min-ho fuera sólo su amigo. Antes de que este pueda adivinar sus pensamientos, se vuelve a girar y desaparece escaleras arriba.

Min-ho, que parece haberse convertido en un autómatas sin sentimientos, vuelve a su habitación casi sin darse cuenta y se ducha y hace la maleta sin ser apenas consciente de nada. Es como si su mente se hubiera congelado en el preciso momento en el que Assane ha dicho «*Oui, bien sûr*». No es capaz de asumir que el chico que le cambió la vida hace diez años vaya a dormir justo en la cama de al lado, si lo fuera no habría escogido de manera inconsciente su adorable pijama de Snorlax. Pero cuando suenan unos toquécitos en la puerta, Min-ho se da cuenta de que es demasiado tarde para cambiar de ropa.

A pesar de los nervios, se apresura a abrir la puerta como si fuera la misión más importante de su vida. Su corazón baila de emoción y sus sentidos están disparados, por lo que no puede disimular una radiante sonrisa cuando abre la puerta a su invitado.

—*Bienvenue* —dice emocionado en un terrible francés.

Assane, que durante unos segundos le mira de arriba abajo con una expresión indescifrable, termina diciendo:

—Se me hace raro que un cliente me dé la bienvenida a una de mis habitaciones —dice mientras entra y cierra la puerta tras de sí.

Lleva puesto un pantalón corto y negro de algodón, y una camiseta vieja de los Beatles. Min-ho piensa que no podría estar más arrebatador, y perdido en ese pensamiento responde a las palabras de Assane sin ser consciente de lo que está diciendo.

—Bueno, me agrada saber que no entras en las habitaciones de los huéspedes a menudo. — Cuando se lleva la mano a los labios, ya es demasiado tarde.

—*Quoi?* —pregunta Assane confundido.

—Nada —se apresura a responder.

Min-ho es consciente de que se ha delatado así mismo y busca desesperadamente una alternativa a la metedura de pata que acaba de cometer. Pero entonces se da cuenta de que algo en su interior se ha revelado, una especie de sentimiento de injusticia derivado de todo el tiempo que ambos perdieron juntos. Así que, siguiendo ese pequeño hilo de rebeldía de su interior, pone una mano en el hombro de Assane, ante su mirada perpleja, y la otra en su mejilla, y mientras nota como su rostro se incendia de puros nervios, dice:

—He dicho que la única habitación de este hostel en la que puedes entrar es la mía.

Y devolviéndole aquel beso que comenzó Assane hace diez años, Min-ho le besa con el peso de las ganas que lleva conteniendo desde que volviera a verle hace seis días. Ya no hay nada que justifique esta pérdida de tiempo y él no quiere volver a cometer el mismo error. Debería haber preguntado, no debería haberse expuesto al rechazo, pero cuando percibe cómo los fuertes brazos de Assane le rodean para devolverle el beso aún con mayor intensidad, Min-ho nota que sus miedos desaparecen y su corazón estalla de júbilo por esa aceptación. Los labios de Assane son tal y como los recordaba, su sabor ha permanecido intacto en su memoria y siente que podría flotar sólo por el hecho de haber podido cerrar ese círculo. No se da cuenta de las lágrimas que

recorren sus mejillas hasta que Assane se aparta, resollando, y le limpia con delicadeza las gotas saladas que se deslizan por su rostro.

Tulipanes rojos (parte 1)

Los tulipanes están estrechamente asociados con el amor y la pasión, al igual que las rosas. Esto hace posible comunicar sentimientos íntimos más directamente a la persona a la que estás expresando tu afecto. El tulipán rojo expresa un sentimiento intenso y profundo. Los tulipanes rojos son una forma de expresar tu amor, afecto y pasión por la persona a quien se los entregas.

Assane sostiene con firmeza el rostro de Min-ho, tanto con la intención de transmitirle tranquilidad y confianza, como de controlar el temblor de sus propias manos. El corazón late desbocado en su pecho, siente que la sangre se dispara en todas direcciones y que puede incluso escuchar su propio pulso por encima de la respiración entrecortada de Min-ho. Ni siquiera ha tenido tiempo de asimilar lo que ha ocurrido. ¿Min-ho acaba de besarle? Es imposible, no puede ser.

Una parte de él, la más fuerte, quiere creer que esto no es un sueño. No sabe qué fue lo que sintió realmente por él hace diez años, al fin y al cabo, era sólo un joven que apenas sabía nada sobre el amor. Y, aun así, jamás se olvidó de aquel chico coreano al que una vez había salvado. Ojalá entonces hubiera tenido la valentía y, sobre todo, la capacidad de comunicarle la fortaleza que él había sabido ver en Min-ho. Siempre creyó que Min-ho se infravaloraba a sí mismo por no ser capaz él solo de enfrentarse físicamente contra aquellos que le torturaban cada día. Pero Assane sabía que no era así, que el débil no era Min-ho. Él le había observado, había visto con qué fortaleza se enfrentaba a aquella rutina tan violenta e injusta, la entereza con la que sobrevivía día a día. Atacar a alguien en grupo no es valiente, pero, seguir viviendo a pesar de ser sometido a semejante infierno, eso sí era digno de ser admirado. Assane vio aquella fuerza en él y siempre se arrepintió de no haberle dicho nada entonces. Es ahora, diez años después, justo cuando Min-ho ha tomado las riendas de la situación y ha hecho lo que tanto deseaba y anhelaba, que ha visto de nuevo esa fiereza en él. Assane siempre le admiró por ello en aquel entonces y deseó ser un poco más como él. Nunca se olvidó de aquellos días con Min-ho ni de aquel enamoramiento que le embotó los sentidos. ¿Habría sido igual para él?

Assane no puede bajar el ritmo de su respiración y la de Min-ho también permanece acelerada. Sus ojos, hinchados por las lágrimas silenciosas, adquieren un extraño brillo de deseo. Y Assane siente que perderá la cabeza si los sigue mirando mucho tiempo más. Sin poder evitarlo baja la vista a sus labios, esos que hace apenas unos instantes estaban sobre los suyos propios, suaves y cálidos. Rojos por el contacto reciente y brillantes por las lágrimas que los han alcanzado, Assane no puede evitar sentirse atraído como un imán. De pronto la necesidad de volver a unirse a ellos es más fuerte que cualquier otra cosa, y aunque desearía poder hablar y calmar con palabras a Min-ho, preguntarle por qué llora y ser su consuelo, no puede. Lo único en lo que puede pensar es en besarle de nuevo, en fundirse con él de manera que no haya nada más.

Como si Min-ho le hubiera leído la mente, ambos se unen en un nuevo y cálido beso. Es dulce y lento, como si ninguno tuviera prisa. No es que la pasión o el deseo no impregne sus espíritus, es, simplemente, que ambos necesitan saborearse bien. Como si a través de ese beso se estuvieran leyendo mutuamente, hablándose en un lenguaje que sólo les pertenece a ellos dos.

Con decisión, pero con la misma calma, Assane rodea con sus brazos a Min-ho y sin necesidad de coger mucha fuerza, lo levanta del suelo para estrecharlo aún más fuerte contra él. Min-ho que parece compenetrarse con sus pensamientos, le rodea con las piernas y se abraza aún con más fuerza sin separar sus labios de los de él ni un segundo. Con mucho cuidado, Assane avanza con paso firme hasta sentarse en una de las camas de la habitación, con Min-ho aun rodeándolo con sus piernas. Con ese movimiento, ambos separan sus labios durante un instante y entonces sus miradas vuelven a cruzarse. Ya no hay lágrimas en el rostro de Min-ho, ahora las sustituye una amplia sonrisa que enmarca su níveo rostro arrebolado. Assane siente de nuevo una punzada en el pecho, pues la belleza de Min-ho siempre le ha sobrecogido.

Min-ho, aprovechando estos segundos para respirar, recorre a Assane con la mirada, como si necesitase comprobar que es real, que se trata de verdad de él. Nunca tuvo la oportunidad de darle las gracias en el pasado ni de explicarle lo mucho que su vida cambió a raíz de lo que él hizo. Esos meses en compañía de Assane siempre permanecerán en su corazón, perennes e inmutables a las estaciones y el tiempo. Por eso ahora no puede evitar sonreír, porque sólo la idea de saber que está besando a aquel chico que tantas cosas le había hecho sentir en el pasado, parece como si fuera un sueño.

Ambos permanecen unos segundos así, en silencio y hablándose a través de las miradas. Al rato, en un acuerdo tácito en el que ambos han comprendido sin palabras lo que el otro desea, Min-ho le quita con cuidado la camiseta a Assane y este hace lo mismo con él. Min-ho aún sigue a horcajadas sobre Assane, sus respiraciones ahora acompasadas, y de nuevo el silencio impera por encima de todo. Los dos se observan con cuidado, memorizando mutuamente sus torsos desnudos como si fuera la visión más maravillosa del mundo.

Assane observa con detenimiento la piel pálida de Min-ho; su cuerpo, aunque sea más menudo, es fuerte y fibroso y los músculos se delinean transformando el deseo de Assane en algo cada vez más difícil de controlar.

Min-ho se bebe a borbotones la imagen que Assane proyecta. Sus hombros son anchos, sus brazos fuertes (tensionados por estar sujetándolo) y su torso, marcado por el esfuerzo de sostenerle, hace que Min-ho desee perderse en él para siempre. Su oscura piel, adornada por el tatuaje de aquel dibujo suyo le hace pensar, que, en cierta manera, su presencia siempre ha estado ahí. Que, a pesar de todo, Min-ho siempre le acompañó, de alguna manera. Tomar consciencia de lo importante que es esta revelación provoca que Min-ho extienda su mano y recorra el tatuaje con sus dedos, despacio, con delicadeza, volviendo a dibujar cada trazo, cada rama y cada pétalo como lo hizo años atrás sobre el papel. Ese contacto hace que la respiración de Assane se acelere y que él también pose una de sus manos sobre el torso de Min-ho. Quiere recorrer su piel, cada recoveco, no perderse nada. Cuando ambos vuelven a mirarse, el deseo ya les ha devorado a los dos y entonces saben que están perdidos.

Con movimientos firmes, aunque delicados, Assane levanta a Min-ho para recostarle sobre la cama y sin saber muy bien cómo, ni quién desviste a quién, los dos se quedan desnudos en cuestión de segundos. Mientras todo esto ocurre no dejan de besarse y abrazarse, por lo que ninguno de ellos es del todo consciente de que ya no hay ninguna tela que se interponga entre ambos. En un instante en el que los dos paran a respirar, toman conciencia de lo lejos que han llegado y Min-ho es incapaz de contener un gemido anticipando lo que está a punto de ocurrir.

Assane, que estaba haciendo esfuerzos titánicos por contenerse, pensando que aún podía ser sensato, hablar con él y averiguar si de verdad deseaba esto, pierde el juicio en cuanto escucha el leve gemido que se escapa de los labios de Min-ho. Antes de que pueda siquiera pestañear, Min-ho se aparta de él con brusquedad y alarga su torso y su brazo para alcanzar algo de la mesita de noche. Cuando se gira de nuevo hacia él, Assane se da cuenta de que lleva un preservativo en la mano y se queda sin habla.

—Hay muchas cosas que quiero hacer contigo y qué tu hagas conmigo —dice Min-ho con una voz áspera que no parece la suya—, pero hablaremos de ellas después, porque para poder pensar con claridad necesito que antes hagas esto por mí.

Assane no tiene claro si comprende lo que Min-ho quiere decir, pero no le da tiempo a pensar nada más, ya que este (con una decisión que le abruma) abre el preservativo, y, sin apartar los ojos de Assane ni una sola vez, posa su mano sobre el miembro de este y se lo pone con determinación. Assane está tan impactado de que Min-ho le haya puesto el condón que apenas es consciente de que para hacerlo ha tocado su miembro y de que, con esta acción, le está invitando directamente a algo que él se siente incapaz de rechazar. Min-ho le está pidiendo que le haga el amor, y él no desea nada más en el mundo que eso. Una parte de él desearía recrearse, hacer con Min-ho todas esas cosas que ha insinuado que harán después, pero la otra parte sabe que no puede más. Entiende la urgencia de Min-ho y piensa que tiene razón, que deben acabar con esto cuanto antes porque, para el resto de cosas, aún tienen toda la noche por delante.

El deseo nubla la mente de Assane y al mismo tiempo le hace sentir más vivo que nunca. Acepta la petición de Min-ho, aunque al contemplarlo desnudo a su lado y con esa expresión tan decidida en la cara, no puede evitar alargar una mano para acariciarle también él. Pero Min-ho le agarra deteniendo su movimiento.

—Si me tocas ahí, me correré antes de que hayamos empezado —murmura.

Assane ni siquiera es capaz de responder con una frase que tenga sentido, pues las palabras de Min-ho vuelven a incendiarle y entonces, por fin, se apresura a obedecerle. Con manos diestras, pero con cariño, empieza a preparar a Min-ho, que se deja hacer sin protestar y jadeando cada vez más. Por encima de todo, no quiere hacerle daño. Hay una parte de él, que durante todo este proceso logra abstraerse, como saliendo de su cuerpo para poder apreciar el momento que la vida le ha regalado. Aún no se cree que tenga a Min-ho entre sus brazos, que la persona que suspira desnuda en esta cama sea la misma que hace años trató de olvidar. Ese sentimiento, sumado a su deseo, es el que le impulsa a tratar a Min-ho con todo el cariño del que es capaz.

—¿Estás listo? —le pregunta con la voz entrecortada.

Min-ho, con el rostro incendiado y los ojos brillantes de deseo, coge a Assane por el cuello, acerca su frente a la suya y en un susurro, responde:

—Llevo toda una vida preparado. Hazlo de una vez y deja que pueda sentirte por fin.

De nuevo, Assane es incapaz de responder con palabras, se siente febril, quizá ambos lo estén, esto no es un simple encuentro, los dos se están diciendo demasiadas cosas que parecen difuminarse y desdibujarse con el deseo. Assane lo sabe, sabe que Min-ho desea sentirle en un sentido más amplio de la palabra. Lo sabe porque él desea lo mismo.

Con un gruñido gutural, Assane jadea ante la anticipación y se apresura a besar a Min-ho mientras, poco a poco, se va introduciendo en él. Min-ho le abraza y lanza gemidos que se cuelan entre sus besos a medida que Assane avanza, con calma, con cariño, con cuidado.

—¿Estás bien? ¿Te hago daño? —Assane no puede evitar preguntar, no soportaría hacerle sufrir ni lo más mínimo. Ha comprendido que toda la ira que había acumulado todos estos años no era más que dolor ante el rechazo que creía haber sufrido, pero, sobre todo, dolor ante el sentimiento de añoranza. Lo había echado terriblemente de menos, y ahora, después de tantos años preguntándose qué habría sido de él, quiere cuidarlo, protegerlo, aunque Min-ho no lo necesite.

Él, en lugar de responder, rodea a Assane con sus piernas y le obliga a dar el último empujón. Ese movimiento provoca que Assane entre por completo en él y Min-ho lanza un gemido, mezcla de júbilo y placer, que se entremezcla con el propio gemido que se escapa por la garganta de Assane. Min-ho parece radiante, sonríe de pura felicidad, como si este gesto fuese lo que más anhelase en el mundo. Assane no puede evitar sonreírle de vuelta, al mismo tiempo que ambos se funden de nuevo en un beso y entonces Assane comienza a moverse con cuidado, pero sin pausa. Los movimientos de ambos se acompañan, Min-ho le rodea con sus brazos y Assane no puede evitar acariciarle la cara, los brazos, todo lo que sus dedos pueden tocar sin despegarse de él, quiere sentirlo por completo, quiere empaparse de Min-ho, recuperar todo el tiempo que han perdido. Mientras ambos siguen moviéndose, a un ritmo cada vez mayor, Assane se sorprende así mismo besando los párpados, las mejillas y, en definitiva, cada recoveco del rostro de su amado Min-ho.

La habitación se llena de suspiros, jadeos y gemidos, el ambiente cargado no es molestia para ninguno de los dos, y Min-ho siente que jamás había estado tan a gusto haciendo el amor con nadie. Aún no saben bien qué cosas le gustan del otro, pero en esto, en este acto en sí mismo, ambos parecen entenderse demasiado bien. Los movimientos de Assane son justo como deberían ser y Min-ho es consciente de la conexión que hay entre los dos. Se siente radiante, se siente feliz y no se da cuenta de que Assane ha comenzado a llorar hasta que sus besos se vuelven salados. Al mirarle, comprende que no es un llanto triste, son lágrimas de alivio, como si con ellas por fin pudiera soltar todo lo que ha retenido estos años. Lo sabe porque él ha llorado por lo mismo hace un momento. Min-ho le sonríe y él le devuelve la sonrisa, y, como si necesitara hacerle llegar ese mensaje a Assane, decirle que por fin ahora todo estará bien, Min-ho suelta unas palabras sin saber que serán las que terminen de perder a Assane por completo, precipitándole a él también en la caída:

—*Hyung*, más deprisa...

«*Hyung*», una palabra que podría resultar vacía para cualquiera pero que desatan en Assane un fuego que sabe que nunca más podrá apagar. Obediente, Assane aumenta el ritmo porque no hay

nada que desee más que complacer a Min-ho. Con una fuerza casi animal recorriendo sus venas, Assane rodea a Min-ho con sus brazos, le incorpora un poco, casi sentándole sobre sí mismo, y realiza sus últimas embestidas casi al borde del éxtasis, sintiendo a Min-ho más que nunca, sabiendo que él le siente a su vez. Los dos se dejan ir con un último gemido acompasado y, temblando y sudorosos, se abrazan más fuerte que nunca.

—*Merci* —murmura Assane, agotado.

—¿Gracias? ¿Por qué? —Pregunta Min-ho con una sonrisa.

—Por volver a mi vida.

El resto de la noche, Min-ho y Assane pierden la noción del tiempo. Ninguno de los dos sabe distinguir entre las conversaciones y el sexo porque todo se entremezcla. Hablan, ríen y aprenden a conocer qué caricias les gustan, qué roces les encienden y qué palabras les pierden. Se besan tanto como se miran, y se miran tanto como se abrazan. Durante esta noche, no se sabrá dónde se dibuja el principio y el final de cada uno, los dos se funden en una maraña de recuerdos y caricias y, aunque ninguno de los dos lo sabe, inician un viaje del que ya no habrá vuelta atrás.

CAPÍTULO 18

Zinnia

La Zinia está asociada a los recuerdos y, sobre todo, al recuerdo de nuestros amigos. Por ello, plantar muchas en un jardín podría ayudar a recordar a los amigos ausentes. Zinia rosa: falta de afecto o cariño. Zinia roja: constancia, perseverancia o firmeza. Zinia blanca: bondad, sensibilidad, ternura o tolerancia. Zinia amarilla: recuerdo de momentos pasados. Mezcla de distintas zinias: recuerdos de un amigo ausente.

Existen noches que a veces parecen irreales, como si hubieran sido un sueño o una pesadilla, según lo que se haya experimentado. Aquella última noche en *Cerisier*, el hostel que había acogido a las cuatro amigas durante sus vacaciones, fue una de esas noches. Lo curioso que tienen ese tipo de vivencias es que, a la mañana siguiente, parece que el hechizo y el encanto se ha roto, para bien o para mal.

Emma, que por primera vez en su vida no tenía ánimo para salir por ahí a olvidar sus problemas, después de partírselo el corazón a Mara y de partírselo a ella misma también, se marchó a pasar la noche en una de las hamacas de la piscina, tapada con una simple toalla. Esta mañana, cuando despertó tiritando del frío, tuvo la sensación de que la discusión con su amiga había sido una horrible pesadilla. Ese deseo se desvaneció cuando recordó con nitidez cada una de las palabras que había dicho y, entonces, deseó de todo corazón que la tierra se la tragara. Cuando regresó a la habitación, Mara ni siquiera estaba allí. Se había marchado con todas sus cosas, y probablemente ya estaría esperando abajo a las demás. Emma hizo su maleta en el más estricto de los silencios y con el corazón encogido de dolor. Durante este día iba a tener que hacer un esfuerzo enorme por contener las lágrimas.

Las personas de aquel hostel que se habían levantado con mejor humor fueron Diego y Amelia. Entre ellos había surgido un verdadero entendimiento y estaban felices con la decisión que habían tomado de tratar de mantener una relación seria y seguir conociéndose. Ambos son conscientes del riesgo que supone, pero ninguno de los dos ha tenido nada tan claro en su vida. Quizá todo sea un error y fracasen estrepitosamente, pero algo que los dos tienen muy claro es que prefieren fallar a ni siquiera intentarlo. Debido al éxtasis que otorgan este tipo de decisiones, Amelia está de un humor increíble que sabe que no se corresponde con el que tienen sus amigas cuando las ve.

Las tres están en el *hall* de entrada, cada una de ellas mirando en una dirección distinta y sin hablar. Mara y Emma están claramente peleadas y sin ganas de dirigirse la palabra. Min-ho, por su parte, parece estar atormentado por sus propios pensamientos. Así que, Amelia opta por no mencionar nada relacionado con Diego por el momento. Está claro que no es la mejor oportunidad para hacerlo.

No hay señales de Assane, así que Diego se ofrece a llevarlas a todas a la estación de tren. Deben coger un tren a Montpellier y de ahí un vuelo a Granada. Así que aún les queda mucho, mucho tiempo por delante para compartir. En otras circunstancias, esto le habría parecido

maravilloso a Amelia. Ahora, sin embargo, desearía que pudieran teletransportarse a casa sin tener que pasar por semejante viaje.

Cuando Diego las deja a todas en la estación y vuelve a aparcar su coche en el hostel, tiene que pararse unos segundos antes de bajarse para calmarse. Se lleva la mano al pecho porque siente que el corazón le palpita con demasiada fuerza. Se siente verdaderamente entusiasmado y aún no puede creer lo maravillosa que ha sido esta semana. Parece que su vida ha dado un giro por completo y que va a comenzar una nueva aventura que le llena de ilusión.

Cuando entra en la cocina con ganas de picar algo, se encuentra con que Assane está en la despensa, al parecer también tratando de matar el hambre con algo fácil de llevarse a la boca.

—¿Ya se han ido? —pregunta Assane de manera distraída.

Diego esboza una sonrisa porque sabe que Assane ha hecho una pregunta estúpida, pues es obvio que ya se han marchado. Pero esa es su forma de decir que va a echar de menos a alguien en concreto.

—¿Cuándo vas a contarme qué ocurre con Min-ho y quién es él exactamente? —pregunta Diego mientras comienza a pelar unas nueces para los dos—. Llevo toda la semana en vilo, deseando saber quién es ese chico y qué te pasa por la cabeza.

—Si te lo cuento, ¿me contarás tú qué ha ocurrido con Amelia?

—Ya sabes lo que ha pasado con ella, te lo he ido contando toda la semana. No soy tan mal amigo como tú —se indigna Diego.

—Me refiero a hoy. Te conozco, te lo veo en la cara. Vas a seguir viéndola, ¿verdad? —le pregunta Assane con cierta ansiedad.

—¿Por qué tengo la sensación de que esa pregunta esconde algo más?

—*S'il te pla ît*, dime en qué has quedado con Amelia y te prometo que te contaré todo lo de Min-ho —suplica Assane, esta vez un poco más calmado.

—Pues ayer llegamos a la conclusión de que ambos queríamos seguir viéndonos, así que así haremos. Tampoco hay más misterio, amigo. No sé qué esperabas escuchar. A veces yo iré a Granada y otras veces vendrá ella aquí. ¿Qué más quieres saber?

No entiende por qué, pero los ojos de Assane rebosan de esperanza y felicidad, aunque Diego no tiene ni idea de a qué se puede deber.

—¿Por qué ese repentino interés en mi nueva relación a distancia? Has prometido que me hablarías de Min-ho, así que ya puedes empezar.

Assane, siente que la emoción crece en su pecho y comienza a narrarle a Diego, punto por punto y desde que se conocieron, toda su historia con Min-ho hasta llegar a la actualidad. Para cuando termina, casi han acabado de comerse la bolsa de las nueces.

—No me puedo creer que en todos estos años de amistad nunca me hayas hablado de este chico —protesta Diego.

—*Vraiment*? ¿Eso es todo lo que te importa de lo que te acabo de contar? —Assane parece tan indignado que Diego no puede evitar que se le escape una sonrisa.

—Por supuesto que no, pero uno tiene su orgullo y a veces escuece —responde Diego—. Verás, a pesar de que me ha parecido una historia preciosa y casi algo milagrosa (no negarás que

el hecho de que os hayáis vuelto a encontrar es algo milagroso), yo diría que le estás dando demasiadas vueltas al asunto.

—¿Demasiadas vueltas? Crees que volver a encontrarme con mi flechazo de la adolescencia diez años después no es digno de ser reflexionado con seriedad.

—No es eso de lo que hablo —explica Diego mientras abandona la despensa y ambos amigos se dirigen hacia el jardín—. Hablo de tu última pregunta. Has terminado toda la historia con la angustia de no saber qué hacer a partir de ahora. Pero yo lo veo muy sencillo.

—Esto no tiene nada de sencillo —protesta Assane con su voz grave.

—Pues yo creo que sí. Si Amelia y yo hemos decidido que nos gustaría seguir conociéndonos y mantener una relación, ¿por qué eso iba a ser un problema para vosotros? ¿No pasasteis la noche juntos ayer? ¿No es eso un indicativo de que lo que sentís es mutuo?

Tal y como lo explica Diego parece la mar de simple, pero las emociones que Assane siente desde anoche son muchas, muy distintas y variadas. No puede evitar sentirse igual que hace diez años cuando dejó de ver a Min-ho y la incertidumbre vivía en su pecho de manera constante. Ahora está reviviendo ciertos monstruos y eso le asusta.

—No lo entiendes. Puede que ayer pasáramos la noche juntos, pero está claro que él no quiere nada más. En ningún momento se ha comportado como si nos fuéramos a volver a ver. Y esta mañana se ha marchado antes de que yo me despertara. Ni siquiera nos hemos despedido —explica Assane bastante dolido.

—¿Es que no habéis hablado de qué sentís y qué queréis hacer al respecto? —pregunta Diego sin dar crédito. Assane niega con la cabeza—. ¿Y qué narices habéis hecho toda la noche entonces? —Pero en cuanto Diego se da cuenta de la estúpida pregunta que acaba de formular dice—: Déjalo, no me respondas. No quiero tener esa información. —Assane vuelve a asentir—. Pues, me da igual. Eso no quiere decir nada —concluye Diego.

—*Comment?* No te sigo.

—Pues que no importa que Min-ho no haya dicho que quiere volver a verte, porque es obvio que sí. Y sino mírate a ti mismo. Tú tampoco has tenido las agallas de proponerle nada, y él podría estar pensando igual que tú: que a ti no te importa. Por lo que a mí respecta, puede que él esté igual ahora mismo. Puede que se arrepienta de no haber dicho nada y se esté desahogando con alguna de sus amigas. ¿En algún momento de ayer o de la semana, habéis intercambiado los números de teléfono?

—*Oui*, eso sí —responde Assane con premura.

—¿Ves? Está claro que quiere seguir en contacto. Además, ahora ya sabes lo de la cuenta de Instagram de @TheGardenWeDraw. Mayor señal que esa no puede haber. Puede que hoy no se haya despedido de ti, quizá por miedo, pero esta vez no será como la última. Tenéis formas de seguir hablando a diario y, en verdad, podéis volver a veros cuando queráis —sentencia Diego lleno de positividad.

Assane no había barajado que algo así pudiera suceder, así que de pronto la esperanza vuelve a tomar el relevo en su corazón.

—Y ahora dime, ¿por qué estabas tan interesado en saber qué íbamos a hacer Amelia y yo? Algo me dice que está relacionado contigo y con Min-ho. Aunque me resulta imposible saber de

qué manera.

Assane, que parece estar ahora más tranquilo, se gira de nuevo hacia su amigo y, para sorpresa de este, sonríe.

—Porque se me ha ocurrido una idea loca, y me gustaría saber hasta qué punto estarías dispuesto a seguirme en algo así.

Diego está completamente atrapado por la propuesta aún no formulada de Assane. Por un lado, no es habitual ver sonreír de esa manera a su amigo. Verlo le provoca tanto ternura como escalofríos, pues sabe que su amigo no debe estar tramando nada bueno. Aun así, son muchos años de amistad. Así que, Diego, que confía plenamente en él, suspira, y dice:

—Soy todo oídos, dispara.

CAPÍTULO 19

Astro(a)melia

La astromelia tiene uno de los significados más bonitos. Es el símbolo de la amistad duradera. Cada flor contiene seis pétalos y cada uno de ellos simboliza una faceta muy importante de la amistad: entendimiento, paciencia, compromiso, empatía, respeto y humor. Es una flor que lo tiene todo.

Amelia cree que no ha estado tan nerviosa en toda su vida. Quedan tan sólo cuatro días para Navidad, y el éxito o fracaso de esa celebración, dependerá por completo del éxito o fracaso de la cena de esta noche. Sus padres se han marchado a Galicia para celebrar la Navidad con la familia de su madre, así que ella les ha pedido permiso para alojar a sus amigas en su casa durante su ausencia y así pasar estas fechas juntas. La vivienda es enorme, y hay una habitación de invitados y un sofá cama. El objetivo ahora, es conseguir que ellas accedan a quedarse.

Esta mañana Emma ha llegado a Granada desde Madrid. Su partida hacia la capital fue muy repentina. Tan sólo una semana después de haber vuelto de las vacaciones en Francia (hace ya más de tres meses), Emma les escribió un escueto mensaje a Min-ho y a Amelia en el que decía «Vuelvo a Madrid, nos vemos».

Teniendo en cuenta el carácter intenso de Emma, ninguno de ellos se sorprendió demasiado por su escueta manera de despedirse, pero eso no hacía que escociera menos. Entendían que lo que había ocurrido entre ella y Mara requería de cierta distancia, y quizá fuese la mejor decisión por el momento. Pero todo el grupo de amigas sufrió su ausencia y su casi inexistente despedida. Ni Amelia ni Min-ho llegaron a saber nunca de qué manera Emma se despidió de Mara, y puede que nunca lo sepan.

Lo único que han podido percibir durante estos meses, a pesar de la ausencia de Emma, es que Mara está más serena, más tranquila. Esto, en parte, es bueno. Pues Mara llevaba años cargando con un peso terrible que la hacía vivir siempre con cierta angustia y dolor. Ahora eso había desaparecido, aunque lo ha sustituido otro tipo de sentimiento que ellos no saben descifrar. Puede que, a rasgos generales, Mara esté mejor desde que ambas se separaron. Pero está claro que hay cosas por cerrar, heridas que aún no han cicatrizado y que deben curarse.

Que Emma y Mara vayan a verse por primera vez esta noche después de tanto tiempo, es sólo una de las preocupaciones de Amelia. Hay otros asuntos que tratar esta noche que la tienen con los niveles de estrés por las nubes.

—Tienes que parar de dar vueltas con ese jarrón en la mano, —le dice Min-ho quitándole dicho jarrón de encima y haciendo que sus pensamientos vuelvan a la tierra—. Está bien tal y donde lo has puesto la primera vez, no le des más vueltas.

—Ay, lo sé. Perdona, tengo la cabeza en otro sitio.

—No te preocupes, de verdad. Tengo fe ciega en que el recuento entre ellas no va a ser negativo —dice Min-ho mientras coloca el jarrón en el centro de la mesa que están decorando

para la cena de dentro de unas horas—. Sé que Emma es impulsiva y todas esas cosas, pero es más madura de lo que creemos que es. Hizo algo que poca gente tendría el valor de hacer, que es marcharse para dejar de hacer daño a alguien. Sabes tan bien como yo que se fue para no seguir lastimando a Mara. Si fuera egoísta no habría sido capaz de recapacitar, y se habría quedado aquí haciendo lo mismo que hacía siempre.

—Lo sé, tienes razón —suspira Amelia—. Sé que, por encima de todo, Emma quiere mucho a Mara y que no va a plantarse aquí casi más de tres meses después a sembrar discordia.

Lo que Amelia no le dice a Min-ho es el resto de cosas que le rondan la cabeza y que, en cierta manera, están directamente relacionadas con él.

—Oye, qué bien que tus padres nos dejen su casa para la cena de hoy —comenta Min-ho mientras sigue decorando el árbol de Navidad que había comenzado antes.

Amelia asiente distraída, incapaz de dejar de sentir cómo los nervios la devoran.

Durante estos meses, las quedadas con Min-ho y Mara han sido tranquilas y apacibles. Pero, sin el torbellino de Emma, la sensación era siempre extraña, como si faltara algo. Desconoce si Mara y ella han mantenido contacto, pero la propia Amelia y Min-ho sí. Emma ha comenzado un curso anual de interpretación ante la cámara que la tiene muy contenta. Además, logró entrar en una compañía de teatro, así que, por fin, ha encauzado su vida hacia la dirección que quería.

Min-ho, por su parte, pasó a trabajar a media jornada en el restaurante de sus tíos para poder seguir echando una mano. Pero, la realidad, es que el tema de sus ilustraciones había triunfado. Con la excusa de seguir en contacto con Assane, y a raíz de las sugerencias del mismo, Min-ho había abierto una página web para vender sus ilustraciones y lo había hecho con la ayuda del propio Assane. En cuestión de semanas había agotado todo el stock y había comenzado el diseño para agendas y cuadernos. Además de haber conseguido varios contratos con algunas editoriales que querían sus ilustraciones para determinados libros. Amelia se sentía muy feliz por su amigo, pero sabía que todo aquello le había servido de excusa para no tomar ninguna iniciativa en su relación con Assane. Esperaba que la noticia que tenía que dar esta noche, cambiara un poco la actitud de su amigo con respecto a eso.

Sobre las ocho de la tarde, Mara llamó a la puerta y Amelia y Min-ho se miraron temblando de los nervios, pues Emma no tardaría mucho más en llegar.

—¡Hola! —les dice Mara al entrar con un fingido tono de alegría, pues se nota a la legua que está de los nervios—. He traído un par de botellas de *chardonnay*. Sé que a todas nos gusta el vino blanco.

En realidad, quien ama el vino blanco es Emma, pero ni Min-ho ni Amelia dicen nada al respecto.

—Perfecto —responde Min-ho cogiéndole las botellas mientras ella deja el abrigo en el perchero de la entrada—. Yo he traído *sojju*, pero me parece correcto dejarlo para el postre.

—Yo trabajo mañana —dice Amelia.

—A quién le importa —responde él desapareciendo camino a la cocina.

Amelia no puede evitar fijarse en que Mara está preciosa. Ella no es una persona muy coqueta, más bien práctica, y pocas veces se maquilla o lleva vestido. Esta noche, sin embargo, se ha maquillado ligeramente con un leve dorado que resalta su oscuro color de piel, y su frondoso y

ondulado pelo ahora le cae en una bonita trenza hacia el hombro. Amelia nunca ha visto el vestido color champán que lleva puesto Mara, pero le recuerda a esos vestidos de los años veinte, con las mangas acampanadas y el tiro bajo a la altura de la cintura. Está preciosa.

—Bueno, venid ya, somos suficientes para abrir la primera botella de vino —les grita Min-ho desde el salón.

Ambas se miran y sonríen antes de dirigirse hacia allí, pero justo cuando Mara se sienta en el sofá al lado de Min-ho, el timbre vuelve a sonar. Las tres amigas se miran durante unos segundos de manera inevitable, hasta que Amelia rompe esa burbuja.

—¡Ya abro yo! —dice en un grito demasiado extraño.

Es increíble que el reencuentro entre sus dos amigas la ponga tan nerviosa. Cuando llega a la puerta se para dos segundos para respirar y acto seguido abre la puerta.

Emma, como siempre, está espectacular. Ella es, sin ninguna duda, la más carismática y bella de todas sus amigas. Amelia se alegra de ver que tiene buen aspecto, pues la última vez que la vio estaba consumida.

—¡Bienvenida! —dice abrazándola con ganas.

—¡Al fin! Me he hecho un lío para llegar a casa de tus padres, y hace un maldito frío del infierno.

Amelia la hace pasar para cerrar la puerta y después le quita el abrigo. Emma lleva puesta una minifalda de cuero negro, con unas medias tupidas y unas botas altas hasta las rodillas. La parte de arriba es una camisa también negra, pero transparente que deja entrever su sujetador también negro. Este color hace que su cabello pelirrojo destaque como el fuego y que su maquillaje a lo *pin up* resalte aún más. La mezcla es explosiva, la verdad.

—A ver, ¿cómo no te vas a congelar? —replica Amelia entre risas—. No importa que lleves abrigo, si debajo vas desnuda.

—¿Por qué hablas como mi madre? —responde Emma también entre risas mientras abraza a su amiga.

—Venga, vente al salón. Justo acabamos de abrir la botella de *Chardonnay* que ha traído Mara.

Amelia le da la espalda en cuanto pronuncia esa frase, porque sabe que Emma se pondrá nerviosa y quiere darle intimidación. Y no se equivoca, en cuanto se gira, su amiga parece retener el aire en sus pulmones. Arde en deseos de ver a Mara, pero al mismo tiempo está muerta de miedo. Sabe que lo suyo ya ha muerto, que lo que hizo es imperdonable y no guarda esperanzas de tener algo con ella. Pero, al menos, desea que Mara la perdone y que puedan tener una amistad. Ahora sí que se siente preparada para ello. No han hablado en todos estos meses, pero sabe que Mara ha estado bien, porque se lo han contado sus amigas, y desea que esta noche las cosas cambien entre ellas.

Lo que no esperaba, quizá por autoengaño, es que su corazón se parase en seco al volver a verla. Al entrar en el salón, le da tiempo a ver cómo Mara y Min-ho se levantan para saludarla, pero ella ya no tiene ojos para nadie más. Mara está radiante, se la ve feliz y eso le alegra, aunque suponga asumir que parte de esa nueva felicidad se deba a que ella salió de su vida. Emma siente que el estómago se le encoge y toma consciencia de que jamás podrá olvidar lo que ha sentido por ella, pero verla tan radiante es el claro indicativo de que hizo bien en dejarla ir.

Porque Emma no sabía querer bien y lastimó lo que más amaba en el mundo por su propio egoísmo y su mal saber hacer.

Han pasado tres meses desde entonces y, aunque no se lo ha contado a ninguna de sus amigas, Emma lleva todo ese tiempo yendo a terapia. Tomar consciencia del daño que le había hecho a Mara fue lo que le hizo caer en la cuenta de que lo necesitaba. Aunque sus problemas para comunicarse y empatizar vienen dados por problemas personales de su familia y de su infancia, nunca se perdonará haber lastimado a la persona equivocada. Así que, después de aquella última discusión con Mara, decidió que ya no podía posponer más lo inevitable. Y ahora que por fin ha dado el paso de ir a terapia, y viendo los efectos tan positivos que ha tenido en estos meses, se siente muy tonta por no haberlo hecho antes. Al menos ahora está capacitada para tratar a Mara con mucho mayor respeto y, sobre todo, no volver a lastimarla ni sobrepasar la línea de la amistad nunca más.

Con esa decisión latente en sus venas, hace de tripas corazón, se traga todos los sentimientos de amor por Mara que acaban de florecer de nuevo, y se dirige a ella con una gran sonrisa para darle dos besos.

Mara, que parecía temerosa del encuentro, cambia la cara y relaja el cuerpo en cuanto ve que Emma ha llegado en son de paz. Nadie se percata, pero Min-ho y Amelia lanzan un suspiro de alivio.

Emma siente que puede lograrlo, que puede reestablecer su amistad con Mara desde un lugar sano y positivo, y eso la impulsa a sentarse a la mesa con sus amigas de manera relajada y deseando comunicarse con ellas. El ambiente en general parece más distendido y todas tienen la sensación de que algo ha cambiado de verdad para bien.

Ninguna de ellas sabe que esta cena previa a la Navidad es el vaticinio de un gran final de año. Pues, Amelia esconde un gran secreto que le incumbe tanto a ella como a Min-ho y que cree que cambiará sus vidas para bien. Y, por otro lado, Mara no se ha dado cuenta, pero una pequeña semilla de amor adormilada ha vuelto a despertarse en su corazón. Aún no es consciente de que para ella lo suyo con Emma sigue vivo, de que no la ha olvidado y de que no ha dejado de quererla. No lo entiende porque ha evitado pensar en ello durante estos meses y porque en este instante, la felicidad de reunirse con sus amigas lo ocupa todo. Emma tampoco sabe que sus intenciones de mantenerse alejada de Mara están a un latido de salir por la ventana.

CAPÍTULO 20

Fresias

Las fresias deben su nombre a Friedrich Heinrich Theodor Freese, un médico alemán del siglo XIX. Freese, era íntimo amigo del Doctor Christian P. Ecklon, quién las descubrió en Sudáfrica y decidió homenajear a su amigo poniendo su nombre a las flores. Por este motivo, el significado de las fresias se asocia con la amistad y la confianza entre dos personas.

Ninguna de las cuatro hubiera imaginado que esta cena de reencuentro iba a terminar siendo mucho más agradable de lo que todas esperaban. El cambio en Emma es muy evidente. Ninguna lo dice, pero todas piensan que volver a Madrid le ha sentado muy bien.

Mara, en concreto, se siente bastante aliviada. Pues, aunque, en su momento, se sintió muy feliz cuando Emma hace años decidió quedarse en Granada para estar con ella, pronto esa felicidad se convirtió en remordimientos. Siempre se sintió culpable de que su amiga paralizara, en cierta medida, su carrera como actriz tras abandonar Madrid, aunque no fuera una decisión que tomara para estar con ella.

Supo, por Amelia y Min-ho que Emma estaba entusiasmada con su nuevo curso, y eso aplacaba sus viejos remordimientos y le provocaba una grata alegría.

—Se te ve radiante —dice Min-ho a Emma mientras se zampa un cacho de la tarta de zanahoria que ha sacado Amelia de postre.

—Se lo has dicho ya como veinte veces, pesado —replica Amelia.

—Pero es que es verdad, está guapísima. —Mientras lo vuelve a recalcar, Min-ho no puede evitar echar un vistazo a Mara. Pero esta tiene el rostro sereno y sonríe mientras también se come su porción de tarta—. Se nota que volver a Madrid te ha sentado bien. Y hacer ese curso ha sido una buenísima idea.

—Bueno, no es sólo el curso lo que me mantiene tan contenta y centrada —responde Emma, un tanto sonrojada, mientras le da un sorbo a lo poco que le queda de vino.

Sus amigas, que no acostumbran a ver a Emma sonrojada por nada del mundo (pues es la más descarada del grupo) sienten de pronto una enorme curiosidad. Es Min-ho quien vuelve a romper el silencio movido por la impaciencia.

—¿Y bien? —reclama.

Mara, que hasta este instante se había sentido serena y relajada, de pronto siente un nudo en la boca del estómago. Teme que la razón del buen humor y el buen aspecto de Emma esté relacionada con una nueva pareja. La verdad, no había pensado en algo así, y el hecho de que exista esa alternativa ha provocado que su respiración se acelere y su corazón se detenga. No quiere oír la respuesta.

—Veréis, prácticamente desde la primera semana que estuve de vuelta en Madrid comencé a ir a terapia. —Emma está roja como un tomate, se nota que no está del todo cómoda hablando del

tema, pero que, a la vez, necesitaba decirlo.

Sus amigas se han quedado de piedra. Emma siempre se ha vanagloriado de ser una persona orgullosa que no necesita ayuda de nadie, además de ser alguien a quien siempre le ha costado reconocer cuándo ha cometido un error y cuándo pedir perdón. Por eso, ninguna de ellas imaginaba que su amiga tendría la madurez de entender y aceptar que debía ir a terapia. Por supuesto, se sienten felices por ella, pero, sobre todo, sorprendidas.

—¡Pero eso es fantástico! —responde Amelia, encantada.

Mara ha perdido la capacidad de hablar. Ella es quien mejor conoce a Emma, sin duda. Y sabe mejor que nadie lo mucho que le ha debido costar tomar esa decisión y, sobre todo, contárselo esta noche. No se puede negar a sí misma que siente tanto orgullo, como alivio. Pues, jamás pensó que Emma daría un paso como aquel, pero también se alegra de que la noticia no haya sido que está saliendo con alguien. Sabe que no debería darle importancia a algo así, que lo mejor para ambas es seguir manteniendo las distancias en ese aspecto. Es, simplemente, que aún no estaba preparada para sobrellevar esa noticia.

—Vale, confieso aquí y ahora, que, a pocos días de acabar el año, esta es, sin lugar a dudas, la noticia que más impactado me ha dejado —dice Min-ho llevándose teatralmente la mano al pecho como si estuviera jurando algo sagrado.

Emma se ríe y se relaja un poco al ver cómo se han tomado la noticia sus amigas. Sin embargo, no puede evitar sentirse tensa al ver que Mara aún no ha dicho nada. Porque, no puede engañarse, su reacción es la que más le importa. Esta, que había bajado la vista al plato, vuelve a levantar la mirada y la clava en Emma, haciéndole temblar de los nervios, hasta que al final le regala una enorme sonrisa.

—Eso es maravilloso, Emma —dice Mara con la voz suave y el gesto apacible. Sólo ella sabe lo rápido que le late el corazón.

El color rojizo de la tez de Emma ha aumentado tanto que casi se asemeja a su propio color de pelo. Amelia, que sabe lo que está ocurriendo, sale en su ayuda desviando el tema.

—Y un cuerno, chaval. A ti lo más emocionante que te ha pasado este año tiene nombre y apellidos —replica su amiga entre risas. Eso provoca que Emma y Mara se rían y, por tanto, que ambas se relajen. Sin embargo, ahora es Min-ho el que parece haberse puesto como un tomate.

—Eso es —corroborra Emma—. Tu gran bombazo de este año fue tu recuento con el bellezón de Assane. Eso no lo podrás negar.

—Sois idiotas —dice él como toda respuesta. Pues, aunque está claro que ese acontecimiento es lo que más ha marcado su año, se siente un tanto melancólico al pensar en Assane.

Su antiguo amor de la adolescencia es quien le ha ayudado con la web de las ilustraciones y por eso ha podido hablar con él más a menudo. Pero sus conversaciones nunca son demasiado profundas y teme que cuando acaben con todo el tema de la web, la relación muera para siempre. Sin contar con que, por supuesto, no se han visto en estos tres últimos meses.

—¿Por qué no hablamos mejor de Amelia? —dice Mara, rescatando a su amigo—. Lo digo porque hemos normalizado su nueva y seria relación con el jefazo del hostel de Sète. Pero no olvidemos que Amelia ha sido siempre un alma libre y que es de lo más irónico que la única de esta mesa con una relación estable sea ella.

Min-ho y Emma rompen en carcajadas, incluso a Amelia se le escapa la risa, porque sabe que Mara tiene toda la razón. Además, su amiga nunca se aventura mucho a hablar, es más bien de esas personas que prefiere escuchar. Pero, eso sí, cuando Mara habla, sentencia.

—Sois unas envidiosas —responde Amelia entre risas. —Pero sí, amigas, lo confieso, el señorito Diego me tiene completamente en el bolsillo.

—¿Cuántas veces ha venido ya a Granada? —pregunta Emma.

—Como unas cuatro, y yo he ido unas tres —responde esta mientras sirve a todas sus amigas una última copa de vino—. De hecho, tengo algo que deciros.

Amelia lleva varios días planteándose cómo soltar la noticia, y al final decidió que el mejor momento sería en el postre, pues así el ambiente ya estaría más relajado después de haberse vuelto a reencontrar con Emma. Ahora que está a punto de soltar la noticia, y que todas la miran expectantes, un hormigueo de regocijo le recorre la espalda, pues le encanta la idea de haber pillado a sus amigas por sorpresa.

—Como me sueltes que estás preñada, me desmayo —suelta Emma, quien siempre ha dejado claro que no es muy fan de los niños.

Amelia no puede evitar soltar una sonora carcajada.

—¿En serio? ¿Creéis que porque nunca he tenido una relación larga no sé que tener un bebé con un hombre a los tres meses de conocerle es una locura?

—Quien sabe, amiga —dice Emma dando un buen sorbo a su copa de vino—. La gente hace cosas muy raras cuando se acerca a los treinta.

Min-ho y Mara no pueden evitar reírse y Amelia resopla de la indignación, pues no sólo la acaban de tachar de loca impulsiva, sino que la emoción de su anuncio empieza a perder efecto.

—Ahí has estado rápida —dice Min-ho—. Y divertida, por qué no. Pero yo te diría que lo que sí que les pegaría, sería casarse de repente. Una de esas bodas estrafalarias que acaban en divorcio al mes siguiente. Además, estamos casi en Navidad, podrías marcarte un Miley Cyrus. Sería el mejor salseo de nuestra vida.

Amelia, consciente de que el vino está haciendo estragos y de que nadie, ni siquiera Mara (que apenas ha abierto la boca pero que no deja de reírse) le está prestando atención, decide que ya ha perdido la paciencia y que Min-ho acaba de perder el privilegio de recibir la noticia de manera especial.

—Mañana llegarán Assane y Diego. —En cuanto suelta la frase, Emma y Min-ho escupen el vino a la vez—. Vienen a pasar la Navidad con nosotras. Así que, dentro de dos noches, tendremos dos invitados más a la mesa.

Amelia se deleita con el éxito de su bombazo, pues ya nadie hace amago de reírse o de burlarse de ella, y saborea su vino mientras sus amigas la miran con la boca abierta. Por supuesto, a nadie le afecta esta noticia tanto como a Min-ho, por eso Emma y Mara son las que antes retoman la compostura, y rompen el silencio.

—¡Ostras, pero eso es increíble! —dice Emma—. Primera Navidad con tu amorcito —añade con mirada de pilla—. Quién iba a decirlo cuando pusimos un pie en su hostel por primera vez en septiembre.

—Estoy de acuerdo —añade Mara, con una sonrisa.

—Por cierto, —vuelve a intervenir Emma—, fui yo quien organizó esas vacaciones a las que ninguna queríais ir, y fui yo quien escogió ese hostel. Y ahora tú, —dice señalando a Amelia—, tienes un marido, y este —añade señalando a Min-ho—, se ha reencontrado con el amor de su vida. ¡De nada!

Pero al señalar a su amigo, todas se fijan en él y se dan cuenta de que está más pálido de lo normal.

—¿Min-ho? —le llama Mara, algo preocupada—. ¿Estás bien?

No, claro que no lo está. Pero no puede hablar, no puede decir nada, porque su estómago acaba de decidir que algo de la cena no le ha sentado bien.

—Necesito vomitar —suelta antes de llevarse la mano a la boca, levantarse y salir corriendo al baño.

Emma, Mara y Amelia se miran entre sí sorprendidas para, acto seguido, sonreírse maliciosamente.

—Vaya, parece que alguien se ha puesto nervioso —dice Emma con maldad y picardía.

—Eso parece, sí —sentencia Amelia, dándole el último sorbo a su copa. Y saliendo detrás de su amigo para asegurarse de que se encuentre bien.

CAPÍTULO 21

Campanillas entre la nieve

La campanilla de invierno es una flor delicada y graciosa que florece a finales de invierno. Su capacidad para prosperar en condiciones duras y emerger de la tierra helada le ha valido el reconocimiento internacional. Simboliza la resistencia y determinación necesarios para abrazar nuevos comienzos. Sus delicados pétalos blancos y sus brotes verdes nos recuerdan que, incluso en los momentos más oscuros, siempre existe la promesa de una nueva vida.

Ni que decir tiene que la noche en la que Amelia les contó sobre la inminente llegada de Assane y Diego, el pobre Min-ho no pegó ojo. Como tampoco lo hizo las dos noches siguientes.

No ha podido ver a ninguno de los dos, pues cuando por fin pudo recomponerse para terminar de escuchar el relato de Amelia, esta les explicó que Assane y Diego iban a quedarse a dormir en una casa rural del Albaicín y que ambos harían turismo intenso antes de la cena de Nochebuena. Así que, entre que ellos parecían ocupados y que el propio Min-ho trabajaba, no había sido posible verlos de ninguna manera.

Lo que él no sabía es que, durante esas menos de cuarenta y ocho horas previas a la cena, Diego y Assane en realidad tenían que atender asuntos relacionados con su negocio en una ciudad de las afueras y que, la verdad era que no iban a dormir en Granada hasta la misma noche de Nochebuena. Porque Amelia sólo había contado la primera parte de la noticia y como les había prometido a Assane y a Diego, dejaría que ellos contasen el resto en dicha cena.

A Min-ho le horroriza la idea de reencontrarse de nuevo con Assane en presencia de todos los demás después de tantos meses. Pues él se muestra muy dicharachero y mordaz siempre con sus amigas, pero se hace pequeñito cuando se siente inseguro y además está en presencia de personas con las que no tiene demasiada confianza, como son Diego y el propio Assane. Sin añadir los sentimientos que tiene por este, a los que trata de ignorar día sí y día también. Si Min-ho supiera que Assane está aún más nervioso que él, quizá podría lograr tranquilizarse un poco.

Amelia también les contó que, junto a Diego y Assane, había decidido (si a ellas también les parecía bien), que la cena tuviese lugar en la casa rural que estos habían alquilado. Pues preferían no invadir la casa de los padres de Amelia, por si acaso había algún percance y bebían demasiado.

Nadie se opuso a esa decisión, pues en el fondo era la más lógica. Y aunque Min-ho hubiera tenido algo que objetar, tampoco hubiese podido, pues aquella noche, después de expulsar de su cuerpo toda la cena y el vino que acababa de engullir, también perdió la capacidad de hablar por el camino.

Pero, mientras Min-ho sobrelleva como puede su inminente reencuentro con Assane, y mientras Emma y Mara siguen con su vida como si no estuvieran nerviosas de estar ambas en la misma ciudad y de compartir junto a los demás la Navidad; Amelia y Diego parecen vivir al

margen de todo. Pues ellos, para sorpresa de todo el mundo, no han hecho más que afianzar su relación, y, por supuesto, en cuanto Assane y Diego llegaron a Granada, y antes de ponerse a trabajar, Diego se escaqueó para ir corriendo a visitar a Amelia, dejando al pobre Assane plantado en la casa rural.

Ahora tan sólo queda un día para la esperada cena y cada una de las parejas se encuentra en un punto muy distinto. Sólo Amelia y Diego disfrutan de una calma y tranquilidad antes de la tormenta. Pues, si todo sale como ellos esperan, la cena de Nochebuena dará sus frutos para el resto de sus amigos.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Amelia en cuanto abre la puerta de su piso a Diego—. Pensaba que Assane y tú teníais que cerrar las últimas cosas con el propietario ahora por la tarde.

—Y así era, —dice Diego sacudiéndose gotas de lluvia del pelo, y quitándose el abrigo. — Pero al final el tipo nos adelantó la cita y quedamos para comer. Ya está todo zanjado.

Amelia, que se ha ido hacia la cocina para terminar de meter al horno unas galletas que está haciendo para la cena del día siguiente, le hace gestos con la cabeza a Diego para que este le siga mientras habla.

—Vaya, me alegro. Así tenéis la tarde libre. Pero, ¿dónde está Assane?

—Verás, el propietario era un poco pedante además de pesado, y resulta que también es propietario de unos viñedos que tiene a las afueras. Total, que, ha insistido tanto en que vayamos a verlos, que Assane al final ha accedido sacrificándose en nombre de los dos.

—¿Qué significa eso? —dice Amelia riéndose mientras cierra la puerta del horno con el codo y pone el temporizador tratando de no manchar todo con sus dedos llenos de harina.

—Significa que sabíamos que no teníamos escapatoria, y que Assane es un buen amigo y ha decidido quedarse él solo y decir que yo tenía que tratar ciertas cosas con el banco, para poder dejarme tiempo a solas con mi novia a la que hace tres semanas que no veo.

Amelia no deja de reírse mientras Diego relata su historia, pues, por un lado, no para de imaginarse al pobre Assane soportando al señor en silencio con ese carácter tan serio que tiene, y, por otro lado, le hace gracia que al propio Diego le parezca divertido, como si no sintiera ningún remordimiento.

Ella está ahora de espaldas a él, pues se está aclarando las manos en la pila llenas de masa de galletas. Por lo que no se ha percatado de que Diego se ha acercado a ella hasta que las manos de él le envuelven la cintura, para luego posarle un delicado beso en el cuello. En cuanto nota su cálido abrazo, no puede evitar pensar que Diego tiene razón, esas tres semanas sin verse han sido demasiado largas.

—Ayer la pobre Mara, nos interrumpió —dice Diego mientras sigue besando el cuello de Amelia cada vez con mayor intensidad.

El día anterior, cuando Diego se había escapado nada más llegar para verla, habían empezado a desvestirse cuando Mara llamó a la puerta. Era más que evidente que quería hablar a solas con su amiga, así que Diego entendió las señales y se marchó para darles intimidad. No sin antes percatarse de que Mara había aparecido con una maleta de viaje pequeña.

Movido por la curiosidad, horas más tarde, Diego acabó preguntando a Amelia a que se debía dicha maleta, temiendo lo peor, pero resultó ser que Mara simplemente había llevado varios

atuendos a casa de su amiga para probárselos y escoger el mejor para la cena de Navidad.

Diego aún no conocía demasiado bien a las amigas de Amelia, pero desde luego la relación había mejorado desde el verano. Y, sobre todo, sentía que las conocía algo mejor que al principio gracias a las cosas que Amelia le contaba sobre ellas. Por eso no pudo evitar sentirse feliz ante la idea de que Mara estuviera nerviosa por la cena de Navidad, porque eso quería decir que le importaba la imagen que proyectaba a Emma y que, por tanto, Emma (como mujer) le importaba en la misma medida.

—Sí, esa maldita perra nos interrumpió —responde Amelia entre risas, mientras se seca las manos con el paño y provoca que Diego también se ría.

Amelia siempre ha sido una mujer muy sexual, y nunca ha necesitado conocer muy bien a los chicos con los que se acostaba para disfrutar del sexo. Pero debe reconocer que desde que se acuesta con Diego, las cosas han mejorado para bien. Pues él ha aprendido cuáles son las cosas que a ella más le gustan y siempre parece decidido a hacerla disfrutar hasta que pierda el sentido. Amelia ha descubierto que es gratificante mantener relaciones con alguien que sabe qué es exactamente lo que quieres y que, además, nunca se opone a probar nada.

Diego, por su parte, nunca había experimentado demasiado con el sexo en sí mismo. Con su ex pareja apenas se acostaba y cuando lo hacían siempre era un tanto monótono. Ni siquiera sabía que a él le gustaban ciertas cosas hasta que conoció a Amelia. Al principio se sentía un poco cohibido, incluso extraño, pero a la vez su cuerpo y su mente le pedían más. De la mano de Amelia había empezado a disfrutar del sexo de verdad, y ahora era algo que sí deseaba hacer.

Había descubierto que a Amelia le encantaba hacerlo en cualquier sitio. Él que era una persona que sólo había mantenido relaciones en la cama o a lo sumo en el sofá, empezó a encontrarle el punto a eso de hacerlo por todos los rincones de la casa. Por eso, cuando se ha acercado a ella por detrás, ya sabía que Amelia le recibiría de buena gana.

Su fragancia no es exactamente la de siempre, está entremezclada con el olor de la harina y el azúcar y Diego casi tiene ganas de morderla. Mientras besa su cuello cada vez con mayor lujuria, Amelia comienza a jadear mientras se frota contra él, siempre sin girarse. Hace un rato que ya se ha secado las manos, pero parece determinada a no darse la vuelta, por lo que Diego entiende sus intenciones y decide aplicarse con vehemencia.

Encima del fregadero hay una enorme ventana y, aunque el edificio de enfrente no está especialmente cerca, cualquiera podría verlos. Pero Diego también ha descubierto que a Amelia le gusta jugar con fuego, pues, aunque nunca lo haría de manera pública de forma voluntaria, parece que le excita que la puedan pillar. Diego, como con todo lo relacionado con el sexo desde que está con ella, ahora también encuentra eso bastante excitante. Por eso, no hace ningún amago de apartarse de la ventana, sino que se frota contra ella con más ganas y, mientras la muerde ligeramente en el hombro, le sube la camiseta hasta el cuello para quitársela, dejándola caer al suelo.

En esta ocasión, y en contra de lo que Diego viene observando desde que la conoce, Amelia lleva sujetador. Pero, en lugar de quitárselo, Diego aprieta sus pechos sacándolos del sostén a la vez que empieza a frotar los duros pezones de Amelia mientras ella empieza a gemir cada vez más fuerte.

Diego siente que la dureza en su pantalón se ha intensificado y, aunque percibe un leve dolor y unas ganas tremendas de liberarla, no puede dejar de pellizcar los pezones de Amelia porque parece haber encontrado algo nuevo que le encanta y no hay nada que excite más a Diego que ver a Amelia excitada.

—¡Joder, Diego! ¡No puedo más! —dice Amelia con la voz ronca y entrecortada—. Olvídate de los preliminares, ya habrá tiempo para eso otro día. ¡Métemela!

Diego sonríe mientras besa el cuello de Amelia, pero, obediente se apresura a sacar el condón que guarda en el pantalón, mientras se quita el cinturón más rápido que en toda su vida. Han hecho el amor muchas veces, pero es verdad que nunca habían pasado tanto tiempo sin hacerlo desde que empezaron a salir y él tampoco quiere perder el tiempo. Ya volverán a repetir las veces que haga falta.

Mientras Diego se pone el preservativo con las manos temblando por el deseo, Amelia ya se ha quitado las medias y la ropa interior, dejándose puesta solamente la falda que llevaba. Con premura, pero con cuidado, Diego se apresura a introducirse en ella. Para que Amelia no se haga daño con el mostrador de la cocina, él ha puesto su brazo de barrera alrededor de su cintura. Lo único que odia de hacer el amor así es que no puede verle la cara. Aun así, Amelia no deja de moverse, excitada, y él acompaña sus movimientos embistiéndola mientras oleadas de placer recorren su cuerpo. Amelia no es especialmente ruidosa cuando hacen el amor, pero hoy parece haber perdido el control, pues los gemidos son cada vez más fuertes y en el último grito que sale por su garganta, Diego no puede evitar dejarse ir al mismo tiempo que ella también lo hace.

Satisfechos y jadeantes, los dos tratan de recuperar el aliento como pueden. Diego no deja de temblar, pero tiene los reflejos suficientes para salir de Amelia y girar para sentarla sobre la encimera y abrazarla. Sí, ha sido un polvazo, pero, sobre todo, necesitaba sentirla y abrazarla. Ella corresponde al abrazo con las mismas ganas mientras ambas respiraciones vuelven a la normalidad.

Se quedan así en silencio durante un buen rato. La ropa esparcida por el suelo y sus cuerpos relajados y sudorosos. Sólo se escucha el sonido de sus respiraciones, hasta que Amelia rompe el silencio:

—Te quiero —murmura en su cuello.

Diego, que pensaba que ya no tenía más energía en el cuerpo, nota como su corazón se acelera y el pulso aumenta a la velocidad de la luz. La sangre le palpita en los oídos y empieza a creer que ha sido una alucinación.

—¿Qué? —balbucea, confuso.

—Que te quiero, idiota. —Repite ella.

Esta vez Amelia se separa del abrazo y levanta el mentón de Diego para que le mire a los ojos. Él siempre había creído que sería el primero en decir aquellas palabras, pues es bastante más sentimental que Amelia y ella siempre ha dejado claro que lo de las relaciones nunca ha sido lo suyo y que él era el primero con quien decidía tener una relación duradera. Así que siempre imaginó que Amelia tardaría años en decir aquellas palabras (si es que su relación tenía éxito, claro). Es más, Diego había estado a punto de decirlo en un par de ocasiones las últimas veces

que se habían visto, pero se había mordido la lengua por no asustarla. Estaba dispuesto a respetar su tiempo y él tenía claro sus propios sentimientos, por lo que no se sentía impaciente.

Ahora, sin embargo, aquí estaban, el uno frente al otro y un te quiero colgando de los labios de la chica más increíble con la que había estado jamás.

—No, no estás soñando —dice Amelia entre risas—. Ya puedes quitar esa cara de bobo. Y sí, lo siento de verdad. Yo no digo algo por decir, y menos algo como eso. No soy una experta en relaciones, desde luego, pero no pienso reprimirme, así que ahora, te toca apechugar con las consecuencias.

Diego parece empezar a volver en sí mismo y justo cuando está a punto de abrazarla y decirle que él también la quiere, ella se lo impide dándole un beso en el segundo exacto el que también suena el «ding» del horno.

—¡Galletas listas! —dice Amelia mientras pega un salto para bajarse de la encimera, se recoloca el sujetador y se vuelve a poner los guantes para sacar la bandeja.

Diego la mira pensando que es bastante probable que no haya querido a nadie tanto en toda su vida.

CAPÍTULO 22

Agapanto

*En el lenguaje tradicional de las flores, el agapanto significaba «carta de amor». Los más populares son los híbridos del *Agapanthus praecox*, planta nativa de Sudáfrica cuyo color es azul violáceo. También es conocida como Lirio africano, su nombre, viene del griego y significa planta del amor (agapé es amor y anthos es flor).*

Mientras Diego y Amelia disfrutaban probando las galletas que ella ha preparado, no muy lejos de allí, en pleno centro de Granada y bajo la lluvia, Mara pasea por las calles abarrotadas de gente en busca de una tienda donde encontrar una blusa de color rojo.

No se siente especialmente orgullosa de haberse plantado en casa de Amelia con una maleta llena de ropa para que su amiga le ayudase a escoger qué ponerse para la cena. Y menos después de haberse pasado los últimos tres meses jurando y perjurando a Min-ho y a ella que ya había pasado página con Emma, cuando es evidente que no. Al menos Amelia tuvo la decencia de no soltar un «te lo dije».

Después de haberse probado casi todo su armario, llegaron a la conclusión de que lo que más les gustaba a ambas era una falda de cuero negra y a tablillas, que tenía cierto vuelo y que se ceñía a la cintura abriéndose en forma de campana. Era preciosa, y Mara la adoraba, pues ella no tenía demasiada ropa de ese estilo para su día a día. El problema fue que no había encontrado nada para combinarla y por lo tanto nunca la había estrenado. Amelia le aconsejó buscar una blusa, algo suelta y transparente, de color rojo u otro color oscuro. Y como Min-ho estaba trabajando todas las tardes de esa semana, se encontró así misma paseando por las tiendas ella sola y pensando en lo mucho que odia ir de tiendas.

El lado positivo de todo aquello, a pesar de la lluvia, es que Mara adora Granada en Navidad. Las calles están preciosas con los comercios decorados y las luces navideñas, y siente que el ambiente es especial. Quizá porque ella misma adora la Navidad.

Tras probar en un par de tiendas, consigue encontrar lo que buscaba y, satisfecha, vuelve a salir a la calle con su paraguas y una gran sonrisa en la boca.

Mientras baja la calle Gran Vía de Colón, un aroma le llega desde lejos, evocando recuerdos que antes eran dolorosos, pero que ahora se le antojan tiernos. Y no se trata del olor de las castañas asadas de los puestos que inundan Granada en estas fechas, sino de un olor aún más dulzón: el de las almendras garrapiñadas.

Minutos después llega frente a la tienda en la que siempre se paraba con Emma, pues esta tenía una pasión desmedida por este dulce y siempre que pasaban por allí, obligaba a Mara a hacer una parada.

Con el tiempo, desde que Emma se marchara, ha comprendido que su separación era lo mejor. Era cierto que Emma no se había portado bien con ella en aquel último viaje que hicieron juntas, eso no lo había olvidado. Pero, la realidad de aquella situación era más compleja. Mara se había

pasado los últimos años guardando sus sentimientos, y había sufrido en silencio sin ser consciente de que, a la vez, culpaba a Emma por sentirse así de desdichada. Pero Emma nunca había tenido la oportunidad de afrontar aquello, porque, técnicamente no tenía ni idea de los sentimientos de Mara. Puede que lo imaginase o sospechara, pero, desde luego, nunca habían hablado del tema como adultas y con la verdad por delante. Por eso todo acabó estallando de mala manera en Francia.

Cuando recordaba aquellos días, Mara siempre llegaba a la conclusión de que Emma sospechaba algo, por eso dijo lo que dijo y la acusó de aquella manera. Porque, en el fondo, sabía que Emma había descubierto lo que Mara sentía por ella. Sin embargo, estaba segura de que no se hacía una idea de la magnitud de esos sentimientos, ni desde cuándo existían. Por eso sabe que su cabreo de aquel día estaba justificado y al mismo tiempo no. Pues tenía derecho a enojarse con ella por cómo se había comportado esos días, pero también sabía que su enfado no era sólo por eso. En aquel momento le gritó con toda la ira que llevaba años acumulando, culpando a Emma de manera desproporcionada e injusta.

Durante los meses que han estado sin verse, Mara ha hecho las paces consigo misma y al mismo tiempo ha sabido perdonar a Emma, esperanzada de poder retomar la amistad en algún momento y dejar atrás aquel absurdo amor no correspondido.

Pero, cuando la vio el otro día en la cena, su corazón no pudo engañarla. Sintió como si el invierno desapareciera, evaporado por la presencia de Emma que llevaba la primavera allá donde fuera. Tenía que haberlo supuesto, tenía que haber sido más lista y haber entendido que en tres meses un corazón no puede olvidar lo que ha amado de manera tan preciada durante tantos años.

Al sentir aquello, Mara tuvo una pequeña desazón que la llenó de intranquilidad por un momento, pues entendió que debía hacer un enorme esfuerzo por retomar esa amistad sin que otro tipo de sentimientos la estropeará. Pero, al mismo tiempo, el miedo la atenazó, pues, sino había logrado ese éxito en el pasado, ¿cómo iba conseguirlo ahora? Al menos Emma ya no vivía en la misma ciudad que ella.

Pero, para sorpresa de Mara, su amiga, la chica de la que había estado tanto tiempo enamorada, había vuelto con energías renovadas que parecían dirigidas a la propia Mara. Aquello la confundió, y al mismo tiempo le calentó el corazón. Pues Emma estuvo toda la noche muy amable con ella y prestándole toda su atención. Mara no sabía qué significaba aquello con exactitud, pero sí sabía que se sentía agradecida. Pues Emma era una persona risueña y alegre, pero de un carácter fuerte y orgulloso, y Mara estaba más que convencida de que aún le guardaría rencor o que, como poco, su encuentro sería incómodo y habría mucho trabajo que hacer para recuperar la normalidad. Pero todos esos pensamientos se transformaron cuando Mara vio a esta nueva Emma, más radiante, más amable y más centrada.

Aquello había insuflado esperanzas en Mara. No es que pensase que eso le otorgaba alguna oportunidad con ella, pues tan sólo iba a verla durante los días de Navidad (después volvería a desaparecer) pero al menos intuía que podían volver a ser amigas. Así que Mara tenía derecho a fantasear, a dejarse llevar y a querer ponerse guapa para ella. Ya tendría tiempo después de bajar los pies a la tierra.

Perdida en sus pensamientos, no se da cuenta de que lleva un largo rato frente a la tienda de frutos secos garrapiñados hasta que una voz le devuelve a la realidad.

—¿Mara?

Mara se queda congelada frente al escaparate. Lo sabe, sabe que la voz que acaba de escuchar es la de Emma, y aun así no se gira hacia ella. Por un lado, porque escucharla decir su nombre sigue provocando demasiadas cosas en su corazón. Y, por otro lado, porque Mara ha escuchado tantas veces la voz de Emma durante estos meses, para luego descubrir que en realidad no se trataba de ella, que tiene miedo de que vuelva a ser una ilusión, de que su cabeza esté de nuevo jugando con ella.

—¿Mara? —Vuelve a insistir la dichosa voz, haciendo que esta tenga que voltearse de una vez por todas.

Y ahí está: Emma, con un chubasquero verde manzana plagado de margaritas y la lluvia resbalando a raudales por él. Emma es la única persona que Mara conoce que siempre usa chubasqueros en lugar de paraguas. Está preciosa, la verdad. No puede mentirse con respecto a eso. Tiene las mejillas encendidas por el frío y algunos mechones pelirrojos que se han escapado del gorro del chubasquero caen empapados sobre ella. Pero Emma parece ajena a eso y simplemente la mira con una pregunta pintada en la cara. Esa cara que Mara tanto había echado de menos. Muchas veces ha deseado besarla, pero no esperaba que un encuentro de este tipo después de tanto tiempo sin verla le generase una necesidad aún más violenta que la de antaño, provocando que la desesperación por besar esos labios aumente hasta niveles insospechados.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunta Emma devolviéndole a la realidad.

Mara, que se ha quedado momentáneamente sin habla, no puede dejar de mirar cómo la lluvia cae sobre Emma de manera cada vez más fuerte. Algo en su interior le incita a dar un paso adelante y cubrirlas a ambas con su paraguas.

A Emma este movimiento le pilla por sorpresa, así que se queda clavada en el sitio. De repente está debajo del paraguas de Mara y a muy pocos centímetros de ella. Su corazón se salta varios latidos antes de poder volver a tomar las riendas de sí misma.

—Pasaba por aquí —responde Mara al fin, en voz baja y grave.

Emma, que con cada estímulo proveniente de Mara se pone cada vez más nerviosa, tiene la sensación de que ese paraguas acaba de generar una barrera alrededor de ellas apartándolas del mundo y siente que tiene ganas de abrazar a Mara. Lleva pensando en ello desde que se separaron, pues no hay lugar en el mundo que le guste más, que estar entre los brazos de Mara.

En estos meses que lleva en terapia, ha aprendido muchas cosas sobre sí misma y se ha enfrentado a lados oscuros a los que no quería enfrentarse. Pero, sobre todo, ha entendido algo que se estaba negando así misma: el amor que siempre ha sentido por Mara.

—Yo he venido a comprar almendras para la cena de mañana —balbucea Emma, como explicación a Mara.

—Te acompaño —dice esta sin dar lugar a réplica, y empujando a Emma de la cintura con suavidad para que entre a la tienda.

Emma sabe que no se ha portado bien con Mara en el pasado. Durante mucho tiempo ni siquiera sospechó que Mara pudiera sentir algo por ella, y, cuando se hizo evidente que sí, Emma

se dedicó a sabotear cualquier posible inicio de relación, hasta llegar a lo que ocurrió en Sète. Ahora entiende que tenía muchas cosas que resolver consigo misma antes de estar preparada para tener una relación, pero también sabe que debe redimirse con Mara. Nada justifica cómo se comportó.

Aun así, su cuerpo, que parece ir a la contra de su mente, tiembla ante el tacto de Mara en su cintura. Y eso que simplemente le ha empujado para entrar en la tienda y que hay miles de capas de ropa que las separan.

Mara espera pacientemente a que Emma termine de comprar y después ambas vuelven al manto de lluvia que las acoge en la calle. En cualquier otro momento, Emma hubiera rechazado categóricamente el paraguas de Mara, pero ahora se vuelve a meter bajo él sin protestar. Siente que ambas están en una burbuja y no quiere salir de allí.

—¿En qué estabas pensando al ir así? ¿Es que no ves que llueve tanto que al final ni el chubasquero te protege? —dice Mara al cabo de un rato.

Emma no contesta. Siente que su corazón se calienta al ver que Mara no le guarda rencor y que además se preocupa por ella. Así que, en lugar de hablar, se atreve a coger del brazo a Mara, acurrucándose mientras siguen caminando, y dando a entender que tiene razón. Mara nota que su corazón se dispara y no vuelve a decir ni media palabra.

Pasado un tiempo, Mara se percata de que han estado caminando sin rumbo y sin sentido para al final terminar en la plaza de la Fuente de las Batallas. El bullicio de las personas haciendo las últimas compras de Navidad queda ahogado por el ruido de la lluvia. Y allí, con el gran árbol iluminando la plaza y con la fuente a sus espaldas, Mara tiene la extraña sensación de que ambas están solas en la ciudad, a pesar de estar rodeadas de gente.

No se ha dado cuenta, pero Mara se ha parado de repente. Emma, que ha salido momentáneamente del paraguas, pues ha seguido caminando, se vuelve sobre sí misma para volver a ponerse a cubierto y mira a Mara sin comprender. Preguntándole de manera silenciosa porqué se ha detenido.

Mara tampoco lo sabe bien. El pecho le duele de tan rápido que refulgen los latidos de su corazón. No tiene ni idea de qué tipo de hechizo ha provocado esta lluvia y estas luces que todo lo envuelven como si fueran estrellas. Pero no puede dejar de mirar a Mara con anhelo y desesperación.

En la cena habían estado con sus amigas, y no tuvo la ocasión de analizar qué sentía al volver a ver a Emma. Creía que lo tenía controlado, pero tan sólo unos minutos con ella caminando bajo la lluvia, han bastado para entender cuanto la echa de menos. De pronto, todas esas semanas sin ella pesan como una tonelada. Sus ojos se llenan de lágrimas, tiene ganas de decirle a Emma que siente haberla alejado de ella, que se arrepiente, que tendrían que haber superado lo que fuera que ocurriese entre las dos, y no separarse así. Que su ausencia había provocado un gran vacío en su vida y que jamás se había sentido tan perdida.

—Mara, ¿estás bien?

Las palabras de Emma la aturden, pero le devuelven una vez más a la realidad. No se ha dado cuenta, pero, en algún momento, ha dejado caer el paraguas. Por eso Emma la mira con cara de preocupación, y es entonces cuando Mara toma conciencia de que está empapada. También

comprende que hay algo en su mirada y en las lágrimas que se mezclan con la lluvia que ha dejado a Emma de piedra. Pues esta ni siquiera ha hecho un gesto para recuperar el paraguas y devolverlas a ambas de nuevo a esa burbuja.

Quiere responderla, quiere decirle que no, que no está bien. Que la extraña hasta teniéndola delante, que no puede más con todo lo que siente por ella. Pero, en lugar de eso, Mara se lanza hacia los labios de Emma, rojos por el frío y empapados por la lluvia. Siente que va a llegar, que el rechazo está ahí, que Emma la empujará para apartarla y que, una vez más, todo se habrá ido al traste. Pero, el momento nunca llega. Los brazos de Emma no la empujan, sino que la rodean, haciendo que sus cuerpos acorten la poca distancia que queda entre ambas. Mara no lo entiende, no es capaz de comprender lo que pasa hasta que los labios de Emma se abren a ella y entonces por fin se da cuenta de que Emma le está devolviendo el beso. Su cuerpo al fin parece reaccionar y sus brazos la obedecen rodeando a Emma con todo el amor que hay en ellos.

Ninguna de las dos advierte la lluvia que les cala hasta los huesos. Emma no sabía cuánto necesitaba besar a Mara y ahora que están unidas de esta manera, desearía no soltarla jamás. Se siente idiota por haber perdido el tiempo, por no haber solucionado antes lo que había entre ellas y por haber alejado a Mara de esa manera. Ahora, sin embargo, se siente afortunada. Acaba de entender que no está todo perdido. Había vuelto a Granada convencida de que jamás podría tener una oportunidad con Mara y que lo máximo a lo que podría aspirar era a recuperar su amistad. Sin embargo, este beso inesperado ha llenado su alma de esperanza.

Cuando ambas se separan para respirar, la sonrisa de Emma es tan grande que Mara siente que ilumina la plaza donde se encuentran mucho más que el árbol de Navidad. Sin poder remediarlo, Mara le devuelve la sonrisa de manera natural.

Tienen muchas cosas de que hablar, ambas lo saben. Pero, en ese momento, con el agua desdibujando Granada a su alrededor, y después de haberse besado con todas las ganas de una vida acumulada, las dos tienen la certeza de que todo saldrá bien.

Flor de Pascua (parte 1)

La flor de pascua tiene sus raíces en México, donde los aztecas la consideraban un símbolo de pureza. En sus ceremonias religiosas, usaban sus brillantes hojas rojas para representar la sangre sacrificada a sus deidades. El significado de la flor de pascua puede variar ligeramente según la diversidad cromática, cada color tiene su propio significado simbólico. El rojo, el tono más icónico, representa la vida y la pasión.

Amelia y Diego llegan a la casa donde está Assane a eso de las seis de la tarde después de recoger la cena que han encargado para esa noche. Amelia no puede evitar sonreír cuando descubre que Assane ya está vestido para la ocasión. Han quedado con los demás a eso de las ocho y media y tienen tiempo de sobra para decorar, vestirse y arreglarse. Pero ella intuye que Assane está demasiado nervioso por la llegada de alguien en particular y le hace gracia ver a un hombre tan serio estresarse por algo tan banal como la imagen.

Assane lleva días pensando en qué ponerse, cosa que de normal apenas le importa. Como siempre viste con ropa oscura, vaqueros rasgados y camisetas de algún grupo, al final optó por ir a comprar algo diferente. Así que, aquí está, con una camisa de cuadros de franela con la que está seguro de que parece un guardabosques canadiense, y unos vaqueros negros impolutos y sin un solo rasguño. No sabe si esto le sienta bien o si parece idiota, pero ha decidido no dedicarle ni un pensamiento más, porque se ve capaz de encerrarse en la habitación y no salir.

Emma y Mara llegan media hora antes de lo establecido, y terminan de ayudar a colocar las cosas de la mesa y a terminar con alguna que otra decoración. Amelia, que las tiene más que caladas, nota que algo ha cambiado para bien entre las dos en cuanto las ve llegar.

—Qué casualidad, —les dice mientras las tres ponen cosas de picar en la mesa—, habéis llegado a la vez. ¿Os habéis encontrado en la calle?

Amelia sabe de sobra que no, que si estas dos han venido juntas es porque hay algo más, pero le divierte incomodarlas.

—Sí, eso es —miente Emma con descaro y sin inmutarse—. En la mismísima puerta nos hemos encontrado.

Amelia, que sabe que Mara es la verdadera referencia que debe tener en cuenta, pues no sabe mentir, esconde una sonrisa al ver que Mara se sonroja y agacha la mirada. Amelia no sabe exactamente qué ha pasado, pero desea que esta vez ninguna de las dos meta la pata. Por lo pronto, esta noche, se lo pasará bastante bien incordiándolas.

Cuando vuelve a sonar el timbre, de forma sistemática todos los ojos se vuelven hacia a Assane. Nadie habla del tema, pero todos los saben, aunque él no parece reparar en las miradas que le siguen. Pues, en cuanto ha sonado el timbre, y teniendo en cuenta que la única persona que queda por llegar es Min-ho, Assane se ha precipitado hacia el telefonillo para abrir.

Emma, Mara y Amelia se han acercado las unas a las otras de manera instintiva, con la firme intención de cuchichear.

—Parece un osito asustado —dice Emma—. Es adorable.

—Pues a ver en qué condiciones llega Min-ho, —añade Amelia riéndose por lo bajo—, pues ese tonto vive convencido de que Assane no siente nada por él.

—¿Desde cuándo nuestro amigo es tan idiota? —Suelta Mara provocando la risa de las demás.

Assane, que en cuanto ha abierto por el telefonillo se ha quedado pegado a la puerta esperando a que Min-ho llegue, se sobresalta cuando este golpea la puerta con los nudillos. Todos en la sala, incluido Diego, aguantan la respiración.

Cuando Assane, de manera bastante torpe, abre la puerta, un Min-ho resplandeciente aparece en el umbral.

—¿Está nevando?! —grita Emma entusiasmada.

—Según mi pelo, sí —responde Min-ho señalando su cabeza, y sacudiéndose la nieve acto seguido.

Es cierto que está nervioso, es cierto que su corazón late a mil por hora ante la mera presencia de Assane, también es cierto que se ha tirado desde ayer pensando en su *outfit*, pero, ante todo, lo más cierto es que no tiene la fuerza de voluntad para sobrevivir a esta noche. Es más, ha decidido que, si esquivo su mirada podrá salir vivo y no sucumbir a sus nervios. Y ha sido relativamente fácil cumplir con ese objetivo, ya que, aunque Assane es quien ha abierto la puerta, a quienes él ha visto nada más entrar ha sido a sus amigas. Así que decide focalizarse en ellas, caminar hasta llegar a su altura, decir un «hola» en voz alta para todo el mundo y no mirar, ni tan siquiera una vez, a Assane.

«*Putain, mon coeur bat la chamade*», se dice Assane a sí mismo en cuanto Min-ho aparece en la puerta. Y es que el corazón le va a mil revoluciones por segundo. Casi ni se molesta cuando ve que Min-ho ni siquiera le mira y cruza el umbral directo hacia sus amigas, pues si este le hubiera mirado a la cara no hubiera podido disimular su expresión de desilusión. Lleva tres meses fantaseando con la idea de volver a verle, y aunque pensaba que estaba preparado para ello, no era cierto en absoluto.

Min-ho ha cambiado el color de su pelo. Ahora es completamente lila, y lo tiene algo más largo que cuando se vieron en verano. Ese color resalta contra la palidez de su rostro y Assane siente que se le corta el aire. Hace ya tiempo que ha asumido que Min-ho le gusta de cualquiera de las maneras. Le conoció con su pelo oscuro, le ha visto con el pelo rubio, y ahora no puede evitar pensar que nada le haría más feliz que seguir viendo durante el resto de su vida como Min-ho se cambia el color de pelo una y otra vez. «*Putain*», murmura.

Sus amigas le han rodeado para abrazarle y llenarle de besos. A sabiendas de que nadie le observa, Assane se detiene a mirar la escena. Min-ho tiene las mejillas encendidas y se ríe mientras sus amigas le obligan a quitarse la chaqueta y la bufanda. Es por eso que nadie le presta atención a él, y también es por eso que nadie es testigo de la expresión de su cara cuando descubre lo que Min-ho esconde debajo de su abrigo.

Lo sabe, es una certeza y no una duda, la sudadera que Min-ho lleva es aquella que él le prestó diez años atrás en Seúl. Lo sabe porque era una edición limitada de su marca favorita que le regaló su tío (con los puños y el cuello de color lila) y que sólo se vendió en París en el invierno del año 2012.

Su mente empieza a elucubrar hipótesis a gran velocidad. ¿Habrá escogido esa prenda a propósito? ¿Acaso recuerda quién se la dio? Assane quiere creer que sí, pero, después de hablar con Min-ho varias veces durante esos meses por todo el tema de la página web, está convencido de que este no siente nada por él. Todas sus conversaciones han sido frías y meramente laborales. Si después de lo que ocurrió la última vez que se vieron, Min-ho hubiera deseado llegar a algo más con él, habría lanzado señales. Cosa que no ha ocurrido nunca. Por eso Assane siente que persigue algo imposible y aun así, no puede dejar de hacerlo.

Pero ahora, al ver la sudadera todo se desmonta en su cabeza. El color del pelo combina con el de los puños y el cuello de la propia sudadera y Assane fantasea con que todo sea de verdad una indirecta. Pero luego recuerda que Min-ho ni siquiera le ha mirado, y vuelve a poner los pies en la tierra. Ha quedado claro que Min-ho es alguien coqueto, que se preocupa por su imagen, y pensar que su cambio de look se debe a él mismo, no es más que mera egolatría. Se alegra de que nadie le haya visto reaccionar, porque así logra recomponerse y volver a ser la roca hermética que siempre es.

Min-ho siente un alivio enorme al ver que sus amigas lo arropan en un momento tan delicado para él, pues las bromas y carantoñas con las que le reciben hacen que su tarea de evitar a Assane se vuelva más liviana. Pero, es una pena que Min-ho no se haya percatado de la reacción de Assane cuando sus amigas le han quitado el abrigo. Si le hubiera mirado, aunque fuera un segundo, se hubiera dado cuenta en el acto de que Assane no podía quitar los ojos de él. Es más, Min-ho se ha distraído tanto con sus amigas, que él mismo ha olvidado la prenda de ropa que ha seleccionado especialmente para hoy. En cuestión de un instante, ha borrado de su mente ese dato.

—¡Hola, Min-ho! —Saluda Diego al llegar de la cocina con una bandeja en la mano que posa sobre la mesa del salón. —Assane, ven, necesito tu ayuda.

Su amigo, que parece aliviado de tener una excusa para desaparecer por un instante, acude hacia él con presteza y ambos desaparecen de vuelta a la cocina.

—Bueno a ver, ¡quiero saber! —dice Emma—, ¿qué habéis estado hablando durante estos meses? ¿Ese pelazo que te has puesto? Es por él, está clarísimo.

—No le agobies, Emma —interviene Mara.

—Sentémonos —sentencia Amelia arrastrando a todas hacia la mesa—. Con una copa de vino todo suena mejor.

Y mientras Min-ho, completamente avergonzado, obedece y se sienta junto a las demás, agradece el calor que el vino deja a través de su garganta nada más dar el primer sorbo.

—*Aigo!* Sois muy cantosas, por favor dejad de hacer el idiota y bajad la voz, que están en la cocina, no en la ciudad de al lado —replica él dándole otro sorbo al vino.

—Mira, yo sólo sé que esta noche tenéis que follar —suelta Emma.

Para sorpresa de todas, Mara deja escapar una carcajada. Cosa extraña, puesto que ella suele ser la única que no ríe ante ese tipo de bromas por parte de Emma. Durante un micro segundo, las miradas de Amelia y Min-ho se encuentran y ambos se miran llenos de preguntas. Ninguno de los dos comenta nada, pero ambos saben que están pensando lo mismo.

—¿Y esta sudadera? —pregunta Amelia—. Te queda genial, como todo lo que te pones, pero se me hace rarísimo verte con una sudadera, tú nunca llevas este tipo de prenda, y menos para una noche de etiqueta.

—¿Hablamos mejor de la camisa de Assane? —dice Mara, divertida—. En serio, parece un osito adorable.

—¡Un momento! —Se sobresalta Emma—. Amelia tiene razón, Min-ho NUNCA JAMÁS se ha puesto una sudadera. ¡¿No me digas que estamos hablando de esa sudadera?!—

Pero antes de que un azorado Min-ho pueda responder, Diego y Assane vuelven con más platos para la mesa.

—¡Venga, todas a ayudar! —dice Amelia, levantándose de golpe. Sabe que Min-ho está al borde de un ataque de nervios y, además, no quiere que los asientos se queden distribuidos así, tal y como están ahora. Cogará a sus amigas por banda y les pedirá que dejen que Min-ho y Assane se sienten uno al lado del otro.

Al principio la cena transcurre de lo más normal. Todos están hambrientos y charlan animadamente mientras comen, pero ahora Min-ho empieza a notar el peso de los vasos de vino y a sentir que va perdiendo la vergüenza y los nervios, y puede que también el control de sus pensamientos. Pues cada vez que mira a Assane los momentos de aquella fogosa noche en Francia vuelven a su cabeza de manera nítida provocándole sudores fríos.

—Bueno, ¿y qué tal va el negocio de las ilustraciones de Min-ho? —pregunta Emma directamente a Assane—. He visto la web, es preciosa. Lo que más me gusta es la ilustración del árbol de cerezo en flor. Ay, es que siempre me ha gustado ese dibujo tuyo —añade señalando a Min-ho—. ¿A ti te gusta Assane?

El susodicho se atraganta con una gamba que trata de volver a tragar de la manera más digna posible. Y no puede evitar pensar que esa chica siempre le saca de sus casillas.

—Eh, oui, oui. Por supuesto. Claro que me gusta.

—Pues el negocio va mucho mejor de lo que puedas imaginar —dice Amelia hablando en nombre de Min-ho que sabe que no abrirá la boca—. Sus ilustraciones se venden como churros, tanto que ya no necesita trabajar donde su tío. Y, aun así, sigue yendo a echar una mano.

—¿En serio? —dice Emma realmente impresionada.

—Oui —ahora es Assane quien responde. Pues ya se ha recompuesto y las mira a ambas con un orgullo nada disimulado en su expresión—. Las ventas son increíbles, y a partir del año que viene empezará a vender más productos con esas ilustraciones. Como agendas, y cuadernos. Hemos conseguido hasta algún contrato con editoriales para ilustrar libros. Y estoy mirando para que también podamos hacer tazas y bolsas de tela.

—¡¿Cómo?! —exclaman las tres amigas a la vez, fingiendo que no tienen ni idea. A todas les parece adorable el entusiasmo y el orgullo con el que Assane habla de Min-ho. Este, a su vez, se muerde las ganas de decirle a Assane que sus amigas ya lo saben.

—Pero, ¿cómo es que no nos habías dicho nada? —pregunta Emma, alargando demasiado la broma.

La verdad es que Min-ho, a pesar de que sus amigas están fingiendo mientras le miran con burla en los ojos, se siente muy feliz. No esperaba que Assane fuese a hablar con tanta pasión y

cariño de su trabajo. Lo único que puede hacer es sonrojarse y desviar su mirada a la mesa.

Durante un rato siguen hablando sobre el éxito de Min-ho, continúan comiendo y bebiendo, pero tanto Diego como Assane están cada vez más nerviosos, pues han planeado con Amelia, contar sus nuevos planes de futuro cuando lleguen al postre, y ese momento está cada vez más cerca.

Durante un rato Amelia y Diego bromean sobre lo duro que es mantener una relación a distancia, cosa que desanima bastante a Min-ho internamente. Pero este no sabe que lo que en verdad sucede es que ambos están desviando la atención del bombazo que van a soltar después.

Aunque todo eso queda eclipsado cuando, Emma, bastante más borracha de lo que estaba al principio, vuelve a volcar toda la atención en Min-ho.

—Min-ho, te veo especialmente bello y hermosísimo esta noche. De verdad te lo digo, —dice señalándole y derramando el vino de su copa al hablar—. De verdad, amigo, todo lo que te pones te queda bien. Incluso esa sudadera que no te había visto en la vida. ¡Qué bonita! ¿De dónde es? ¿Se trata quizá de un regalo?

Min-ho que no lo ha visto venir porque estaba convencido de que ya no sería el centro de atención en lo que quedaba de cena, se pone como un tomate y empieza a balbucear una respuesta ininteligible, mientras mira a su plato pensando en que ojalá le tragase la tierra. Pero todo se detiene, incluso el aire de sus pulmones, cuando la mano de Assane se posa sobre la suya por debajo de la mesa. Sin poder evitarlo, un torrente de cálida energía mana de su corazón calentándole el cuerpo. Se gira para mirarle, sin saber muy bien qué esperar. El gesto de Assane parece simplemente una suerte de consuelo, como si supiera lo incómodo que se siente ahora mismo. Pero, si es así, eso significaría que Assane ha reconocido la sudadera y que, por tanto, ha comprendido que el hecho de que la lleve no es mera casualidad. Eso le hace plantearse demasiadas preguntas, aunque no formula ninguna de ellas en voz alta. Sólo puede mirar al chico que le gusta, perderse en sus hermosos ojos dorados, y rezar porque no separe su mano de la suya.

Assane, por su parte, acaba de comprender, tras la reacción de Min-ho, que lo que sospechaba, o más bien, lo que deseaba, era cierto. Que Min-ho, su Min-ho, se acuerda de a quién pertenece esa sudadera y que el hecho de que esta noche la lleve no es ninguna casualidad. Por eso su cuerpo se ha movido de manera involuntaria girándose hacia él y su mano ha volado directa a la suya. Porque la esperanza que ha crecido en su pecho lo ha inundado todo de una fe desbordante. De pronto parece que sólo ellos dos estén en ese salón. Incluso cuando Assane dice:

—*Oui*, es un regalo. Yo se la di.

CAPÍTULO 24

Flor de Pascua (parte 2)

Como la flor de pascua que florece en invierno, el vínculo del amor es eterno y lleno de luz en los días más oscuros.

El tiempo parece haberse detenido alrededor de ellos. Assane ha respondido a la pregunta de Emma sin apartar la mirada de Min-ho, pero, en realidad, lo que esa respuesta representa no es sino un rayo de esperanza para los dos. Ambos lo saben, por eso se hablan con la mirada. Los dos entienden que algo ha cambiado para siempre, y de pronto, desearían poder estar en otro lugar, a solas, hablar y decirse todo lo que ambos se mueren por decir.

—Me puto muero de lo monos que sois —dice Emma, dando un golpe a la mesa y el último trago a su copa, para, acto seguido, servirse otra.

Este comentario hace que el hechizo entre Assane y Min-ho se rompa provocando que ambos vuelvan a sentarse rectos en su sitio. Assane haciendo esfuerzos por fingir indiferencia y Min-ho ya casi morado de la vergüenza. Aunque a estas alturas, ya nada le importa, ni siquiera las tonterías de Emma. No, nada le puede preocupar, porque Assane acaba de darle algo que antes no tenía: esperanza. Y por si eso no fuera suficiente, su chico francés no ha apartado la mano de la suya, sino que la ha apretado con más fuerza cuando se ha recolocado en el asiento. Y ese gesto, aunque nadie más lo esté viendo, lo es todo para él.

Amelia, que siente que hay cierta injusticia en el hecho de que siempre sea Emma la que se divierta a costa de todo el mundo, ha decidido que es el momento de vengarse.

—¿Y tú, Emma? ¿Qué tal en Madrid? ¿A cuántas chicas te has tirado? ¿O es que ya has abandonado esos hábitos? — Amelia se arrepiente un poco en cuanto ve la cara de Mara, pues ese comentario no le hace especialmente gracia. Aun así, quiere llevar a Emma hasta el límite para que no le quede más remedio que confesar.

—¿Y eso me lo dices tú? —replica Emma, nerviosa, sin dejar de mirar de hito en hito a Mara—. No es que haya sido yo la más picaflor de este grupo, querida.

—Sólo es mera curiosidad —añade Amelia dando un sorbo a su copa y disfrutando de lo encendido que se ha puesto el rostro de su amiga.

—Para tu información, he sufrido una especie de renacer en mi vuelta a Madrid —explica exagerando la pronunciación de las palabras que el alcohol le impide verbalizar bien—. Sí, eso es. Un renacer, en cuerpo y alma. Soy otra mujer, más guapa, más lista, y más FIEL —puntualiza mirando a Mara. La situación es tan cómica, que, hasta Diego, Min-ho y Assane se aguantan las ganas de reír.

—Ah, ¿sí? Pues, enhorabuena, —sigue Amelia. —Nunca pensé que viviría para ver algo así. Qué afortunada será la mujer que se enamore de ti.

—¡Afortunadísima! Soy una bendición, una reina bajada del cielo. Soy lo mejor que le puede pasar a esa persona — pero entonces, ocurre lo más inesperado del mundo. Porque Emma, ha pronunciado esas palabras sin creérselas y mirando a Mara con una culpabilidad terrible en la mirada, y ahora comienza a gimotear y las lágrimas lo inundan todo de repente—. ¡No es verdad! ¡No soy un partidazo! ¡Yo soy la afortunada! —Emma ahora habla por completo girada hacia Mara, y las demás personas de la mesa observan con atención y asombro este giro de los acontecimientos—. Soy lo peor, un infierno. Bueno, era. Ya no, ya no lo seré —balbucea—. Te cuidaré como el tesoro que eres, el más sagrado de todos los tesoros del mundo mundial —añade cogiendo las manos de una Mara cada vez más impactada—. Nunca seré digna de ti, pero haré lo posible por merecerte. El beso de ayer fue INCREÍBLE.

—Emma... —suplica Mara algo avergonzada, aunque bastante radiante.

—No, de verdad. El mejor beso del universo, de aquí a la luna. ¡Todos tus besos han sido los mejores de mi vida!

—Emma... —vuelve a insistir Mara.

—Y el sexo que hemos tenido ha sido buenísimo, ¡pero el que vamos a tener a partir de...!

Mara, desesperada por callar a Emma que parece desatada, se ha abalanzado sobre ella y le ha tapado los labios con un beso.

El silencio se instala en el gran salón y cuando ambas se separan, el corazón de los presentes se ensancha al escuchar que Emma dice, muy bajito:

—Te quiero.

Todos están seguros de que Mara siente lo mismo, pero la pobre está tan en *shock* y siente tanta vergüenza por la situación y por ser el centro de atención, que saben que no dirá nada. Diego siente que tiene la obligación de romper el momento para salvarla, y sin pensar demasiado en lo que está haciendo, dice:

—Assane y yo nos venimos a vivir a Granada.

La noticia cae como una bomba, provocando que todas las caras se giren hacia él. Bueno, al menos ha logrado sacar a Mara del apuro.

—¡¿QUÉ?! —preguntan, Mara, Emma y Min-ho a la vez.

Assane y Amelia le miran con la diversión pintada en el rostro. Pues no se imaginaban que la conversación iba a resultar así, y menos por cortesía de Diego.

—Sí —dice Amelia con convicción.

—Un momento, ¿tú lo sabías? —pregunta Mara, que parece haber recobrado el habla.

—Sí, llevo tres meses preparando todo con ellos.

—Pero vamos a ver, —dice Emma, que casi ha recobrado la sobriedad por el susto—, ¿es que el amor os ha vuelto a todos idiotas?

—Mira quien fue a hablar... —replica Amelia.

—Un poco sí, —se sincera Diego sin vergüenza—, pero no es lo que estáis pensando. No nos venimos a vivir aquí sin más. Vamos a montar aquí otro hostel para nuestra franquicia. Hace ya mucho tiempo que Assane y yo queríamos intentar abrir uno en España, y, debido a los últimos acontecimientos, ambos hemos creído que no podría haber un lugar mejor que Granada.

—En serio, esto es tan moñas que podría potar. Pero en realidad, me alegro —dice Emma.

—¿Y cuándo venís? —pregunta Mara. —¿Dónde estará el hostel?

—Aquí mismo —responde Diego levantando las manos para englobar todo el salón.

—¿Cómo? —balbucea Min-ho que es quien más impactado está.

—*Oui*, —responde Assane, no sin antes carraspear de los nervios—, hemos comprado esta gran casa para hacer de ella un hostel.

Sus manos aún están entrelazadas bajo la mesa, y como Min-ho parece incapaz de reaccionar a nada, Assane le aprieta con fuerza como para tratar de confirmar que lo que dice es cierto.

Todo el universo de Min-ho se ha sacudido en un segundo. Vino a la cena con su estúpida sudadera y sus ilusiones casi apagadas, y en cuestión de unas horas, todo eso ha sido sustituido por una felicidad tan desbordante que ni siquiera es capaz de reaccionar. Y no cree que sea capaz de hacerlo hasta dentro de muchas horas más. Lo único que puede hacer es sonreír como un tonto.

—Bueno, pues supongo que habrá que brindar por ello, ¿no? —dice Emma cogiendo otra botella de vino y sirviendo a todo el mundo sin darles tiempo a responder—. ¿Chin, chin? —pregunta alzando su copa—. O bueno, ¿cómo se dice en francés?

—*Santé* —responde Assane mucho más animado tras ver la sonrisa de Min-ho y cogiendo su copa para levantarla también.

—Pues eso, venga. *Santé!* —grita Emma.

Y mientras todos le imitan y el entrecuchar de las copas llena la sala, Min-ho empieza a sentir un enorme cosquilleo en la boca del estómago. Como un arroyo burbujeante que le llena de una vida inesperada. Como acto reflejo y como manera de anclarse a esta nueva realidad que quiere recibir con los brazos abiertos, aprieta una vez más la mano de su hermoso chico francés y deja que el vino recorra su garganta calentándole el corazón.

CAPÍTULO 25

Amancay

Se dice que las flores de amancay son las gotas de sangre que derramó una mujer ante un gran amor imposible que había en su tribu, Quintral, el hijo de un gran cacique. Ese amor quedó marcado cuando él enferma y Amancay encuentra como remedio, según la leyenda, una flor en lo alto de la montaña. Un despiadado cóndor le dice «esto tiene que ser un sacrificio: yo te doy esa flor, pero tú tienes que dejar tu corazón». Cuando se lleva el corazón de la joven, las gotas que fueron cayendo de su sangre llenaron estos valles de esas flores amarillas testimoniando el amor que ella sentía.

La casa, que hacía escasos minutos bullía de actividad, ahora está sumida en un escrupuloso silencio, tan sólo roto por el ruido de algún radiador oxidado.

Assane ha salido al porche, a pesar del frío, para despejar las ideas. No tiene muy claro cómo se siente en estos momentos. Una parte de él está eufórica por esta nueva aventura, y otra parte está temerosa. No sabe del todo cómo interpretar las señales que ha recibido por parte de Min-ho esta noche, pero al menos ahora sabe que tiene mucho más tiempo por delante para tratar de acercarse a él y averiguar si entre ellos es posible que nazca algo.

Cuando el frío le ha calado hasta los huesos, Assane decide que es suficiente y vuelve a entrar, pues el muy valiente ha salido sin su abrigo y no ha durado ni diez minutos bajo la nieve.

Al abrir la puerta, trata de hacer todos sus movimientos a oscuras, pues no recuerda dónde está la luz de la entrada ni tampoco ha cogido su móvil. Así que, a tientas y de la manera más silenciosa posible, Assane avanza a ciegas guiado por la poca luz que las farolas de la calle arrojan a través de las ventanas. Por eso casi se muere de un infarto cuando choca con algo que claramente es una persona.

—*Putain!* —Murmura de manera inconsciente.

—*Mianhae!* —Susurra alguien con una voz dormida.

—¿Min-ho? —pregunta Assane con el corazón a mil revoluciones.

—¿Eh? —Min-ho parece estar aún medio dormido.

Él, que sí que lleva su móvil, enciende la linterna, enfocándose sin querer a sí mismo, y entonces Assane puede ver su expresión somnolienta. Min-ho que se ha apuntado a los ojos con esa luz cegadora sin querer, deja caer el móvil del susto y termina de despertarse.

—*Aigo!* —dice ahora más espabilado, maldiciendo porque el teléfono le ha caído en el pie—. Lo siento. Sólo quería agua, no encuentro la cocina, he olvidado dónde está.

Assane, que siente que no tiene el control de ninguno de sus sentidos, tiene la certeza de que, en estos momentos, no hay nadie en todo el planeta tierra que le pueda parecer más entrañable que Min-ho. Tiene los ojos hinchados por el sueño y el cansancio, la marca de la almohada en un moflete y los labios fruncidos por la frustración de no encontrar la cocina desaparecida. Como si esa cocina fuera la culpable y no su propia memoria y desorientación.

—Ha debido moverse para que no la encuentres —bromea estúpidamente Assane.

Cuando está delante de él las ideas desaparecen de su cabeza y pierde la capacidad de hacer o decir cosas coherentes. Min-ho, que, a pesar de estar más espabilado, sigue aún con el cerebro en la cama, le mira sin comprender de qué le está hablando.

—Sígueme, anda, te llevaré —termina diciendo Assane, agachándose para recoger el móvil del suelo, y rogando porque Min-ho olvide su estúpido comentario y no perciba cómo le arden las mejillas.

Assane echa a caminar rumbo a la cocina y al mismo tiempo nota que Min-ho, a su espalda, le agarra del borde su camisa de franela para guiarse tras sus pasos. Assane hace esfuerzos titánicos por no girarse hacia él y por ignorar el vuelco que ese pequeño gesto le ha dado al corazón.

Con la linterna del móvil como faro, ambos llegan a la cocina y Assane se apresura a prepararle un vaso de agua.

—Gracias —murmura Min-ho a la vez que coge el vaso y se lo bebe de un trago—, casi no he bebido nada, pero el alcohol me da una sed terrible. Me he despertado con la lengua tan pegada que he salido al pasillo casi sin abrir los ojos. —Añade sonriendo ante la idea y frotándose los mismos como para tratar de espabilarse un poco más.

Assane se siente incapaz de decir nada. Su cuerpo permanece quieto, pero en su mente se imagina a sí mismo atrapando la mano de Min-ho y tirando de ella para acercarle hasta él y besarle sin ambages. Pero Assane no quiere asustarlo y, sobre todo, no quiere hacer nada hasta que no esté seguro de lo que siente el propio Min-ho. Después de todo lo que ha ocurrido en la cena, esto requiere (como mínimo) una conversación, lo sabe. No un de acto impulsivo.

—Vuelvo a la habitación, ¿vienes o te quedas? —Assane sabe perfectamente que ese «vienes», Min-ho lo ha dicho porque ambas habitaciones están una junto a la otra y el camino es el mismo, no porque esté insinuando que le acompañe a su propia habitación. Y, aun así, una vez más, el corazón se le descoloca de sitio.

—Voy —es lo único capaz de responder.

Ahora es Min-ho quien guía la marcha, móvil en mano para alumbrar el camino. Assane le sigue de cerca. Perdido en su espalda y preguntándose si sería raro que él también le sujetase a Min-ho de la camiseta para no perderse, aunque no lo necesite. No debería ser extraño, ¿verdad? Es un gesto banal, sin intenciones. Algo que no podría malinterpretarse de ninguna de las maneras, ¿no? Pero para cuando Assane se decide a alargar la mano, Min-ho se gira de golpe y le mira de nuevo con aire adormilado, como si se hubiese ido quedando dormido mientras caminaba.

—Buenas noches —dice este antes de meterse en su habitación, cerrar la puerta y dejar a Assane plantado en el pasillo.

Él ni siquiera se ha dado cuenta de que hubieran llegado a su destino. Por un momento pensó que el tiempo se había detenido en la espalda del chico al que no puede sacarse de la cabeza. Y de pronto, este absurdo golpe de realidad le hace recobrar los sentidos y, de forma inesperada, perder la cordura.

Por eso no se reconoce a sí mismo cuando, en un arrebató abre la puerta que le acaban de cerrar en las narices, e irrumpe bruscamente en la habitación de Min-ho.

Su acción pilla por sorpresa tanto a Min-ho como al propio Assane que, tras cerrar la puerta, lo único que hace es quedarse plantado en el sitio con la respiración agitada y sin decir ni media palabra. Min-ho está junto a la mesita de noche, con la pequeña lamparita encendida, y, por lo que parece, a punto de poner a cargar su teléfono. Sin embargo, mira a Assane mucho más despierto de lo que ha estado hace momento.

—Esta es mi habitación —dice con voz temblorosa. Pues sabe que Assane no se ha equivocado.

Y lo sabe porque ha reconocido esa mirada, aunque sólo la haya visto una vez. Es la misma que tenía aquella noche en Sète. Una mirada cargada de deseo y determinación. Pero, en esta ocasión, Min-ho no siente felicidad ante esa mirada, sino miedo. Porque no quiere que se repita, no quiere que una noche de pasión le pierda para que después no haya absolutamente nada. Assane tiene todo lo que él desea, y si esto tiene que pasar entre ellos una vez más, no debe ocurrir hasta que ambos hayan hablado y aclarado hacia dónde van las cosas. Porque Min-ho no quiere sufrir, y siente que, si Assane no le corresponde de verdad, su sufrimiento no tendrá medida. Por eso, cuando su chico francés se acerca apresuradamente hacia él, Min-ho lo único que puede hacer es levantar la mano en alto para frenarlo.

—¡Quieto ahí! —Le dice de manera más valiente de la que había imaginado.

—Min-ho...

—No. No volveré a dejar que ocurra lo mismo. —La mirada de Assane se llena de dolor. Pero Min-ho se mantiene fuerte—. Tenemos que hablar de lo que sea que está ocurriendo aquí, y, claramente no es el momento.

Min-ho sigue hablando, Assane lo sabe, pero ya no puede escucharle. Todos sus temores se han hecho realidad. Para Min-ho aquella noche fue una excepción, y todo lo que ha ocurrido en la cena no eran señales. Se siente ridículo y triste y perdido. Todo a la vez. Pero entonces una de las muchas frases que está pronunciando Min-ho se cuela en la nebulosa de su mente llevándolo de nuevo al mundo real.

—... y yo soy una persona de relaciones serias. Y si piensas que lo nuestro sólo es algo sexual, estás muy equivocado. —Min-ho se siente muy empoderado y como Assane no le detiene, él se va creciendo en su discurso—. Así que, nunca volverá a pasar nada entre nosotros a menos que tú estés dispuesto a implicarte tanto como yo. Porque...

—Estoy dispuesto —le interrumpe Assane de forma abrupta.

—¿Qué? —balbucea Min-ho por completo perplejo.

—Estoy desesperadamente dispuesto.

Y entonces el mundo se detiene de verdad. Min-ho y Assane por fin han comprendido en qué punto están. Y no es por las palabras tan claras que se acaban de decir, no. Es por la forma en la que Assane le pide a gritos con la mirada que le acepte. Es por la manera en la que Min-ho observa y comprende con asombro el amor desmedido que desprenden los ojos de su amado chico francés, el mismo que refulge en los suyos. Y es ahí, en medio del silencio de esa habitación, entre los suspiros de sus dos corazones anhelantes, el instante en el que todo hace clic de una forma tan abrupta, que la única respuesta a todo ello sólo puede ser física.

Por eso ambos rompen al fin la distancia que los separa y Min-ho corre a los brazos de un embriagado Assane que le levanta sin pensarlo y le estrecha contra él enlazando sus labios en el beso más cálido y lleno que haya podido dar en toda su vida. Un beso cargado anhelos, de años de espera y reencuentro. Un beso que se eleva más allá de lo que sus corazones habían imaginado. Y cuando sienten que se ahogan el uno en el aliento del otro, esos mismos labios se separan, reticentes, para retomar el aire.

Min-ho ha entrelazado sus piernas alrededor de la cintura de Assane y las respiraciones agitadas de ambos les hacen bailar en el sitio.

Assane está radiante, sonrío como si acabase de ver el sol salir por primera vez. Y puede que eso sea lo que signifique Min-ho pare él. Puede que de eso se trate precisamente, de que él sea el sol de su universo.

Min-ho se siente tan feliz que no puede evitar reírse. El destino no puede estar portándose tan bien con él. No puede ser cierto, pero al mismo tiempo sabe que lo es. Adora tenerle tan cerca, adora poder mirarle tan directamente a esos ojos color miel y sentir que ahora son un poco más suyos.

Y, aun así, con todo y con eso, Min-ho no puede evitar decir:

—Me debes una conversación.

—Te debo todo lo que tú me pidas —responde Assane besándole de nuevo en los labios. Min-ho vuelve a reír, pues no sabe si será capaz de acostumbrarse a este nuevo Assane tan diligente.

—Hay muchas cosas que me tienes que explicar. Y yo a ti, de hecho. Porque... —continúa diciendo Min-ho.

—Déjame hacerte el amor esta noche y después tendrás todo lo que quieras de mí.

CAPÍTULO 26

Tulipanes rojos (parte 2)

Los tulipanes rojos son como pasiones ardientes que florecen en el fondo del corazón, iluminando la vida con su belleza y amor como una dulce fragancia del sol que acaricia cada rincón del alma.

Min-ho está convencido de que ha vivido una vida plena y feliz, una vida que sabe que ha estado llena de amor y amistad. Lo sabe, de verdad que sí, pero aun así tiene la sensación de estar renaciendo, como si esa vida fuese otra, como si todo comenzara a partir de esta noche. Sabe que después recobrará la cordura, recordará que tiene un trabajo que adora y unas amigas de ensueño. Pero ahora lo único que quiere es perderse en este momento, abrazar este nuevo comienzo y, por supuesto, dejar que Assane le haga el amor esta noche.

No ha contestado a su pregunta con palabras, eso sería imposible. Assane tiene el poder hacerle perder su capacidad de hablar, pero su cuerpo sí ha sabido qué responder. Y mientras su garganta soltaba un jadeo sin permiso, Min-ho se ha aferrado a él con brazos y piernas y le ha devuelto el beso con tanto ímpetu que ha hecho que el pobre Assane se tambalease.

Este, sintiendo que se le otorgaba el derecho de actuar a su antojo, ha recostado a su adorado Min-ho sobre la cama y le ha desvestido con cuidado, deleitándose. En su último encuentro las prisas y el anhelo de los años perdidos le hicieron perder la razón, y aunque sin duda disfrutó de aquello, esta noche necesita recrearse. Desea perderse de una manera distinta. Por eso no deja que Min-ho le desvista a él, sino que se deshace de su molesta ropa en un abrir y cerrar de ojos para poder tumbarse junto a un Min-ho que le acoge entre sus brazos.

Assane se acuerda, sí. Sabe perfectamente cuál es el sabor de su piel, el calor que desprende. Lo recuerda casi tan bien como recuerda la cadencia de sus jadeos o la entonación de sus suspiros. Está convencido de que nunca ha memorizado nada tan bien como todo lo que ocurrió entre ellos aquella noche. Puede que lo único que recuerde con la misma nitidez sea el primer y único beso que se dieron hace diez años.

Min-ho está por completo excitado, las mejillas encendidas y el corazón desbocado. Ver de nuevo el tatuaje de su dibujo sobre la piel de Assane le recuerda que esto que están viviendo es mucho más profundo de lo que puedan imaginar. Está tan deseoso de lo que va a ocurrir a continuación que siente que se le embota el cerebro, como si estuviese en un sueño vaporoso, febril. Tener a Assane desnudo junto a él, e igual de excitado, se le antoja como algo que sólo podría ocurrir en sus sueños. Quizá se trate de eso, puede que esté soñando. Lo único que le hace mantener la esperanza de que todo sea real es que está seguro de que, en su otra vida, en esa que parece haber olvidado, esto ya había ocurrido. Se aferra a esa idea mientras Assane, su bello chico francés con piel de ébano, se pone encima de él y comienza a besarle el cuello.

Assane no sabe si lo que hace es lo que piensa o si lo que piensa es lo que hace. No tiene ni idea de qué va primero, si sus pensamientos o sus besos. Sólo sabe que un deseo cegador lo envuelve todo y que necesita desesperadamente hacer que Min-ho se estremezca de placer. Es

culpa suya, con esa expresión perdida (como si estuviera a punto de desmayarse) provoca que Assane pierda la cabeza. No soporta ver sus labios hinchados, sus ojos entrecerrados, sus mejillas encendidas y el deseo de sus ojos. No lo soporta porque le hace perder el control, y contra eso, Assane no puede hacer nada. Devora el cuerpo de Min-ho como un lobo que lleva meses sin comer. Desciende hacia su erección y la envuelve con sus labios con la firme intención de volverle loco como Min-ho le está volviendo loco a él.

Min-ho siente que se va, se pierde. Es cierto, está renaciendo, como los cuentos dicen que lo hacen los fénix. Esta explosión de placer que le recorre el cuerpo no puede ser de este mundo. Siente que el enorme cuerpo de Assane le envuelve por completo y mientras su dios de ébano le devora, Min-ho de verdad piensa que podría desintegrarse. Que, si Assane sigue así, él podría desaparecer, y lo haría con gusto.

Justo cuando Min-ho siente que no puede más, su dios se convierte en un demonio, que abandona con crueldad su entrepierna para besarle en los labios, y aunque lo desea, también siente que quiere más. Sus quejas silenciosas obtienen respuesta cuando Assane se aparta de él para llevarse la mano a la boca, cubrirla de saliva, y volver a bajarla para introducir un par de dedos en un Min-ho que no puede sino gemir como única súplica de piedad. Aunque una piedad que implora que no se detenga, porque morirá si lo hace.

Assane, que ya ha perdido la voluntad de luchar contra sí mismo (si es que hubo alguna posibilidad en algún momento), se entrega con esmero a la tarea de preparar a su amor, de abrirlo para él, porque, por encima de todas las cosas, y a pesar del deseo que le ciega, no quiere ser brusco, porque no soportaría lastimarlo. Así que no se detiene hasta que siente que Min-ho está listo para recibirle. Y cuando eso ocurre, y antes de perderse por completo, anticipando cómo va a sentirse, Assane respira, coge aire, porque sabe que ahora sí que estará por completo perdido.

Cuando Assane entra en su interior, Min-ho no sabe ni cómo ha logrado ahogar el grito que luchaba por salir de su garganta. Quizá haya perdido de nuevo su voz, o puede que lo que está sintiendo sea demasiado complejo para poder expresarlo con sus cuerdas vocales. Por eso no dice nada y deja que sus jadeos hablen por él. Es consciente de que Assane se ha transformado, de que lo que está viviendo hoy, aunque se parece a lo que ya vivieron, no es lo mismo. Con cada embestida Assane pronuncia su nombre, cada vez más grave, cada vez con voz más ronca. Parece poseído por algo distinto, como si el permiso que Min-ho le ha dado hubiera destapado más capas de las que se veían a simple vista. Y Min-ho lo adora, ama toda esta entrega por su parte. Ama todo lo que está viendo de él esta noche. Y mientras el placer los devora a ambos, siente que el destino no podría haberle hecho un mejor regalo.

Mientras Assane suelta su último esfuerzo antes de que ambos se vayan al mismo tiempo, justo en la última embestida, el corazón le impulsa a decir:

—Estoy dispuesto a darte todo lo que me pidas.

Azucenas blancas al amanecer

La flor de Azucena se asocia comúnmente con la pureza, la inocencia. Es el amor sincero y la honestidad. Es un testimonio del poder de la belleza de la naturaleza y del profundo impacto que puede tener en nuestras vidas, de las muchas maravillas que ofrece.

Una lluvia muy débil baña el centro de la ciudad cuando Assane llega corriendo para coger a tiempo el autobús que le llevará directo a su primera cita con Min-ho. No le importan ni el cielo gris ni el frío del invierno. Desde que la noche anterior ambos se entregaran el uno al otro de la forma tan sincera en la que lo hicieron, Assane siente que es invencible ante las inclemencias del tiempo.

Despertar con Min-ho entre sus brazos ha sido mucho más satisfactorio de lo que habría imaginado. Por un momento ha llegado a pensar que estaba soñando. Pero en cuanto su amado ha abierto los ojos y esa mirada oscura le ha sonreído, sus entrañas se han removido tanto que Assane ha terminado aceptando que lo que ocurría era real.

Una sonrisa enorme le acompaña desde que se han levantado y nada la importa más en este momento que el día que tiene por delante. Un día por completo para pasar con él.

Min-ho ha resultado ser un amante algo vergonzoso y esta mañana, bajo la tenue luz del amanecer, su hermoso Min-ho se ha vestido en silencio, con las mejillas encendidas y la vista clavada en el suelo.

—Anoche no parecía importante que te viera desnudo — le dijo Assane, a sabiendas de que eso le haría avergonzarse aún más.

—Anoche estaba oscuro —dijo Min-ho con las mejillas aún más encendidas.

Aquello bastó para que Assane se levantara de la cama, todo su cuerpo desnudo, y tirase de su adorable amor coreano para que volviera junto a él.

—Pues tendremos que practicar a plena luz del día para que te acostumbres.

La risa de Min-ho, mientras vuelve a caer en brazos de su chico francés, fue la señal que precedió a lo que sin duda se iba a convertir en su nueva actividad diurna favorita.

—Sonríes como un estúpido —dice Min-ho cuando Assane llega a su altura, devolviéndole de forma abrupta a la realidad.

Con la mente distraída no se había dado cuenta de que hacía rato que había bajado del bus y que ya casi había llegado al punto de encuentro de su cita.

Hace tan sólo unas horas que se han separado, pues Min-ho ha exigido que se le concediera tiempo suficiente para volver a casa, ducharse y cambiarse de ropa. Pero a Assane se le antoja como si llevara días sin verle y una enorme sensación de alegría se desprende en su pecho cuando por fin vuelve a tenerle frente a él.

—Estaba pensando en ti —dice Assane sin dejar de sonreír.

—Pues parece un estúpido cuando estás pensando en mí —responde Min-ho sonrojándose una vez más—. Estás empapado, ¿es que no eres consciente de que está lloviendo? —le regaña Min-ho mientras tira de Assane para que se refugie bajo el tejadillo que le protege a él de la lluvia.

—Es que estaba pensando en ti —vuelve a decir Assane a modo de burla. Min-ho no puede evitar reírse.

—Eres idiota.

—¿Soy estúpido o idiota? ¿En qué quedamos?

—Anda, ven y cállate.

Min-ho vuelve a tirar de él para salir a la lluvia al mismo tiempo que abre un paraguas que lleva consigo y que Assane no había visto hasta ese momento. Ese simple objeto hace que su mundo se detenga.

Min-ho se gira hacia él y le mira sin comprender por qué no se mueve.

—*Mon parapluie roux...*

—¿Qué? —Pregunta Min-ho sin comprender.

—Mi paraguas rojo —repite Assane con esfuerzo.

Es ahí cuando Min-ho se queda sin palabras, sus mejillas y sus orejas encendidas una vez más. Lleva tantos años aferrado a ese paraguas, conviviendo con él cada invierno, que casi olvida a quien le pertenece. Durante todos estos años, tanto ese objeto como la sudadera de Assane, se han convertido en una especie de amuletos para él. Y, aunque el jersey lo escogió de manera consciente la otra noche, hoy no ha cogido el paraguas con ninguna pretensión. Sin embargo, el hecho de que Assane lo recuerde, hace que todo su mundo se tambalee y siente un extraño pellizco en el corazón. Lo que no sabe es que Assane siente exactamente lo mismo que él.

—Es sólo un paraguas —trata de justificarse Min-ho sin dejar de parecer un ser adorablemente sonrojado.

—No lo es para mí —responde Assane, mucho más serio de lo que Min-ho se esperaba—. Como tampoco lo es la sudadera. —Min-ho traga saliva—. Los has guardado.

—Sí.

—Diez años.

—Sí.

Min-ho no sabe descifrar la mirada de Assane. Empapado bajo la lluvia, lo único que quiere es cambiar de tema y que el muy testarudo se resguarde bajo el paraguas de una vez, pero las palabras no llegan.

—Diez años —vuelve a decir Assane, con su mirada dorada taladrándole hasta el corazón.

—Sí, diez años. He guardado tu estúpido paraguas y tu estúpida sudadera, diez años, ¿vale? Si tenemos que ponernos sentimentales, hablemos de tu tatuaje. Porque, por si no lo recuerdas...

Pero Min-ho no puede terminar de hablar. Assane, en menos de lo que dura un pestaño, se ha acercado a él, sumergiéndole en un abrazo y besándole con tal intensidad que Min-ho ya no recuerda lo que estaba diciendo ni lo quiere recordar.

—Diez años —murmura Assane en sus labios cuando a duras penas se separa.

—¿Ahora sólo sabes decir eso? —dice Min-ho con el aliento entrecortado y el corazón disparado.

Assane sonríe iluminándolo todo, y por fin, se separa para colocarse debidamente al lado de Min-ho bajo el paraguas.

—Me siento muy feliz —dice Assane con el rostro radiante de alegría—. Mi amado, me ha esperado durante diez años —continúa en tono de burla—. Diez años de total y absoluta pura castidad por amor.

—Ya quisieras... —responde Min-ho haciendo que Assane rompa a reír—. Te tatuaste en el pecho el dibujo que te regalé. Tú ganas en cuestión de moñerías.

—Yo gano en cualquiera de los sentidos —replica Assane con superioridad y robándole a Min-ho otro beso más—. Vamos, amado mío. Hazme descubrir Granada.

Y mientras Min-ho conduce a su chico francés de ruta por la lluviosa ciudad, él no puede sentirse más pleno y feliz. Es cierto que guardó esos objetos con cariño durante diez años. Pero jamás, ni en sus mejores sueños, pensó que fuera a volver a ver a la persona que se los dio. Hoy la vida parece dibujarse bajo un prisma más bonito, y Min-ho siente que, si cogiese el lápiz para ponerse a crear cualquiera de sus dibujos, estos serían capaces de cobrar vida propia.

Cogidos de la mano, y bajo el paraguas que ha protegido con mimo los recuerdos de los dos, ambos disfrutan por primera vez del tiempo juntos. Un tiempo en el que ya no hay secretos, ni miedos, ni preguntas. Sólo honestidad y dos corazones latiendo al mismo tiempo.

Los dos desayunan entre risas en un lugar precioso con vistas a la Alambra. Assane se pierde en los hoyuelos de Min-ho cuando sonríe y se deleita con las cosas que su amado chico coreano le cuenta de su vida durante estos últimos diez años. Cómo empezó a trabajar de camarero en el restaurante de su tío, cómo conoció a sus amigas... Todo. Y Min-ho poco a poco, le va regalando a Assane un pedacito de su historia, de su intimidad, dejando que pueda conocer a esa nueva versión de él que se ha forjado desde que se separaron. Porque, aunque los dos se conocen en realidad ya no. Y eso es precioso, eso hace que Assane sienta que le están invitando a formar parte de algo grande, un lugar en el que se siente tan a gusto que quiere saborearlo. Ama la idea de compartir un pasado tan profundo con Min-ho, de saber que ambos fueron claves el uno para el otro, pero que ahora, en esta nueva etapa, esta nueva oportunidad, todo es también nuevo para ellos. Se siente borracho de felicidad y nervioso como un adolescente.

Mientras la ciudad les engulle, y sus calles les arropan entre puestos de navidad, canciones y el murmullo de las gentes, Min-ho escucha cómo Assane ha pasado sus últimos diez años. Cómo conoció a Diego, cómo montaron su empresa y cómo ha hecho realidad sus sueños. Min-ho se siente afortunado por este regalo, por tener de nuevo a su lado a su chico francés, regalándole los oídos con la historia de su vida. Los bosquejos de unos días que no han compartido juntos pero que siente que ahora le pertenecen un poco más. Toma conciencia de que lo que le une a Assane es poderoso y que la fuerza con la que ha vuelto a su vida, a pesar de sacudirle, le ha colocado en un lugar mejor. Un lugar que se siente cálido y acogedor, un sitio que sospecha que, si se descuida, muy pronto podrá llamar hogar. Y eso es algo, que, hasta la fecha, sólo había sentido con sus amigas. Pensar que Assane pueda convertirse en su refugio y en su compañero, hace que sienta que puede levitar por las calles de la ciudad.

—Vamos, abre la boca —insiste Assane.

—No, por favor, te he dicho que odio los dátiles —ruega Min-ho sin dejar de reír.

La lluvia les ha dado tregua, y hace horas que caminan sin más preocupación que la de no separarse ente el gentío.

Ahora se encuentran en una calle menos concurrida porque a Assane se le han antojado dulces árabes. Pero como la mayoría llevan dátil y a Min-ho no le gusta, la verdad es que no ha sabido recomendarle ningún sitio y han ido a parar al primero que les recomendaba Google.

—¿Alguna vez has probado un dulce árabe? —insiste Assane.

—No, pero...

—Entonces no sabes si te gustan. Ven aquí, lo tienes que probar.

Y mientras Min-ho trata de pelear absurdamente contra Assane, pues este es mucho más grande y fuerte y no tiene nada que hacer contra él, los primeros copos de nieve del invierno se ciernen sobre ellos.

En uno de sus movimientos para tratar de esquivar a Assane, Min-ho se percata de que pequeños copos de nieve se adhieren a los hombros del odioso chico francés que trata de hacerle comer en contra de su voluntad. Y es ahí cuando, precisamente, su voluntad se quiebra. Pues para Min-ho la primera nevada del invierno tiene un significado muy especial. Y mientras Assane aprovecha para, por fin, hacerle probar uno de los dulces (que muy a su pesar está delicioso) Min-ho no puede hacer nada para evitar sonreír como un idiota.

—Sonríes como un estúpido —le dice Assane, parafraseando lo que Min-ho le había dicho por la mañana.

Pero Min-ho no puede decir nada. Porque lo único que piensa es en lo inmensamente cursi que se siente en este momento. Pero no puede evitarlo, no puede no pensarlo. En su país, si la primera nevada te pilla con tu pareja, eso es un buen presagio. Min-ho, que en el fondo, es un idiota romántico, se siente extasiado pero también avergonzado.

—Ahora es cuando te toca decir que estás pensando en mí —insiste Assane medio en broma.

—Claro que estoy pensando en ti, idiota.

—¿A sí va a ser de ahora en adelante? —pregunta Assane acercándose a él para quitarle un copo de nieve de la nariz. —¿Todos tus apelativos cariñosos hacia mí van a oscilar entre: imbécil, idiota y estúpido?

—Te llamaré mi amor cuando te portes bien —responde Min-ho sin dejar de sonreír.

Pero Assane ha cambiado por completo su expresión, y vuelve a mirarle exactamente como esta mañana, clavándole sus ojos dorados hasta el corazón.

—A ver, ¿dilo?

—¿El qué?

—¿Cómo me llamarías si me porto bien?

—Mi amor —responde Min-ho ya sin ningún atisbo de burla en su voz.

Y ahí llega otra vez, esa ola que es Assane, una ola que lo inunda todo con su presencia, con su porte y con su olor. Y mientras los labios de su chico francés le devoran, y la nieve lo va cubriendo todo de blanco, Min-ho toma nota mental de que cada vez que Assane le mire así será la señal que la avise de los besos que vendrán.

—¿Yo también puedo usar apelativos cariñosos contigo? —pregunta Assane a Min-ho en cuanto se separa, un poco a regañadientes, de él.

—A ver, sorpréndeme —responde Min-ho entre risas.

—Para uso diario me gustaría llamarte *mon amour*.

—¿Ningún insulto?

—No.

—Y, ¿cuando estés enojado?

—*Mon amour*.

—Y, ¿cuándo estés triste? ¿Feliz? ¿Cansado?

—*Mon amour* —vuelve a repetir, mientras Min-ho se ríe.

—Y, ¿cuándo me porte bien?

—*Mon amour*.

—Y, ¿cuándo me porte mal?

Entonces Min-ho aprende una nueva lección, pues Assane es capaz de lanzarse a devorar sus labios sin pistas, sin miradas que la avisen de lo que va a venir. Y es ahí cuando decide, que, si la recompensa por portarse mal van a ser los suaves labios de su chico francés, entonces tendrá que portarse mal más a menudo.

Flor de Azafrán

La flor de azafrán menudo se asocia con nueva vida y la llegada de la primavera. Los colores vibrantes de las flores del azafrán, incluidos tonos de púrpura, amarillo, blanco y naranja, también simbolizan la renovación y la belleza de los ciclos de la naturaleza. También se asocian con la felicidad y la alegría.

Mara no recuerda gran cosa de las últimas horas de la noche de ayer. Pero lo que sí recuerda con claridad fue el momento en el que Emma le declaró su amor delante de todos. Y, aunque una parte de ella, sobre todo la más antigua, está feliz, la otra está inquieta. Todo esto es más que nuevo para ella. No se trata solamente del hecho de no haber tenido nunca una relación seria con nadie, sino que estamos hablando de Emma. La chica por la que lleva suspirando desde que tiene uso de razón. Por eso anoche, cuando Emma dijo que la quería, Mara decidió que había llegado el momento de beber y no pensar. Es un poco cobarde, lo sabe, pero la vida no le ha entrenado precisamente para recibir amor incondicional por parte de Emma.

La resaca no se hace esperar. No recuerda cómo llegó a su cuarto ni tampoco en qué momento se despidió de los demás. Sólo sabe que ha amanecido sola en una de las habitaciones del que será el nuevo hostel de Assane y Diego, y sólo espera que de verdad haya dormido sola también. No le gustaría nada haber pasado la primera noche con su chica y haberlo olvidado por culpa del alcohol.

Siente que se muere por levantarse y beberse como poco siete litros de agua, sin embargo, el cuerpo le pesa demasiado. Su móvil vibra y ella lo coge por inercia. Pensado que será cualquier notificación sin importancia. Sin embargo, su corazón se desboca cuando ve el mensaje que aparece en pantalla: «Esta noche te invito a cenar». Es todo lo que pone. Emma nunca ha sido ni será de esas personas románticas y pomposas, y Mara sabe que sus mensajes son cortos, breves y directos. Pero nunca ninguno de esos mensajes le había trastocado tanto. El dolor de cabeza persiste, pero se ha vuelto de pronto mucho más llevadero.

—¿A dónde vas tan corriendo? —le pregunta Amelia cuando ambas se cruzan en el pasillo—. Diego ha comprado desayuno. Aunque bueno, casi es la hora de comer...

Pero Mara no tiene tiempo para ningún desayuno. Lo único que puede pensar es en la cena de esta noche y en hacer lo que sea para pasar la resaca.

—Lo siento, no puedo. Discúlpate de mi parte, y diles a Diego y a Assane que la cena fue una maravilla —responde ella sin dejar de caminar hacia la puerta con Amelia pisándole los talones.

—¿Es que no puedes quedarte ni un minuto?

—Imposible, esta noche tengo una cena —dice Mara cogiendo su abrigo y sonriendo a su amiga como nunca antes.

—Vaya, hace un rato Emma se ha ido por esta misma puerta diciendo exactamente lo mismo —replica Amelia con malicia.

Durante unos segundos ambas amigas se miran en un silencio cargado de comprensión. Amelia sabe bien lo mucho que ha sufrido Mara por Emma, y también sabe lo mucho que se quieren las dos. Se merecen que les vaya bien. Así que Amelia no puede reprimir el abrazo con el que ahoga a su amiga antes de dejarla marchar.

—A Min-ho y a Assane nadie los ha visto irse —dice Diego apareciendo a la espalda de Amelia—, luego Emma se ha marchado corriendo y ahora Mara. Creo que tus amigas son todas unas desconsideradas —dice a modo de burla.

—¿A sí? ¿Eso crees? Pues fíjate que yo creo que han sido la mar de consideradas —responde Amelia girándose hacia él—. Porque, por si no te has dado cuenta, nos han dejado esta enorme casa sólo para nosotros. Lo cual nos deja con un mar inmenso de posibilidades a explorar. —Amelia adora la expresión sonrojada que pone Diego cada vez que ella se muestra tan descarada—. Dígame, caballero. ¿En cuántas habitaciones nos da tiempo a montárnoslo antes de que ninguno de ellos vuelva por aquí?

Diego no responde, no podría. Lo único que hace es tragar saliva y prepararse para lo que viene, pues sabe que las palabras de Amelia no son ningún farol.

Y mientras ambos hacen su particular recorrido de la casa, el día transcurre a toda velocidad para la pobre Mara. La resaca se diluye en cuanto bebe agua y come, y trata de mantenerse hidratada durante toda la tarde. Su actividad principal durante las siguientes horas no es otra que la de elegir cuidadosamente el atuendo.

Se siente como una adolescente y los nervios la devoran. Le hace ilusión que Emma la haya invitado a tener una cita romántica. Siente que ha suspirado por tener algo así durante muchos años, y aunque hubiera aceptado hacer cualquier plan con ella, sólo por el mero hecho de su compañía, para Mara es muy simbólico que Emma haya tenido este detalle. Pues, a pesar de su escabrosa relación sentimental, por encima de todo, han sido amigas. Y Mara le ha contado muchas veces lo mucho que le ilusionaría tener una típica cena de pareja, ya que ella nunca ha vivido ese tipo de cosas.

Cuando, un par de horas antes de la cita, Emma le manda la ubicación del lugar donde deberán encontrarse, Mara no puede evitar dar saltitos de alegría. El lugar es un restaurante japonés que abrió poco antes de que ambas se distanciaran y al que habían prometido ir juntas, pero al que nunca llegaron a ir. Las dos aman la comida japonesa y Mara siente que la noche será perfecta.

Cuando Emma atraviesa la puerta del restaurante y el camarero la lleva hasta su mesa, siente un enorme alivio al ver que Mara aún no ha llegado. Pues ella suele ser más que puntual, y, precisamente en este momento, Emma lo que necesita es estar a solas unos instantes y serenarse, pues los nervios la mantienen inquieta. Quiere que la noche sea perfecta, necesita regalarle a Mara una cena como las que siempre ha deseado. Pero, por encima de todo, quiere demostrarle que hará lo posible, no sólo por redimirse, sino por merecerla. Así que Emma se quita el abrigo, toma asiento, y respira mientras recobra la seguridad en sí misma mientras espera a Mara.

Es curioso porque, nunca antes había sentido tantos nervios en una cita. Ella no es una persona tímida, al contrario, suele ser quien lleve la delantera en cualquier tipo de cita o encuentro. Pero también es cierto que nunca se ha esforzado por estar en una relación real. Esta es la primera vez en su vida en la que se está jugando algo que de verdad le importa.

En cuanto Mara aparece caminando hacia ella a través del restaurante, Emma lo nota. Nota ese tironcito en el corazón que lleva notando desde siempre cuando se trata de ella, pero al que nunca había querido prestar atención. Ahora, sin embargo, todo se llena de eso, de ese sentimiento que Mara genera en ella, y Emma, en lugar de rechazarlo, lo abraza con la firme intención de no soltarlo jamás.

Cuando Mara llega a su altura, tímida pero sonriente, Emma se apresura para ayudarla a quitarse el abrigo.

—Estás deslumbrante —le susurra en el oído, provocando que Mara se sonroje.

—Gracias —responde tímida. Pero antes de poder hacer amago de sentarse, Emma la detiene cogiéndole de la cintura y tirando de ella hasta posarle un dulce beso en los labios—. No sé si algún día lograré acostumbrarme a esto.

—Déjame que ayude —dice Emma robándole otro beso más—. Entrenar la memoria sensitiva es importante. —Y vuelve a besarla.

—Para, por favor —replica Mara sonrojada pero complacida—. Nos está mirando todo el restaurante.

—No nos miran a nosotras, te miran a ti. Estás preciosa.

Mara empuja con suavidad a Emma para que vuelva a sentarse y ella misma también toma asiento, pero no sin dejar de sonreír.

Entre risas y bromas de Emma, las dos echan un vistazo a la carta y piden la comida. Y cuando los platos empiezan a llegar, Emma sabe que ha llegado el momento, que ya no puede retrasar más esa conversación pendiente.

—Mara —dice con un tono serio nada propio de ella. Su mejor amiga, su compañera, la mira con inseguridad, temerosa—. Tienes un corazón tan bueno que, si yo decidiera seguir adelante con lo nuestro sin mencionar ni una sola vez nuestro pasado, tú aceptarías y no sacarías el tema jamás. Pero eso no es justo.

—Emma, no hace falta que...

—No, por favor, déjame hacerlo. Déjame pedirte perdón en condiciones.

—Ya nos conocemos, Emma. Sé cómo eres, no necesito que me pidas perdón. Sé que es algo que te cuesta...

—Y yo sé que es algo que te debo.

El silencio se instala entre ambas y las dos se sostienen la mirada hasta que al final Mara suspira y la mira con una expresión que quiere decir «está bien». Emma coge aire.

—Lamento mucho las cosas horribles que te dije antes de separarnos, pero siento aún más todo lo que te he hecho pasar estos años —empieza diciendo Emma con la voz un poco tomada por los nervios—. Aquel día dije tonterías fruto de la rabia del momento. Pero, el resto de veces no tenía excusa. Me comporté de manera miserable. Durante estos meses he comprendido que me negaba a admitir lo que sentía por ti, pero, eso no quitaba que yo sí imaginaba lo que tú sentías por mí. Y no sólo ha sido egoísta por mi parte ignorarlo, sino que durante mucho tiempo me decía a mí misma que no era mi problema, que no era mi responsabilidad gestionar o responsabilizarme de lo que tú sentías porque yo no lo había provocado. Pero eso también era mentira.

Emma siente que las lágrimas acuden a sus ojos y entonces deja de hablar para contenerlas. No quiere inspirar lástima, ni empañar esta disculpa con una llantina. Quiere ser clara, honesta y asumir su responsabilidad. Y Mara no se merece un espectáculo lacrimógeno. Emma no sabe qué se pasa por su cabeza, pues Mara la observa con una expresión indescifrable. Pero eso no la desmotiva y cuando por fin se siente más tranquila, vuelve a hablar.

—Te pedía que durmieras conmigo, te hablaba de las chicas con las que me acostaba e incluso propicié que nos bañaríamos en alguna ocasión poniendo alguna estúpida excusa sin sentido. No quería que pasase nada real entre nosotras porque me despreciaba y quería algo mejor para ti. Sin embargo, alejarme de ti me resultaba imposible y dejarte ir no era una opción. Me porté como una cobarde egoísta y le hice daño a la persona que más me importa del mundo. No sabía... —pero Emma se detiene. Acaba de ser consciente de que jamás terminará este discurso sin llorar. Siente demasiada culpabilidad como para no hacerlo.

Y mientras Emma fija la vista en el plato tratando de contener sin lograrlo las lágrimas silenciosas que recorren sus mejillas, un calor desmedido atraviesa su cuerpo cuando Mara posa una de sus manos sobre la suya.

—Lo siento —dice Mara sorprendiéndola.

—¿Qué? —murmura Emma.

—Siento no haberme dado cuenta de lo evidente, no haber sido más valiente y haber dado el paso por las dos.

—¿Qué? —repite Emma, incrédula.

—Me seguiste hasta Granada cuando toda tu familia y tu futuro estaban en Madrid. Tienes razón, has hecho cosas estúpidas, me has hecho daño. Pero, en todo este tiempo sin vernos me he dado cuenta de que yo lo sabía. Sabía lo que sentías por mí, lo veía, y veía tu miedo, pero al mismo tiempo no quería verlo porque yo también tenía miedo. —Emma no puede ni siquiera hablar, la emoción la embarga y las palabras de Mara le retumban por dentro—. Siento no haber dado el paso, aunque fuera para una conversación. Siento haber sido tan pasiva cuando hacías cosas que claramente eran una llamada de atención. Sé que quieres castigarte, sé que piensas que todo es culpa tuya. Pero, por encima de todo, nosotras somos amigas. Sé que tipo de persona eres, Emma. Y sé que parece que tú cargas con más peso porque tu personalidad es más fuerte y porque tú has hecho más cosas tanto buenas, como malas. Pero en esto hemos sido idiotas las dos. Y yo muchas veces te he culpado por cosas que, en realidad, partían de mi inseguridad y de mi miedo. Siento no haber sido más valiente y no haber entendido que necesitabas que te rescatara tanto como tú a mí.

Emma no puede dejar de llorar, ni siquiera es capaz de abrir los ojos. Siempre ha creído que Mara era extraordinaria, pero esta compasión, esta sabiduría suya y esta comprensión, la abruman. Y, aunque sigue pensando que no la merece, tiene la certeza de que ya nunca la dejará ir. No volverá a cometer la misma estupidez.

—Te quiero tantísimo, Mara. Te quiero con cada fibra de mi ser —susurra mientras aprieta su mano y la mira a los ojos—. Sé que no he querido jamás a nadie como te quiero a ti, y el peso del daño que te he hecho me acompañará siempre, pero necesito que sepas que deseo cuidarte, que

haré las cosas bien. Que ya no tengo miedo. Necesito que veas lo que de verdad siento. Que me dejes empezar desde el principio.

—Prefiero empezar desde donde lo dejamos —dice Mara con una sonrisa que se extiende hasta sus ojos ahora también empañados—. No quiero borrar el pasado. Quiero conservar lo bueno como la base de todo, y lo malo como el recuerdo de lo que no volveremos a hacer, ninguna de las dos. Quiero todo lo que tiene que ver contigo. Te quiero, Emma.

Ninguna de ellas es capaz de decir nada más, ambas se sujetan la una a la otra con las manos aún apoyadas en la mesa, y las dos tratan de dejar que las lágrimas se vayan y retomar la calma. Emma siente que su corazón va a estallar de felicidad, aún no se cree que lo haya logrado. Que haya conseguido expresarse así y recuperar a Mara. Ella, por su parte, se siente más tranquila y segura que nunca. Ahora que comprende lo que siente Emma de verdad, ya no tiene miedo a nada.

—¿Qué te parece si pedimos que nos pongan el resto del sushi para llevar y nos vamos de aquí? —sugiere Mara con una sonrisa.

Emma se sorbe torpemente la nariz y asiente.

—Es la mejor idea del mundo.

Cuando las dos atraviesan la puerta del piso de Mara a ninguna le importa que la bolsa con el sushi haya terminado en el suelo. Habían comenzado a besarse en el rellano y siguen haciéndolo mientras se desvisten de camino a la habitación.

Ya han estado así antes, por supuesto. Ninguna lo ha olvidado. Ninguna podría olvidarlo. Pero nunca se habían besado ni se habían acostado sin ninguna barrera de por medio, y con todos sus sentimientos expuestos así.

Emma se deja emparar por el amor de Mara y trata de hacerle llegar ese mismo sentimiento a través de sus caricias. Cuando Emma recuesta a Mara sobre su cama, ninguna prenda de ropa las separa. Verla así, desnuda y por completo suya, hace que Emma pierda brevemente la razón. Aún no cree que esto real del todo.

—Ven aquí —dice Mara tirando de ella para besarla.

Este gesto de Mara devuelve a Emma a la realidad y entonces la besa como nunca lo ha hecho antes. Sus lenguas se pelean por demostrar quién de las dos desea más lo que está a punto de pasar. Ninguna de las dos es consciente de que llevan un rato frotándose la una contra la otra hasta que sus propios gemidos inundan la habitación. Emma siente una oleada de calor e, imbuida por un deseo cegador, empuja a Mara contra la cama. Con una urgencia desmedida e impulsada por los jadeos de Mara, Emma comienza a descender por su cuerpo besándolo y devorando todo a su paso. Se ha convertido en un ser despiadado desbordado de pasión, y cuando comienza a lamer los pezones de Mara esta parece perder el control hasta el punto de volver loca a Emma, y entonces empieza a darles pequeños mordiscos con los que Mara se arquea pidiendo más.

Emma desciende hasta la entrepierna de Mara y siente que va a desfallecer al ser consciente de lo que está a punto de hacer, lo que va a provocar. Mientras sigue pellizcando uno de los pezones de Mara con una mano, Emma utiliza su lengua para sumergirse en lo más profundo de Mara. Lame de arriba abajo todo el centro de su ser y cuando Mara comienza a gemir sin control,

Emma introduce los dedos de su mano libre en la vagina de la mujer de su vida. De la mujer que la ha sostenido siempre, que la ha llenado de felicidad durante tantos años y a la que tanto ama.

Y mientras Mara se retuerce de placer en un orgasmo cósmico lleno de felicidad, Emma se siente renacer. Comprende que la diosa que tiene delante, esa misma que se ha quedado sin aire bajo sus caricias, ha sido, y siempre será, lo mejor que le ha podido pasar en la vida.

CAPÍTULO 29

Muérdago

El muérdago se asocia con la fortuna y la prosperidad. Para los celtas esta planta sagrada atraía la buena suerte, y sus druidas colgaban ramilletes de las puertas durante el solsticio de invierno para ahuyentar a los malos espíritus. En la Antigua Grecia y Roma, el muérdago simbolizaba la paz, unidad y reconciliación. Por su parte, la cultura anglosajona compartía estos significados, a los cuales también se añade el de la fortuna en el amor: los rituales con muérdago propician una relación de pareja feliz y duradera.

Amelia está tan enfrascada en los preparativos para la cena de Nochevieja, que no se para ni un segundo a pensar en cómo va a terminar el año, hasta que coloca en el salón el último centro de mesa repleto de muérdago y luces doradas.

Han decidido, igual que en Nochebuena, hacer la celebración en el que será el futuro hostel. Pues en cuanto terminen las fiestas, empezarán a reformar el lugar.

Diego ha salido un momento para ir a recoger el postre que han encargado y los demás no han llegado todavía. Ahora que la enorme casa está en silencio y con toda la decoración de Navidad envolviendo en el lugar, Amelia se toma por fin un momento para pensar. Un instante para reflexionar sobre lo mucho que un pequeño viaje les ha cambiado la vida a todas. Si alguien le hubiera dicho hace meses que aquellas vacaciones improvisadas a Francia cambiarían de manera radical el rumbo de la vida de ella y de todas sus amigas, Amelia se hubiera reído. Ahora, sin embargo, está a punto de cerrar el año de la manera más inesperada y bonita posible.

Ella, que nunca se había imaginado a sí misma con una pareja estable, se sigue sorprendiendo cada vez que cruza la mirada con Diego y su corazón se desboca. Se siente liberada por haber sabido atrapar el momento, por no dejarse llevar por sus prejuicios y no rechazar a una persona que la hace sentir tan viva.

Todos los meses en los que se han estado conociendo y en los que han estado preparando la apertura del nuevo hostel, han pasado para Amelia como un suspiro, pero, a la vez, están tan llenos de recuerdos y momentos que parece que hubiese pasado más tiempo.

—¿Qué haces ahí parada? —pregunta Diego sobresaltándola. Estaba tan perdida en sus pensamientos que ni siquiera le ha escuchado volver a la casa—. Pareces una estatua de piedra alabando al centro de mesa. Te ha quedado bonito, pero no es para tanto —bromea él.

—Estaba pensando.

—¿En qué pensabas? —pregunta Diego, dejando el paquete de la pastelería sobre la mesa y rodeando con sus brazos a Amelia por la cintura.

—En lo mucho que me ha cambiado la vida desde que te conozco.

—Vaya, cuánta intensidad viniendo de tu parte. —Diego bromea, pero lo piensa de verdad. Sabe que Amelia siente cosas por él, es evidente, pero también tiene la certeza de que él está mucho más pillado que ella. Sin contar con que Amelia es dada a expresar su cariño de manera pasional y física más que con palabras.

—Estaba pensando en lo que me haces sentir. En cómo se me acelera el corazón cuando te veo, cuando me abrazas. Estaba perdida en los pocos recuerdos que tenemos de estos meses juntos, que se me antojan muchos y valiosos, pero de los que deseo más. —Amelia se ha girado para mirar a Diego a los ojos y rodear su cuello con sus brazos. Un Diego que permanece en silencio, anonadado por esta súbita e inesperada declaración por parte de Amelia—. No sé cómo se hace esto. Lo de decir cosas bonitas, me refiero. Pero quería decirte cómo me siento antes de que acabe el año. Quiero empezar el siguiente año con la seguridad de que comprendes lo importante que te has vuelto para mí.

—Para no tener ni idea de cómo se hace, estás consiguiendo que me tiemblen las piernas. —Vuelve a bromear Diego, impactado por la declaración, pero también tímido y sonrojado—. En realidad, haces que me tiemble el corazón, Amelia. —Añade con mayor seriedad.

—De eso va esto, ¿no? De lo mucho que nos tiembla todo a los dos desde que nos conocimos. Estoy deseando saber qué nos depara el futuro.

—Amelia...

Pero ella ya ha hablado suficiente. Ahora lo que necesita es besar a su chico argentino, besarle hasta que sus palabras se queden grabadas en los labios de los dos.

Su beso, cálido, dulce y lento, parece durar una eternidad. Un instante que es en realidad breve pero no. Un momento en el que se terminan de decir sin palabras lo que sienten. Pero antes de que puedan pensar siquiera en tomar aire, el ruido de la llegada de todos los demás, irrumpe hasta el salón desde el pasillo. Y ambos se separan a regañadientes.

—¿En serio me dices que en Francia no se toman las uvas? —interroga Emma a Assane mientras ambos aparecen en el salón seguidos de Min-ho y Mara.

—Te lo prometo, no hacemos nada parecido.

—Pues menuda mierda de Fin de año —sentencia ella, provocando que Assane sonría.

—¡Hola, pringados! —saluda Emma a Amelia y a Diego—. Hemos traído todo lo que nos tocaba para la cena. Bueno, lo han traído Min-ho y Mara. Yo no he hecho absolutamente nada. Y el francés tampoco, de hecho. Pero le perdonamos porque conducía.

Amelia, que no puede evitar reírse ante las palabras de su amiga, saluda a los recién llegados y todo el mundo comienza con los preparativos de la cena.

—¿Y tú qué me dices, Diego? —pregunta Emma al novio de su amiga, mientras los dos colocan gambas en una bandeja—. ¿En Argentina coméis las doce uvas o no?

—Me encantaría decirte que no sólo para ver tu indignación, pero te confesaré que sí, las tomamos.

—¡Vaya! Resulta que tienes un puntito, pícaro. Me gusta. ¿Has oído eso, Amelia? —dice alzando la voz para que su amiga la escuche—. He dicho que me gusta. O sea, que le estoy dando el visto bueno a tu chico. Sé que no podías vivir sin ello. Pero tranquila, tenéis mi beneplácito.

—Gracias, Emma. De verdad —responde su amiga—. No pegaba ojo de la preocupación.

Y así, entre risas y conversaciones sobre todo y sobre nada, los seis amigos terminan los preparativos.

—Estás preciosa —murmura Emma a Mara mientras esta termina de colgar muérdago en la guirnalda de una de las ventanas del salón.

—Calla, anda. Me pones nerviosa —responde Mara sonrojándose.

—Te voy a echar tanto de menos cuando vuelva a Madrid que no sé si voy a ser capaz de irme. Tendrás que obligarme.

—No me resultará difícil convencerte de volver —responde esta con seguridad, pero evitando la mirada de Emma.

—Estás demasiado segura de ello —replica ella—. ¿Acaso dudas de mi amor? —bromea.

—No, no dudo en absoluto. Por amor me seguiste hasta Granada.

—Efectivamente.

—Y por amor me seguirás también hasta Madrid —sentencia Mara con una sonrisa, esta vez sí, mirándola a los ojos.

—Quieres decir que por amor me seguirías tú a Madrid. Soy yo quien vive allí, ¿recuerdas?

—Quiero decir que por amor me seguirás de vuelta a Madrid —insiste Mara.

Emma se queda en silencio durante unos segundos, sin rastro de broma alguna en su expresión. Sería, como no lo ha estado nunca desde que volvió a Granada. ¿Acaso Mara está insinuando...?

—¿Qué has dicho? —pregunta Emma con el corazón martilleando en su pecho y la voz entrecortada.

—Que no te resultará difícil volver porque me voy contigo, tonta.

—¿Cómo? —balbucea Emma, pálida por la sorpresa y aún sin creer lo que está escuchando.

—Tú viniste hasta aquí para estar conmigo, y yo quiero volver a Madrid para estar contigo.

Emma sabe que debe reaccionar, decir algo. Pero jamás habría pensado que una noticia que debería aportarle tanta felicidad, la dejaría tan bloqueada. De pronto los monstruos vuelven, esa voz que le dice que ella nunca será suficiente para Mara. Pero, por encima de todo, el ruido ensordecedor de la preocupación. El miedo a que Mara deje atrás su vida actual para perseguir una vida con Emma y que se arrepienta después. No tiene miedo por ella misma, si no por Mara. No quiere que se lastime de ninguna de las maneras. «¿Es esto el amor, entonces?», se pregunta. Pues nunca había comprendido el cálido sentimiento que le provoca la preocupación por el bienestar de la persona amada.

—No lo permitiré —consigue decir al final—. No dejaré que dejes atrás lo que has construido aquí para seguirme. Tienes que hacer lo que deseas...

—Y lo que deseo es volver a Madrid —le interrumpe, Mara—. Vine a Granada a sabiendas de que dejaba las mejores oportunidades de trabajo en la capital. Me vi abrumada y hui. Y tú me seguiste. Y ahora, no sólo me siento preparada para volver a intentarlo allí, sino que, además, tengo el aliciente de tenerte conmigo. Quiero que estemos juntas, Emma. No pienso perder más el tiempo como lo hemos hecho durante estos años. No quiero volver a separarme de ti.

—Pero...

—Pero cállate y bésame de una vez.

Y entonces, Mara, tomando la iniciativa para sorpresa de Emma (pues suele ser al revés), rodea a su chica con los brazos y la besa con la seguridad de haberse hecho entender, de haber descolocado, por una vez, a la que siempre le descoloca a ella.

Mientras tanto, en la puerta de la entrada principal, Min-ho coloca el último muérdago que les queda. Está subido en una pequeña banqueta, y cuando cree que por fin lo ha logrado, sin saber cómo, se desestabiliza y cae. Pero el golpe no llega nunca. En lugar de eso, unos fuertes brazos le acogen amortiguando la caída. Unos brazos que empieza a conocer la mar de bien.

—¿Podrías no matar a mi novio? —bromea Assane poniendo a Min-ho en el suelo.

—¿Puedes volver a decirlo? —pregunta Min-ho sonrojado pero encantado de que Assane le haya cogido.

—¿Qué?

—Ya sabes, lo de que soy tu novio. Dilo. —Assane no puede evitar reírse.

—En serio, como te hagas daño tendré que matarte.

—Venga, no te hagas de rogar. Dilo.

—No —responde Assane quitándole a Min-ho el muérdago de las manos para colgarlo él mismo sin necesidad de la banqueta.

—Eres cruel —protesta Min-ho.

—Lo soy —dice Assane volviendo la vista hacia él—. Sin embargo, voy a decirte algo que a lo mejor te hace más ilusión. —Min-ho le mira intrigado—. He estado pensando en el nombre de este hostel. Se me ha ocurrido algo que creo que te gustaría y Diego está de acuerdo.

—¿Qué me gustaría a mí? ¿Y qué tengo yo que ver con todo esto? —pregunta Min-ho a la par tímido e intrigado.

—Porque el nombre cobrará sentido si aceptas la propuesta que estoy a punto de hacerte. —Min-ho está tan impaciente y sorprendido que no es capaz de decir nada—. Me gustaría, si aceptas, exponer parte de tu obra en el hostel. Enmarcar tus creaciones y ponerlas como decoración principal, haciendo que cada habitación sea de un tipo de planta o flor distinta. Ya que tus diseños giran en torno a eso.

—Un momento... ¿Estás hablando en serio?

—Totalmente.

Min-ho se para durante dos segundos para tratar de asimilar la propuesta. Nunca antes ha expuesto su trabajo en un lugar físico y real, siempre ha sido todo a través de las redes sociales. La sensación de felicidad que burbujea en su estómago, le da el impulso necesario para comprender que lo desea de todo corazón.

—¡Sí, y mil veces sí! —responde al final, visiblemente emocionado—. ¿Y, entonces? ¿Cómo se llamará el hostel?

—*El jardín que dibujamos* —responde Assane con su voz grave haciendo que el mundo de Min-ho se tambalee.

Más de diez años han pasado desde que se vieran por última vez, diez años desde que se besaran por primera vez. Y ahora parece un sueño que el tiempo y el destino les haya vuelto a juntar así, de esta manera tan cálida y perfecta. Y Min-ho siente que sí, que este lugar debería llamarse así. Que todas las flores que ha dibujado durante todos estos años con la esperanza de que él las viera y las reconociera, convergen y terminan aquí, en un jardín creado para los dos.

Existen muchas maneras de demostrar afecto y de decirle a alguien que le quieres. Y Min-ho sabe que, a su manera, Assane acaba de decirle lo mucho que le quiere, lo mucho que apuesta

por los dos. Así que él también va a hacerlo.

—¿Recuerdas algo de coreano de aquella época? —pregunta Min-ho de repente.

—¿Cómo?

—*Saranghae*.

Y esa palabra atraviesa el pecho de Assane dejándole sin aliento. Claro que recuerda algo de aquel idioma, y, por supuesto que sabe lo que Min-ho le acaba de decir. Por eso se ha quedado sin aire, por eso no puede evitar que el impacto de su declaración le recuerde lo mucho que ha pensado en él durante todos estos años, lo mucho que echaba de menos a aquel chico que le trastocó tanto tiempo atrás y lo muy afortunado que se siente en estos momentos. No se da cuenta de que una tímida lágrima recorre su mejilla hasta que Min-ho alarga su mano para alcanzarla. Y es ahí, con el suave contacto de sus dedos, cuando Assane parece volver a la realidad. Cuando por fin comprende que no es un sueño, que Min-ho acaba de decirle que le quiere.

Y es así, con el corazón levitando, el alma repleta de un sentimiento cálido y el muérdago sobre sus cabezas, cuando Assane se precipita a besar al chico de las flores de cerezo, al chico que lo cambió todo hace diez años y que ha vuelto para revolucionar su vida una vez más.

AGRADECIMIENTOS

Escribir una novela en directo en Twitch ha sido una de las experiencias más bonitas y gratificantes de mi vida. Este oficio es muy solitario y siempre he escrito en la intimidad de mi casa. Hacerlo en compañía de todas las personitas del chat ha sido la mar de divertido. Han sido unas sesiones increíbles y una experiencia única.

Gracias a todas y cada una de las personas que han estado siempre en todos los directos. Más de un año y medio de esfuerzo, dedicación y cariño. Esto nunca hubiera sido posible sin vosotras:

Victoria Vizuite Tejer - @Viky

María Santos López - @mariaslwriter

Jose López Blaya - @jositostyle

Verónica Bustos Bermejo - @eikon80

Elisa Galiana Martín - @elisagaliana3

Gracias a Teresa por su arte, porque todas esas florecillas preciosas que veis en cada capítulo han sido obra suya y eso ha hecho que el libro tenga más peso, más valor. Eres arte.

Gracias a Diana, por la portada, por la maquetación, la ayuda con la corrección y, en definitiva, por apuntarte siempre a cualquier locura que te ofrezco. Nuestra amistad es muy importante para mí y que siempre estés lista para lanzarte a la piscina conmigo me hace muy feliz.

Y, por último, gracias a ti. A la persona que tiene este libro ahora mismo en sus manos. Gracias por darme una oportunidad y dedicar un rato a leer esta sencilla historia.